

# Santa Margarita María

*Su vida, escrita por ella misma*



*(Contraportada)*

Hoy en día muchos esperan encontrar testigos del Dios vivo. Margarita-María es uno de esos testigos privilegiados. ¿Por qué no interrogarla? Ciertamente hace falta decisión para romper la corteza de una experiencia espiritual desconcertante y que no puede ser propuesta como camino obligado de todo itinerario cristiano. Pero cuando se halla dominado el asombro y aún el desagrado por las primeras impresiones; cuando se haya aceptado que Margarita-María es una religiosa que vivió en un siglo que no es el del Vaticano II, entonces se descubrirá, por encima de las dificultades, el sabor evangélico de un relato cuyo único fin es el conducirnos a la fuente originaria: El Corazón de Cristo, de donde saltan, hasta el fin de los tiempos, “el agua y la sangre”.

Viniendo a Paray, siguiendo las huellas de Margarita-María, no habréis peregrinado en vano: la ternura de Dios marcará vuestros caminos, para que impregnéis al mundo con ella.

# **Santa Margarita María**

*Su vida, escrita por ella misma*

**Texto Auténtico**

Del Libro francés *Sainte Marguerite-Marie. Sa vie par elle même — Texte authentique*. Con permiso del Monasterio de la Visitación de Santa María de Paray le Monial al Monasterio de la Visitación de Santa María de Guadalajara, Julio de 1981 — Tradujo el P. Alberto Valenzuela, S. J.

**Imprimatur**

† Adolfo Hernández Hurtado  
Ob. Aux. de Guadalajara  
20-Julio-1981

# ÍNDICE

Palabras del traductor.....	9
Del prefacio de Mons. Maurice Gaidon, obispo auxiliar de Autun.....	14
Venir al Corazón de Dios.....	15
Margarita María, una santa según el Evangelio.....	17
Un relato para nuestros tiempos.....	19
Breve cronología de la vida de Santa Margarita María.....	20
Notas importantes.....	22
Notas sobre el manuscrito.....	24
<b>TEXTO AUTÉNTICO.....</b>	<b>26</b>
Viva Jesús.....	26
1. Ella escribe por obediencia.....	26
2. Horror al pecado. Voto de castidad.....	26
3. Protección de la Santísima Virgen.....	27
4. Muerte de su padre: 16S5.....	27
5. Primera Comunión, con las Clarisas de Charolles.....	27
6. Larga enfermedad curada por la Santísima Virgen.....	28
7. Período de disipación.....	28
8. Persecución doméstica.....	29
9. Ecce Homo. Amor al sufrimiento.....	30
10. Repugnancia a escribir su vida. El Señor le manda hacerlo.....	31
11. Enfermedad de su madre.....	32
12. Atractivo por la oración.....	33
13. Amor al Santísimo Sacramento y a la comunión.....	33
14. Su mayor falta.....	34
15. Confusión experimentada por causa de este relato.....	34
16. Proyectos de casamiento.....	34
17. Lucha contra los halagos del mundo.....	35
18. Penitencias corporales.....	36
19. Deseos de vida religiosa.....	37

20. Caridad hacia los pobres y los enfermos.....	38
21. Reproches de Aquel que la escogió.....	39
22. Cristo da el encargo de ella a su misma Madre Santísima.....	39
23. Combate interior: los suyos y el demonio.....	40
24. Nuestro Señor le vuelve la paz.....	40
25. A pesar de todo, religiosa.....	41
26. Las Ursulinas de Macon quisieron conquistarla.....	42
27. Quieren desviarla de la Visitación.....	42
28. Brusca llamada de su familia.....	43
29. Imagen sufriente.....	43
30. Ansias de comulgar.....	44
31. Confesión de Jubileo a un franciscano.....	45
32. ¡Si entrara al convento de las Ursulinas!.....	46
33. Elige la Visitación de Paray.....	46
34. Paray: “Aquí es donde te quiero”.....	47
35. Margarita entra en el monasterio: 20 de junio 1671.....	48
36. La tela preparada.....	49
37. San Francisco de Sales modera su ardor por la penitencia.....	50
38. Toma de hábito: 25 de agosto 1671.....	50
39. Vanos esfuerzos para retenerla en la vía común.....	50
40. Hambre de humillaciones y mortificaciones.....	51
41. Una repugnancia natural combatida.....	52
42. Sobreabundancia de gracias después del vencimiento.....	53
43. Temores por su vocación. Jesús responde de ella.....	53
44. Profesión religiosa: 6 de noviembre 1672.....	54
45. Misteriosa presencia del divino Maestro.....	55
46. Las dos santidades de amor y de justicia.....	56
47. Resistencias a dejarse conducir por Dios.....	56
48. Nuevo abandono querido por el Señor.....	57
49. La pura cruz. Tres deseos imperiosos.....	58
50. Retiro para la Profesión. Amor a la cruz.....	58
51. Exigencias de la santidad de Dios.....	59
52. No quiere las obras hechas por voluntad propia.....	59

53. Primera manifestación dei Corazón de Cristo: 27 de diciembre de 1673.....	61
54. La discípula bien-amada del sagrado Corazón.....	61
55. Visiones de los primeros viernes de mes.....	62
56. Ella debe suplir la ingratitud de los hombres.....	63
57. Peticiones de Jesús: Comunión frecuente. Hora Santa.....	63
58. Pruebas, humillaciones, enfermedad.....	64
59. Visión de la Santísima Trinidad.....	65
60. Se le pide una prueba de sus revelaciones.....	65
61. La santidad de Dios no tolera ninguna mancha.....	66
62. Horrible representación de lo que es ella.....	66
63. Lo que pide la confesión.....	68
64. Sus temores acerca del espíritu que la guía.....	68
65. La vestidura de inocencia.....	69
66. Vida feliz y crucificada.....	69
67. Dios la guía por su superiora.....	70
68. Dios permite a Satanás que la ponga a prueba.....	70
69. Satanás la ataca; su ángel la defiende.....	71
70. El pan saludable de las penas.....	72
71. Dos actos de excesiva mortificación.....	72
72. Penoso sacrificio exigido por el Señor.....	73
73. Porque resistió se le pedirá más.....	74
74. La noche de agonía.....	75
75. Aceptación pacífica de su estado sufriente.....	76
76. El refectorio le es un lugar de tormento.....	77
77. La tienen por poseída del demonio.....	77
78. Intenta sustraerse al espíritu de Dios.....	78
79. Nueva repugnancia de escribir su vida.....	79
80. Jesús le envía al P. La Colombière.....	80
81. El P. le hace estimar los dones de Dios.....	81
82. El “puro amor une estos tres corazones para siempre”.....	82
83. El Padre le ordena escribir.....	83
84. Testamento redactado el 31 de diciembre de 1678.....	83
85. Todo se me volvía humillación.....	84

86. Una perfecta copia de Jesús crucificado.....	84
87. Cincuenta días sin beber.....	85
88. Rudas tentaciones por parte del demonio.....	86
89. Adoración en lugar del rey.....	87
90. En las amarguras del Calvario.....	87
91. Recibirlo todo como venido del Señor.....	88
92. La gran revelación del culto al sagrado Corazón, en junio de 1675.....	89
93. Se dirige al P. La Colombière.....	89
94. Fiesta de Santa Margarita: 20 de julio 1685.....	90
95. Pequeña fiesta del noviciado.....	90
96. El despedir a la Srta. Chamron le atrae nuevas amenazas.....	91
97. Una palabra única de Nuestro Señor.....	91
98. Alivio de un alma del purgatorio.....	92
99. Otra alma amenazada de reprobación.....	92
100. Ofrenda a la cólera de Dios por los culpables.....	93
101. El concierto de los Serafines, “socios divinos”.....	94
102. Gracia de los sacramentos obtenida para una moribunda.....	95
103. El santo Nombre de Jesús sobre su corazón.....	95
104. Se da una prueba “del buen espíritu” que la guía.....	97
105. En Ejercicios espirituales, a pesar de la fiebre. Curación.....	98
106. Más gozo que aflicción en estos Ejercicios.....	98
107. Una corona de espinas sobre su cabeza.....	99
108. Una cruz sobre sus hombros: la enfermedad.....	100
109. Sus sufrimientos en el tiempo de carnaval.....	101
110. Jesús la colma de favores cuando ella quería sufrir.....	101
111. Terrible presencia de Dios cuando ella ha incurrido en su desagrado.....	102
Estudio de la escritura de Margarita María Alacoque.....	104

## PALABRAS DEL TRADUCTOR

Ponerse a traducir un libro es afirmar que el asunto vale la pena y que conviene que otros lo conozcan; pero realizado el trabajo, se ve uno inmediatamente recompensado al constatar que el asunto que le pareció valer la pena, ahora, por la meditación obligada que lleva en sí el traducir, ha llegado a ser una posesión más profunda del tema, y el amor por éste ha crecido de punto.

Cada frase del original ha de ser primero entendida y luego ha de ser vaciada en otra frase de la propia lengua; pero como ésta no corresponda exactamente, se ha de buscar otra y otra: y ahí están dos o tres de ellas, candidatos a traducción exacta. Este ejercicio obliga a recorrer con mucho más cuidado todos los huecos y elevaciones del pensamiento ajeno, para ver si responden al relieve del texto español que va surgiendo, y el resultado es una penetración más honda del pensamiento que se quiso verter, y en el caso de la AUTOBIOGRAFIA, se siente la felicidad inaudita de acercarse a otra alma, alma selecta, todo lo que permiten las palabras.

Percibimos mejor entonces “el único lenguaje que conviene a quien pretenda allegarse a Aquel que es ‘Ternura y Compasión’ (Salmo 102, 8), lenguaje que brota no puramente de un conocimiento conceptual sino del centro mismo de un ser que ha tenido la deslumbradora experiencia del misterio de Dios. Entendemos que Margarita María es de la raza de esos profetas que Dios suscita en la Iglesia cuando ésta se descorazona y olvida ser la Amada del Cantar de los Cantares (Mons. Gaidon, en el Prólogo de este libro).

Heme aquí, pues, feliz de haber intimado con la “discípula bien-amada del Corazón de Cristo” (Núm. 54 del escrito). Dios es admirable en sus santos. Diré lo que en ella me parece característico.

Es, desde luego, la Santa del Sagrado Corazón de Jesús, o sea, de Jesús que tiene corazón. “El me pidió el mío —cuenta ella— y yo le supliqué que lo tomara. Lo puso en el suyo adorable, en el cual me hizo ver el mío como un átomo que se consumía en una ardiente hoguera, de donde,

retirándolo como una flama ardiente en forma de corazón, lo volvió al sitio de donde lo había tomado...” (Núm. 54).

Es la santa del pleno abandono en la voluntad de quien le intima: “Quiero que seas el juguete de mi amor, para disponer de ti a su capricho, como los niños disponen de sus muñecos”. Pero en retorno le promete que no se le apartará ya nunca... “Y desde entonces —dice ella— me hizo gracia de su divina presencia, pero de una manera que yo no había todavía experimentado... Lo veía, lo sentía próximo a mí y lo escuchaba mucho mejor que si hubiera sido por medio de los sentidos corporales...” (Núm. 44 y 45).

Después vendrán las grandes revelaciones, en que Margarita será la emisaria de Jesús para con los hombres, como Magdalena lo fue para con los Apóstoles.

Pero ¿qué preparación había en aquella religiosa sencilla para tan excesiva confianza de Dios?

Cuenta la Santa que, recién llegada a Paray, de 23 años, pregunta a su Maestra de novicias cómo se hace oración, porque no sabe hacerla, y la Maestra le responde: “id a ponerlos delante de nuestro Señor como una tela delante del pintor” (N. 37). Hay que prepararlas para que reciban y retengan los colores, hay que fijarlas en el caballete... Y el Señor así había preparado su tela:

a) *Había dado a Margarita una pureza del todo excepcional.*

b) *Le había comunicado un ansia incontenible de sufrir por amor a él, para pagar un poquito lo que N.S. sufrió por nosotros.*

c) *Le había dado una sensibilidad muy fina para entender el Sermón de la Montaña y asimilarse la sabiduría de los lirios del campo y de las aves del cielo, quedar en paz; saber perdonar...*

Respecto a lo primero, el Señor ya había inspirado a la niña de cuatro años “un horror al pecado tal, que la menor mancha le era un tormento insoportable”. “Sin saber lo que era, me sentía impulsada a decir estas palabras: ¡Oh Dios mío!, yo os consagro mi pureza y os hago voto de perpetua castidad”. Lo hice una vez entre las dos elevaciones de la santa misa que, de ordinario, oía, con las rodillas desnudas en el suelo, hiciera el frío que hiciera”, (n. 2) Dios le daba un deseo vehemente de ser totalmente suya y totalmente pura, aunque no entendiera las palabras voto y castidad, como ella misma confiesa.

Ya en el convento, Dios permite una vez a Satán, tentar a Margarita con todas las tentaciones que quiera, pero no de impureza. En esto no quería que la tocara en lo más mínimo, (n. 68). El infierno supo tomarse el permiso de hacer sufrir a la Santa, con variedad de tormentos; pero la tela en que se estampará la figura de Cristo, azucena ensangrentada del Calvario, había de ser totalmente limpia.

En cuanto a lo segundo, el *leit-motiv* que ocurre más en la Autobiografía, quizá más que las mismas comunicaciones celestes, es esa ansia de sufrir: “Esta santidad de amor (Jesucristo) de tal modo me apremiaba a sufrir por él lo que él sufrió por mí, que no podía yo encontrar más dulce reposo que cuando mi cuerpo estaba cosido de dolores, mi alma abandonada de todos y todo mi ser en la humillación, el desprecio, la contradicción”, escribe la Santa en el papel, por obediencia, ella que jamás, ante los hombres será “la pregonera de su propia queja”.

Y sabemos cómo, en su casa, permitió Dios que, huérfana de padre, ella y su madre fueran tiranizadas hasta un grado increíble, por la madre, la tía y la hermana de su padre. En el monasterio, lo inusitado de las gracias extraordinarias que dice recibir y aquellas enfermedades misteriosas (que no eran sino la manifestación de debilidad y flaqueza de un pobre cuerpo humano incapaz de poder con lo divino), hacen que se le tenga por huésped indeseable dentro de la medida y cotidianidad de un convento en que se canta, se trabaja, se ora, se come y se duerme, pero sin aquellas cosas raras de Sor Margarita María.

Tratando de estos verdugos de buena voluntad, el Señor, que quería estampar en Margarita una perfecta copia de él, crucificado, hizo una vez esta luminosa observación a la Santa: “Te hago mucho honor, querida hija, en servirme de instrumentos tan nobles para crucificarte. Mi Padre celestial me entregó a las manos de verdugos despiadados y crueles, y para contigo, yo tomo a personas que están consagradas a mí y que piensan hacerme un servicio”, (n. 86) Excusa semejante pudo darse de la abuela y las tías paternas...

En cuanto a lo tercero: la disposición habitual en que se hallaba Margarita para perdonar y quedar en paz, a pesar de todos los dolores de cuerpo y alma, ella recibe bien la advertencia que el Señor le hace, a propósito de las personas no benignas con ella “y en poder de las cuales — dice el Señor— te he entregado, quiero que tú me ofrezcas, por el bien de sus almas, todo eso con que te hacen sufrir” (n. 86). Ya lo hacía la Santa, aun en la casa paterna, donde se esforzaba en ser obsequiosa y buena con

aquellas mujeres crueles. No se diga con sus hermanas religiosas y sus superiores, a quienes de veras venera y agradece todas las ocasiones que le dan de pagar algo por sus culpas, como ella piensa, tantas y tan grandes.

Otra posesión habitual de Margarita es “una inalterable paz”, como ella dice, la que canoniza N. S. en el Sermón del Monte, como resultado de “buscar el Reino de Dios y su justicia”, y no tener las “añadiduras” de comer y vestir como si fueran lo principal.

Acaba de tener lugar, por ejemplo, una de las grandes comunicaciones del Sagrado Corazón con la Santa, aquella en que le pide la comunión frecuente y la Hora Santa. Es también de aquellas en que más habla el Señor. “Durante este tiempo —dice ella— yo no me sentía a mí misma ni sabía ni dónde estaba. Cuando vinieron a retirarme de aquel sitio, viendo que no podía responder y ni siquiera mantenerme en pie sino con pena, me condujeron a nuestra Madre (la M. Saumaise) la cual, encontrándome fuera de mí misma, ardiendo en calentura y temblorosa, de rodillas y por tierra delante de ella, me mortificó y humilló cuanto pudo; pero ello me producía un placer y me daba un gozo increíble, pues me sentía de tal manera criminal y confusa, que, por riguroso que fuera el modo con que me trataran me parecía todavía demasiado dulce. Y después de haber contado yo lo que me pasó, bien que con extrema vergüenza, se puso ella a increparme todavía más y no me concedió nada de lo que Nuestro Señor parecía haberme pedido hacer, y trató con desprecio cuanto yo le había dicho. Eso me consoló mucho y me retiré con una gran paz”, (n. 58)

La posesión de esa paz, en medio de la tormenta, varias veces la afirma la Santa. Aun con esa preciosa confesión clausura todo su relato; “Jamás recibía ninguna gracia particular de su bondad, que no viniera precedida de esta especie de tormentos. Y, después de haberlos recibido me sentía yo sumergida en un purgatorio de humillación y confusión, y sufría más de lo que puedo explicar; pero siempre con una paz inalterable, de modo que no me parecía que pudiera haber nada que pudiera turbar esa paz de mi corazón. Y esto aunque la parte inferior estuviera agitada, sea por mis pasiones, sea porque el enemigo pusiera todo su afán en turbarme. Sabe él muy bien que en nadie triunfa mejor que en un alma que está turbada e inquieta” (n. 111).

El estudio grafológico con que se termina el volumen, viene a confirmar la idea que nos formamos de la personalidad de esa virgen cristiana que se llamó Margarita María Alacoque:

“El conjunto (de una página escrita por ella) es claro y ordenado, y la armonía de la escritura denuncia la armonía del carácter... En el plano de la actividad, Margarita no se evade nunca de la realidad. Sabe actuar con eficiencia práctica en un plan concreto. Su actividad es como su escritura: bien organizada, disciplinada minuciosa, atenta a bien obrar... En el plano de la afectividad, el grafismo homogéneo, firme y bien estructurado, nos revela una personalidad madura que ha sabido unificar sus componentes caracteriales. En el documento examinado, escrito por ella tres años antes de su muerte cuando históricamente sabemos que la devoción al Sagrado Corazón empieza a levantarse, no aparece ningún vestigio de orgullo, suficiencia o contentamiento de sí. Permanece semejante a sí misma, serena, como si a ella no se debiera nada. Esta igualdad de ánimo es prueba irrefutable de su profunda humildad”. La grafología “puede afirmar que, en el plano del equilibrio humano, psicológico, afectivo, no había en Margarita María ninguna contraindicación a una vida de claustro, o comunitaria, o misionera. No existía ningún conflicto entre lo que ella fue y lo que era verdaderamente en el fondo de sí misma”.

Hemos estado en la amable compañía de una santa es decir, de una persona que ha amado a Dios sobre todas las cosas y que ha obrado en consecuencia, durante su vida; a la que además Dios concedió dones altísimos que están muy por encima de las exigencias de la naturaleza humana. De ahí que ésta a veces mostrara evidentemente su incapacidad para captar en vida “lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni cabe en el entendimiento humano comprender lo que Dios reserva a los que lo aman” allá en el cielo. Una muchacha normal y bien dotada como era, no tenía por qué enfermar tanto como a veces se enfermó, a no ser por esta ineptitud del recipiente humano para recibir lo divino. Era predilecta de Dios y estaba enferma de Dios.

ALBERTO VALENZUELA, S. J.  
(19-VI-1981)

## DEL PREFACIO DE MONS. MAURICE GAIDON, OBISPO AUXILIAR DE AUTUN

Son numerosos los periodistas, sociólogos, historiadores, que se esfuerzan en manifestar un juicio sobre nuestra sociedad actual. Sus diagnósticos están muy lejos de ser coincidentes. Hay, no obstante un rasgo que muchos subrayan: la necesidad incontrastable, manifestada por un número creciente de nuestros contemporáneos, de redescubrir la dimensión espiritual de su existencia.

Y la Iglesia debe darse cuenta de este clamor. ¿Podrá oír el grito desesperado de un joven, en un libro aparecido al fin de este siglo XX: “¿Qué me importa ser libre! Lo que yo querría es bañarme en un lago de ternura”? Llamamiento hecho a nuestra generación como se arroja una botella al mar, eco de una juventud ávida de escapar de la asfixia lenta de un universo que, según un filósofo contemporáneo, encierra al hombre “en un ataúd matemático y conceptual”, olvidando revelar que la razón sola es incapaz de explicar el mundo.

En su deseo de alcanzar a un mundo desgarrado por la violencia y habitado por el conflicto, en su deseo legítimo de abrirse a un universo científico, ¿va a olvidar nuestra Iglesia que es preciso vivir el misterio que ella misma no cesa de anunciar: aquel de Dios cuyo nombre es ternura? Porque si se dirige a los hombres, es para hacerlos penetrar en un conocimiento que “sobrepasa todo conocimiento, descubriéndoles la riqueza insondable de un Rostro, “imagen del Dios invisible”. Y cuando conduce a los bautizados hasta Cristo, no les propone otro maestro que Jesús de Nazaret, “de corazón dulce y humilde”.

*Dulzura, humildad, ternura:* he aquí tres vocablos que se ven poco impresos, gastados como están en este mundo, donde la devaluación invade hasta la piedad. Pero que estas palabras recobren vida y aparezcan otra vez en grandes testigos y harán que los hombres otra vez vuelvan hacia ellos los ojos: de ahí el poder de atracción que conservan el día de hoy un San Francisco de Asís o su émulo ruso Serafín de Sarov, que han

sabido anunciar el mensaje fuerte y tierno del Evangelio. Pero lo han anunciado con el lenguaje de un corazón tocado por el amor de Dios, un lenguaje tejido de poesía, amiga siempre de la santidad.

Si el día de hoy todavía numerosos jóvenes se sienten atraídos por la expresión litúrgica del Oriente cristiano, ¿es únicamente por vagabundeo esotérico? ¿No es más bien por una necesidad vital: la de aprender el Evangelio ahí donde ellos creen discernir que la ternura de Dios acoge a los peregrinos que saben tomar los caminos intrincados mezclados de la belleza y de la mística?

Subrayo de propósito todos estos términos, que hablan de un afán único: ¿dónde descubrir el día de hoy el lenguaje liberador que permita acercarse a las verdaderas riquezas de la interioridad, la generosidad y la contemplación? Tales son las fuentes en las cuales quieren beber muchos de aquellos que según la asombrosa fórmula de un pensador contemporáneo, desconfiando del “Yo pienso, luego existo” de Descartes, la reemplazan por esta otra definición: “amamos, luego somos”. Por esto llaman a la puerta de la Iglesia, a fin de que ella les abra esos recintos de belleza y poesía donde se aprende el único lenguaje que conviene a quien pretende llegarse a Aquel que es “Ternura y Compasión” (Ps. 102, 8). Este lenguaje es el lenguaje del corazón, en el sentido de la gran tradición bíblica: un lenguaje que brota de un conocimiento no puramente conceptual, sino del centro mismo del ser que ha tenido la deslumbradora experiencia del misterio de Dios.

## **Venir al Corazón de Dios**

No andan errados los que vienen en tropel, cada año, a hacer provisión de ternura a esa pequeña ciudad de Paray, a la que la súplica de innumerables orantes ha marcado con un sello de belleza y con un halo de santidad. Entre la basílica cluniacense y el monasterio de la Visitación, “peregrinan” en busca de una fuente: la del agua viva, que desde el sitio llamado Gólgota, ha corrido hacia el mundo. Y vienen a reaprender el lenguaje del corazón que es el de la Biblia y el de todos los grandes testigos del Invisible.

Presienten que Margarita María es de la raza de esos profetas que Dios suscita en su Iglesia cuando ésta se descorazona y olvida ser la Amada del Cantar de los Cantares. Y descubren el mensaje de esta monja del siglo XVII, cristiana que, guiada por el camino de Evangelio, se va directamente al Corazón de Cristo, para meditar en él la revelación su-

prema: DIOS ES AMOR. Por eso no es maravilla que precisamente en la fiesta de San Juan Evangelista (27 de diciembre de 1673), experimente ella lo que significa la ternura de Dios para con sus hijos, “su divino corazón apasionado de amor hacia los hombres”. Ni es extraño que haga su aprendizaje del “discípula bienamada”, bajo la dirección de San Francisco de Asís. Se halla en su medio con aquellos que se han acercado al Señor, por la herida del costado, y aprendido así que nadie llega a la fe evangélica, sin ahondar en la significación de esta herida, signo de un amor que no engaña.

¡Qué nos importa lo desueto del vocabulario, las experiencias místicas inimitables, y hasta ciertos modos de obrar que desafían a la cordura, y que han valido a Margarita María el sarcasmo de los espíritus fuertes: los jansenistas del s. XVIII, que en esto van de bracete con los hipercríticos de nuestro tiempo! Pero ¿el Poverello de Asís, es menos loco al besar al leproso, que nuestra monja cuando aplica los labios a las llagas que cura? Y estos dos locos ¿llegan a la locura de Dios que lava pies sucios de hombre, o que permite que lo pongan al morir, entre dos salteadores vulgares?

Bueno es pensar en esto, y abordar la lectura de esta biografía, calándose anteojos evangélicos. Descubriremos entonces con evidencia que el testigo que ahí se revela no hace sino tomar en serio un mensaje que es “locura para los sabios y prudentes de este siglo”, y que no cesa de ser el anuncio “de un tal Jesús”, cuyo único título de gloria está unido a la infamia de la cruz.

Del lado de Getsemaní, en el jardín del abandono y de la agonía, Jesús que “presenta, con violento clamor y lágrimas, ruegos y súplicas a aquel que podía salvarlo de la muerte” (Hb. 5,7), los grandes amadores del Amor en esto no se han engañado. Siempre han escogido el ser fieles hasta esta hora de inmolación, y ahí Margarita María encontrará su sitio y su vocación. Ahí va a establecerse y, huyendo del Tabor, ahí alzaré su tienda, para imprimir en su vida “la agonía de Jesús” y modelar ahí los rasgos eternos de “heredera de los tesoros del Corazón de Cristo”.

Esta misión ella la vivirá como hija de un siglo místico, de cristianismo duro y puro. Hará el aprendizaje del Evangelio en el seno de una familia en que no le escatimarán el sufrimiento. Nuestros modernos psicólogos examinarán con lupa estos elementos, y querrán mirar en Margarita María una visionaria muy inquietante a la que vale más, en resúmenes cuentas, no frecuentar demasiado.

Pero ¿para qué buscar explicaciones a quienes no admitirán ningunas pues jamás han tomado en serio la locura del amor de un Dios que se ha encarnado? “He aquí este Corazón que ha amado tanto a los hombres”: leemos y releemos esta declaración. Y no es raro que encienda el corazón de un cristiano que así comienza la aventura de la santidad. Tal será el destino de la Visitandina de Paray, que responderá a la locura de amor de su Dios, con la locura de su vida. Y en esto ella es, en verdad, hermana de los primeros testigos de Jesucristo.

### **Margarita María, una santa según el Evangelio.**

Cuando se declara pecadora e indigna ¿es infiel a la experiencia fundamental vivida por todos los que se han acercado a Jesús, implorando su misericordia porque eran pecadores? Y Margarita María explica así, en sus escritos, lo que permanece uno de los temas más fuertes de toda la Biblia: La santidad única de Dios y la gravedad de la mancha del pecado.

“... Confieso que es difícil a una creatura expresar estos efectos, si no ha sentido nunca algo tan doloroso como esta santidad de justicia, que se imprime en el alma de una manera tan terrible, que querría precipitarse en todas las penas imaginables antes que comparecer delante de la santidad de Dios con un solo pecado... Lo que yo encuentro más riguroso, es la presencia de mi Soberano cuando él me favorece con esta certeza, de tales impresiones de su pureza, que es imposible al alma soportarse, mirándose tan abominable. Querría entonces huir y ocultarse, pero en vano: ese Dios pleno de amor gusta de verla en ese estado, la hace encontrar dondequiera aquello de que huye. No que ella quiera, por nada del mundo, perder la vista de su Amado, con alguna acción que le ofendiera; pero sufriría mil muertes a soportar el verse tan indigna, y exclama a menudo con San Pedro: “¡Apártate de mí, porque soy una pecadora!...” (Escritos de la Madre Saumaise).

Más esta confesión de indignidad del pecador delante de su Dios no es una protesta desesperada: en clima evangélico, el enfermo encuentra su curación en la aceptación de la misericordia. Pedro, el renegado, compensa su traición con una triple confesión de amor. Ha comprendido lo que Margarita-María expresa a su manera:

“Mirar su miseria en la gran misericordia del Corazón sagrado de Nuestro Señor” (Aviso particular a una novicia)

Parece, con todo, que el sufrimiento acompaña tanto a Margarita María, que sospecharía alguien que lo busca como un gozo, pero ¿no es eso característico de quienes han aceptado para ser discípulos de un Dios crucificado el poner los pies en las huellas del que les ofrece la cruz como una marca de pertenencia? Cuando Pablo es derribado, camino de Damasco, aprende que, para ser apóstol, le será necesario “sufrir por el nombre de Jesús” (Ac. 9, 16). Y si encontramos en sus cartas frases escandalosas para nuestras sensibilidades modernas, como aquella declaración a los Gálatas: “Lejos de mí gloriarme en otra cosa que la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, como yo para el mundo”, no nos admiramos de encontrar en los escritos de nuestra santa frases como ésta:

“Cuando se trata de la salvación, es preciso hacerlo todo, soportarlo todo, sacrificarlo todo y abandonarlo todo”. (Carta de 1690 a su hermano mayor)

Salvar al mundo, atraerlo hasta Dios que, puesto que es Amor, es Corazón: He aquí lo que predicán y hacen los apóstoles de todos los tiempos y que saben lo que cuesta liberar a los hombres por los medios que da el Evangelio. El misionero no escatima muchas tribulaciones e incomprendimientos. Conocer a Jesús, y a Jesús crucificado es la expresión de Pablo, que Margarita María transcribe para sí:

“Me parece que el Padre, presentándome una gran cruz, erizada de espinas, acompañada con todos los instrumentos de la Pasión, me dice: “Toma hija mía, te hago a ti el mismo presente que a mi amado Hijo”.

Pero el sufrimiento de todo mensajero del Evangelio desemboca en la luz, porque toda su razón de ser es el descubrimiento de un amor, que es preciso revelar como una jubilosa noticia: “Tanto nos amó Dios”: la frase de San Juan que marca su Evangelio y sus Epístolas, no cesa de resonar en las vidas de los que han hecho la embriagadora experiencia del Dios de Jesucristo. Y Juan sabe bien lo que dice: en el corazón de su Maestro, a la hora de la Cena, lo ha comprendido todo.

“El discípulo al que Jesús amaba” nos conduce a Margarita María, “la discípula bienamada”, y ambos nos guían hasta el Corazón del Señor, para que contemplemos unidos a “aquel al que traspasaron”.

Pedro, Pablo y Juan, cada uno con su temperamento y su historia personal, cuentan de una serie de encuentros que trastornaron su vida.

Cada uno nos anuncia, a través de su experiencia, el único Evangelio. E irradia sobre el mundo la luz de aquel Semblante que aun ahora nos alcanza a nosotros. Margarita María ha visto esta luz, “brasero ardiente”, y abrasada por él, no puede dejar de comunicar ese incendio que interiormente la devora. Su pasión por Jesucristo se alimenta en Aquel que definió su misión: “He venido a traer fuego a la tierra, ¡y cómo quisiera que ya estuviera ardiendo!”.

Los primeros apóstoles no han vivido ni anunciado otra cosa que esta llama devoradora.

### **Un relato para nuestros tiempos.**

Ojalá esta biografía escrita en un francés tan alejado del moderno, pueda ponernos en contacto con una santa que ha vivido el Evangelio en toda su radicalidad, y que no ha olvidado ser plenamente mujer, con su coquetería, su sensibilidad exacerbada, sus lágrimas y su capacidad de amar mucho y, por consiguiente, de sufrir mucho.

Que Margarita María nos trace este itinerario que conduce a ese universo espiritual del que nuestros contemporáneos han perdido el camino, y del cual ignoran la increíble riqueza. (...) Una visión renovada del mundo. ¿Y por qué no también una aproximación al misterio trinitario, a través de la mirada de Margarita María, que contempla un día, en una visión digna de un icono oriental, la belleza de Dios eternamente joven?

.. Mi alma permaneció en una paz y gozo inconcebible, pues la impresión que en ella dejaron estas divinas Personas no se ha borrado jamás. Se me presentaron bajo la forma de tres jóvenes vestidos de blanco, resplandecientes de luz, de la misma edad, estatura y belleza”.

Hoy en día muchos esperan encontrar testigos del Dios vivo. Margarita María es uno de esos testigos privilegiados. ¿Por qué no interrogarla? Ciertamente que hace falta decisión para romper la corteza de una experiencia espiritual desconcertante y que no puede ser propuesta como camino obligado de todo itinerario cristiano. Pero cuando se haya dominado el asombro y aun el desagrado por las primeras impresiones; cuando se haya aceptado que Margarita María es una religiosa que vivió en un siglo que no es el del Vaticano II, entonces se descubrirá, por encima de las dificultades, el sabor evangélico de un relato cuyo único fin es el de conducirnos a la fuente original: El Corazón de Cristo, de donde saltan, hasta el fin de los tiempos, “el agua y la sangre”.

Viniendo a Paray, siguiendo las huellas de Margarita María, no habréis “peregrinado” en vano: la Ternura de Dios marcará vuestros caminos, para que impregnéis al mundo con ella.

MAURICE GAIDON,  
Obispo auxiliar de Autun.

## **BREVE CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE SANTA MARGARITA MARÍA**

- Nace el 22 de julio 1647. Bautizada el 25 de julio.
- Pronuncia el voto de castidad: hacia 1651.
- Primera visita a la Visitación de Paray. Oye en el recibidor esta palabra interior: “Es aquí donde te quiero”. 25 de mayo, 1671.
- Entra al monasterio como postulante: 20 de junio 1671.
- Toma de hábito: 25 de agosto 1671 (La Madre Hersant, superiora). La M. Francisca de Saumaise (profesa de Dijon, elegida superiora de Paray 2 de junio 72).
- Hace la profesión: 6 noviembre 1672. A los 6 meses empieza a escribir lo que pasa por ella, por orden de la M. de Saumaise: (abril o mayo de 1673)
- Primera gran Revelación de las maravillas de amor del Corazón de Cristo: 27 de diciembre 1673. El Señor da a Margarita María el nombre de “discípula bienamada de su sagrado Corazón”.
- Segunda gran Revelación: un primer viernes de 1674, Jesucristo se presenta a Margarita María “resplandeciente de gloria con sus cinco llagas brillantes como cinco soles”.
- El B. Claudio La Colombière llega a Paray en febrero de 1675.
- Última gran Revelación, junio de 1675: “He aquí este Corazón que ha amado tanto a los hombres”.
- El B. Claudio la Colombière sale de Paray para Inglaterra: Septiembre 1676.
- La M. Peronne-Rosalie Greyfié, profesa de Annecy, es elegida superiora de Paray: Mayo 1678.

- En mayo 1684, la M. Cristina Melin, profesora de Paray, es elegida superiora. Margarita María es elegida asistente.
- Margarita María es nombrada maestra de novicias en Enero 1685. Primeros homenajes al Corazón de Cristo, en el Noviciado, 20 de julio 1685. La comunidad no está de acuerdo.
- Primeros homenajes de la comunidad al sagrado Corazón, a instigación de la Hermana des Escures: 21 de junio 1686.
- Margarita María deja el cargo de maestra de novicias: 10 de enero de 1687.
- Es de nuevo elegida asistente: mayo 1687.
- Muerte de Santa Margarita María: 17 de octubre de 1690.

## NOTAS IMPORTANTES

Si las páginas dejadas por Margarita María nos revelan algo de los secretos de su vida, no nos permiten, sin embargo percibir perfectamente su imagen.

No nos engañemos. Ella escribe a su confesor, con gran menosprecio de sí misma y deseando humillarse. Ciertas expresiones, ciertos actos de mortificación, si olvidamos este detalle al leerlos ahora, confesados simplemente hay peligro de que causen extrañeza y aun escándalo. Son gestos furtivos que se produjeron en un ímpetu generoso de amor de Dios que con ellos se prueba —que son acogidos, pero no exigidos— por él y no deben extrañarnos. Lo esencial no está en ellos. *Detengámonos más bien largamente en la infinita ternura del Corazón de Cristo que él manifiesta a cada uno de nosotros... (a ti...)*

Margarita María entra en el número de los grandes místicos del siglo XVII, los cuales no cesan de ser incomprendidos. Lo eran ya en su tiempo, y nuestros actuales psicoanalistas, con sus predecesores, no han querido ver en ellos sino enfermos mentales. ¿Se atreverán a rechazar el testimonio de los contemporáneos dignos de fe, y de los mismos místicos?

Para la Santa de Paray, tenemos este testimonio, y la cronología que precede nos da una vista de conjunto más exacta de su personalidad.

A ella desde luego se orientó una desconfianza instintiva, pero la superiora de la Visitación que la recibe, la Madre Hersant, se da cuenta muy pronto de que es una muchacha nada común (“une filie de choix”) y la M. Hersant es contemporánea. La M. de Saumaise, que recibe las confidencias de la novicia, pide pruebas de lo que oye, y las obtiene. Queda, no obstante una secreta inquietud, y el P. La Colombière la disipa, sin vacilación alguna.

Al serle presentada la comunidad, en el locutorio, sin haber conocido a nadie antes, le llama la atención una Hermana, y pregunta por ella a la superiora, afirmándola que ha visto transparentarse la gracia en el semblante de la religiosa. (*C'est une ame de grace*). Y lo creerá siempre él, el confidente de la Gran Revelación en junio de 1675. Y cuando la M. de Saumaise deje Paray, sostendrá una correspondencia interesantísima con

Margarita María, en que la anima a hacer conocer el deseo de Jesús: que su Corazón sea honrado con un culto especial.

La M. Greyfié —que será superiora de varios monasterios, incluso el de Annecy— era un alma fuerte y viril. Respondiendo a lo que espera de ella su fervorosa hija, la trata con severidad, pero la ayuda con afecto sincero en sus dificultades. Las garantías que ella exige, le son concedidas por el Señor.

He aquí su testimonio después de la muerte de la Santa: “Era naturalmente juiciosa y prudente y tenía buen espíritu y humor agradable, y su corazón caritativo. En una palabra se puede decir que era una persona muy bien dotada para tener éxito en todas sus empresas, si el Señor no hubiera escuchado su petición de mantenerse desconocida.

La Madre Melin la escogió como asistente, y Margarita fue elegida para este cargo. Habiéndola pedido las novicias como maestra, fueron escuchadas. Y después recuerdan con admiración sus consejos.

De nuevo elegida asistente, conserva este cargo hasta su muerte. En ese momento es admirada y querida por todas las hermanas, que se apresuran a obtener algún pequeño objeto que le hubiere pertenecido.

Apenas se conoce su muerte en la ciudad de Paray corre la voz: “Ha muerto la santa de Santa María”. Y el 13 de mayo de 1920, es la gloria de su canonización.

## NOTAS SOBRE EL MANUSCRITO

Este documento autobiográfico, al que se llamó *Memoria* no es sino un cuaderno de 32 pliegos, de escritura fina y uniforme.

Redactado por la Santa la segunda vez que el P. Francisco Ignacio Rolin, de la Compañía de Jesús pasó por Paray (1685-1686), quedó inconcluso después de la partida de este director espiritual de ella.

Cuando ordenó a Margarita María que escribiera su vida, añadió la orden de no quemar nada antes de que él hubiera podido examinarlo. Porque sin duda no ignoraba la suerte que corrieron escritos anteriores: páginas escritas por obediencia, dejadas en las manos de la Visitandina, habían sido luego echadas al fuego, por amor a la vida escondida. Ser ignorada y olvidada de todos, durante su vida y después de su muerte era, en efecto, su principal deseo.

Pero no eran esos los designios de Dios. Cristo quería propagar por ella “las llamas de su ardiente caridad”. La había escogido para hacer conocer mejor a los hombres “las maravillas de su amor”, “los secretos inexplicables de su Sagrado Corazón”. Esta era su misión personal en la Iglesia.

El cuadernito, bien incompleto, que el P. Rolin no había examinado, por esta razón lo había encerrado en un armario cerrado con llave, que ella misma guardaba. Antes de morir, se acordó, temerosa, del manuscrito, y suplicó a Sor Peronne Rosalie de Farges que fuera aprisa a quemarlo. Pero su antigua novicia le aconsejó que mejor pusiera en manos de la superiora la llave del mueble, y que hiciera a Dios el sacrificio de su propia voluntad. Y la Santa accedió generosamente.

La *Memoria* fue escrita simplemente al correr de la pluma, sin revisión por parte de la autora, sin orden cronológico, según acudían los recuerdos a su mente. A veces resulta un poco interrumpido el relato para tratar con discreción algunos puntos delicados. Se nota que quiere obedecer a toda costa, y decir la verdad, pero sin jamás consentir en que la caridad resulte herida.

Hay olvido de algunas letras o palabras; otras fueron añadidas desde que su omisión fue notada. Hay pocos puntos y aparte, y pocos puntos y

seguido; hay algunas comas; la puntuación es casi nula. Y así se publicaron al principio del siglo las primeras ediciones. Por eso ha parecido oportuno añadir puntuación para facilitar la lectura de frases demasiado largas o mal construidas. (1)

Los subtítulos de esta nueva edición, ausentes en las anteriores, también se han puesto para facilitar la lectura. (2).

---

<sup>1</sup> Este hecho de que la puntuación sea casi nula en el escrito original de la Santa han dado cierta libertad al traductor para no seguir, algunas veces, la puntuación que añadieron los editores franceses, porque parecía apartar del pensamiento de la Santa. En general, si ésta anduvo escasa en los puntos, los editores franceses los multiplicaron demasiado. (Nota del traductor)

<sup>2</sup> Los subtítulos ayudan grandemente a entender la Memoria, y suprimen el cansancio que tendería a producir un escrito de 86 páginas seguidas de tamaño actual de carta; pero a veces pueden hacer olvidar que las primeras palabras de cada uno de los 111 “capítulos” resultantes continuaban inmediatamente a las últimas del anterior, sin la interposición del subtítulo. Suprimido mentalmente éste, resulta a veces mucho más claro el pensamiento, que la Santa no pensó en interrumpir, ni con un punto, menos con un subtítulo. Por eso los subtítulos, utilísimos como son, y muy bien escogidos, el traductor los hubiera puesto entre paréntesis: son muy buenas señales del camino; pero que no deben hacer olvidar que antes y después de cada una, es el mismísimo camino. (Nota del traductor)

# TEXTO AUTÉNTICO

## VIVA JESÚS

### **1. Ella escribe por obediencia.**

Solamente por amor a vos, oh Dios mío, me someto a escribir esto por obediencia, y os pido perdón por toda la resistencia que opuse. Solamente vos conocéis la gran repugnancia que siento y la fuerza que he tenido que hacerme para acatar esta obediencia como venida de vos, con la que habéis querido castigar el excesivo gozo y las precauciones que había tomado para seguir la gran inclinación que siempre he tenido de sepultarme en un eterno olvido de las creaturas.

Y una vez, después de haber obtenido promesa de personas a las que creía capaces de cumplirla, y después de haber quemado los escritos que había hecho por obediencia y que conservaba en mi poder, se me comunicó esta nueva obediencia. Haced, oh soberano Bien, que nada escriba sino para vuestra gloria y para mi más grande confusión

### **2. Horror al pecado. Voto de castidad.**

Oh mi único amor, cuán deudora os soy por haberme prevenido, desde mi más tierna infancia, al haceros maestro y poseedor de mi corazón, aunque conocíais la resistencia que él había de haceros.

Al punto que tuve uso de razón, hicisteis conocer a mi alma la fealdad del pecado, y concebí tanto horror de él en mi corazón, que la menor mancha me resultaba insoportable. Y para detenerme en la vivacidad de mi infancia, bastaba me advirtieran que aquello era ofensa de Dios: esto me detenía al momento y me apartaba de lo que hacía un momento estaba deseosa de hacer.

Y sin saber lo que las palabras significaban, me sentía continuamente como obligada a decir: “Oh Dios mío, os consagro mi pureza y os hago voto de perpetua castidad.” Las dije una vez, entre las dos elevaciones de la misa, que, de ordinario oía con las rodillas desnudas en el suelo, hiciera el frío que hiciera <sup>(3)</sup>. No comprendía yo lo que había hecho, ni qué querían decir las palabras *voto y castidad*; pero todo mi deseo era ir a ocultarme en algún bosque. Y nada parecía podría impedírmelo, sino el temor de encontrar ahí hombres.

### **3. Protección de la Santísima Virgen.**

La Santísima Virgen tuvo siempre un cuidado particular sobre mí, yo acudía a ella en todas mis necesidades y ella me libraba de grandes peligros. No me atrevía a acudir directamente a su divino Hijo, sino a ella, a quien yo ofrecía el rezo de cinco misterios del rosario (*petite couronne du rosaire*), con las rodillas desnudas en la tierra, o haciendo otras tantas genuflexiones, besando la tierra, a cada Avemaría.

### **4. Muerte de su padre: 16S5.**

Perdí a mi padre muy niña. Y como yo era la única mujer para hacer casa<sup>4</sup>, porque mi madre, teniendo que mantener a cinco hijos, permanecía muy poco en ella, yo no pude tener otra educación, hasta los ocho años, que la que me podían dar criados y vecinos (*des domestiques et villageois*).

### **5. Primera Comunión, con las Clarisas de Charolles.**

Me mandaron a una casa religiosa, donde hice la primera comunión, como a los nueve años. Ella volvió amargos para mí todos los pequeños gustos y diversiones, de modo que no podía gustar de ninguno, por más que los buscara con ansia. Pero precisamente cuando quería mezclarme con mis compañeras, sentía algo que me atraía y me llevaba a algún rincón, y no me daba reposo hasta que no lo hubiese seguido. Luego me hacía poner en oración, casi siempre prosternada en el suelo, o con las rodillas desnudas, o hacer genuflexiones, pero con tal que nadie me viera,

---

<sup>3</sup>Según la tradición, este voto se hizo en la capilla del castillo de Corcheval, donde la señora Fautières invitaba a veces a su ahijada. La casa solariega de los Alacoque distaba unos 5 kilómetros del castillo, que existe aún.

<sup>4</sup>Su hermana mayor, Gilberta, nacida en 1649, había muerto en 1655.

y era para mí un gran tormento cuando me encontraban. Tenía grandes deseos de hacer todo lo que veía hacer a las religiosas, y a todas las miraba como santas, y pensaba que, si fuera yo religiosa, me haría como ellas. Esto me hizo tomar un deseo tan vivo, que no aspiraba sino por esto, aunque no las encontrase separadas del mundo; y no conociendo otras, pensaba que era preciso permanecer con ellas.

## **6. Larga enfermedad curada por la Santísima Virgen.**

Pero caí en una enfermedad tan lastimosa, que estuve por cuatro años sin poder caminar. Los huesos me atravesaban la carne por todas partes, y eso motivó el que sólo pudiera permanecer por dos años en ese convento, y no se pudo encontrar ningún remedio a mis males, sino de consagrarme a la Santísima Virgen prometiéndole que, si me curaba, sería un día una de sus hijas. Apenas pronuncié este voto, recibí la salud con una nueva protección de la Santísima Virgen, la cual se hizo de tal manera la maestra de mi corazón que, mirándome como suya, ella me gobernaba como a quien le estaba consagrada, y me reprendía de mis faltas y me enseñaba a hacer la voluntad de mi Dios. Me aconteció una vez, que, estando sentada recitando el rosario, ella se presentó delante de mí y me hizo este reproche que jamás se ha borrado de mi alma, aunque era entonces tan pequeña:

“¡Me admira, hija mía que tú me sirvas con tanta negligencia!”

Esas palabras causaron una tal impresión en mi alma, que me han servido toda la vida.

## **7. Período de disipación.**

Habiendo recobrado la salud, no pensé sino en buscar placer en el uso de mi libertad, sin inquietarme gran cosa en cumplir mi promesa.

Pero, oh Dios mío, no pensaba entonces lo que me habéis hecho conocer y experimentar más tarde, que habiéndome vuestro sagrado Corazón dado a luz en el Calvario, con tanto dolor, que la vida que vos me habéis dado no podía sostener sino por el alimento de la cruz, la cual sería para mí el manjar más delicioso.

Y he aquí como sucedió: Apenas comencé a sentirme sana, empecé í darme a la vanidad y al cariño de las creaturas persuadiéndome que la ternura que mi madre y mis hermanos me tenían, me permitían disfrutar los juegos de toda niña y gozar de esas alegrías todo el tiempo que

quisiera. Pero vos me hicisteis ver, oh Dios mío, que andaba equivocada siguiendo mi inclinación naturalmente disipada, y que me alejaba de vuestros designios, que se encontraban muy alejados de los míos.

## **8. Persecución doméstica.**

Porque mi madre había sido despojada de su autoridad, en su propia casa (<sup>5</sup>). Pues las otras personas que con nosotros vivían, de tal manera se adueñaron del gobierno de ella, que jamás ni mi madre ni yo pensamos llegar a tan estrecho cautiverio. Yo no querría vituperar a estas personas en lo que voy a referir, ni creer que hicieran mal haciéndome sufrir: Dios no permitía que me viniera tal pensamiento, y solamente las miraba como instrumentos de que se servía él para cumplir su santa voluntad.

No teníamos, pues, ninguna libertad en nuestra casa, y no nos atrevíamos hacer nada sin permiso. Era una continua lucha y todo estaba cerrado con llave, de tal suerte que a veces no tenía ni qué ponerme para ir a la santa misa, y tenía que pedir prestados vestido y cofia. Fue entonces cuando comencé a sentirme aprisionada al grado de no poder hacer nada, ni salir a ninguna parte sin el consentimiento de tres personas (<sup>6</sup>).

Fue entonces cuando todos mis afectos se volvieron a buscar mi gozo y mi consuelo en el Santísimo Sacramento del altar. Pero hallándose el pueblo muy alejado de la iglesia, no podía ir a él sin el consentimiento de estas personas de que hablo, y sucedía que a veces una lo daba y la otra no. Y a menudo, si por esto me veían llorar, lo achacaban a que me había dado cita con muchachos del pueblo, y estaba contrariada porque no podía ir a ellos para recibir sus caricias, con el pretexto de ir a misa o a la bendición con el Santísimo. ¡Y yo, que tenía tanto horror a todo eso, que antes me hubiera dejado desgarrar en pedazos que tener tal pensamiento!

Fue entonces cuando, no sabiendo dónde refugiarme sino en algún rincón del jardín o del establo, o en otro lugar secreto donde pudiera ponerme de rodillas y derramar mi corazón por mis lágrimas delante de

---

<sup>5</sup> La señora, confiando la administración y explotación de sus propiedades a su cuñado Toussaint Delaroche, había quedado reducida a la condición de arrimada, en la casa propiedad común, de los Delaroche Alacoque.

<sup>6</sup> Estas tres personas, a quienes Margarita por caridad no cita por sus nombres eran su abuela paterna Juana Delaroche, viuda de Claudio Alacoque; su tía paterna Benita Alacoque, casada con Toussaint Delaroche, y la madre de este Toussaint, Benita Meulin, y tía abuela paterna de Margarita. A esta última le decía “la de Chappendye”, del nombre de su pueblo.

Dios, por la intercesión de la Santísima Virgen, mi buena Madre, en la cual había puesto toda mi confianza. Y permanecía ahí días enteros, sin comer ni beber. Esto era tan ordinario que en ocasiones las gentes del pueblo me daban, por lástima un poco de leche o alguna fruta, al caer de la tarde.

Y cuando volvía a entrar a casa, lo hacía con tal temblor y miedo, que parecía ser una pobre criminal que venía a recibir su sentencia de muerte. Tanto que hubiera preferido salir a mendigar mi pan, que vivir ahí donde no me atrevía a veces ni alargar la mano para tomarlo de la mesa, Porque, desde el momento que yo entraba en mi casa, los reproches se hacían más fuertes “porque no se contaba conmigo para el quehacer de la casa ni para atender a los niños de quienes tanto bien me hacían”. Y a mí no me era permitido decir una sola palabra de explicación o de disculpa, y me ponía a trabajar con las criadas.

Después de lo cual, pasaba las noches como había pasado los días, llorando, al pie de mi Crucifijo, el cual me hizo ver, sin que comprendiese nada, que él quería volverse el maestro absoluto de mi corazón y quería que me volviera en todo conforme a su vida dolorosa. Que era porque él quería ser mi maestro y se hacía presente a mi alma, para hacerme actuar como él lo había hecho entre sus crueles sufrimientos que él me hacía ver, había sufrido por mi amor.

## **9. Ecce Homo. Amor al sufrimiento.**

Y desde entonces mi alma quedó tan enseñada, que hubiera deseado mis penas no cesaran ni un momento. Porque desde entonces él me estaba presente bajo la figura de Crucificado o de *Ecce Homo*, cargando su cruz. Y eso imprimía en mí tanta compasión y amor al sufrimiento, que todas mis penas se volvían ligeras, el deseo que yo sentía de sufrir para parecerme a mi Jesús sufriente. Y me afligía de ver que las manos que a veces se levantaban para golpearme se detenían y no descargaban sobre mí todos sus rigores. Me sentía continuamente como apremiada para prestar toda clase de útiles servicios a aquellas personas, por ellas, y mi mayor placer era hacerles bien o siquiera hablar bien de ellas cuanto me era posible. Pero no era yo quien hacía todo lo que escribo y escribiré, sino mi Soberano Maestro, que se había adueñado de mi voluntad, y no me permitía formular ninguna queja ni murmurar o guardar resentimiento contra esas personas. Ni siquiera debía permitir que me compadecieran y me tuvieran lástima: él había permitido todo aquello y quería que, cuando no pudiera evitar que se hablara de ellas, me echara la culpa y afirmar que

habían tenido razón en castigarme, y afirmar, como es verdad, que mis malhechuras se merecían eso y más (7).

## 10. Repugnancia a escribir su vida. El Señor le manda hacerlo.

He tenido que hacerme extrema violencia para escribir lo que acabo de escribir. Lo había tenido oculto con tanto cuidado y precaución para el porvenir, y trataba aun de borrarlo completamente de mi mente, a fin de dejarlo todo en la memoria de mi buen Maestro, al cual he manifestado la gran repugnancia que siento; pero él me ha hecho escuchar:

*“Prosigue, hija mía, prosigue, y sábetete que así te pasará con todas tus repugnancias; es preciso que se cumpla mi voluntad”.*

¡Ay, Dios mío! ¿pero cómo me voy a acordar de lo que pasó ya hace 25 años?

*¿No sabes que Yo soy la memoria eterna de mi Padre celestial, que no se olvida jamás de nada, y en la cual el pasado y el futuro son como el presente? Escribe, pues, sin temor, todo lo que te dictare, y te prometo derramar la unción de mi gracia, a fin de que Yo sea en ello glorificado.*

*Primeramente quiero esto de ti, para hacerte ver que me gozo en hacer inútiles todas las precauciones que te dejado tomar, para ocultar la abundancia de gracias con que me he gozado en enriquecer a una creatura tan pobre y mezquina como tú, que debes siempre recordar que lo eres, para que me des continuamente gracias.*

*En segundo lugar, para enseñarte que no debes apropiarte estas gracias ni distribuir con avaricia a los demás, puesto que me he querido servir de tu corazón como de un canal, para difundirlas según mis designios en las almas, muchas de las cuales serán retiradas por este medio del abismo de la perdición, como yo te explicaré después.*

*En tercer lugar, es para que se conozca que Yo soy la Verdad eterna que no puede mentir Yo soy fiel a mis promesas y que las*

---

<sup>7</sup> Traduzco *malhechuras* y no pecados, porque si habla ella de “pecados”, los vecinos compasivos a seguir vituperando la crueldad de los parientes de Margarita y se van a hacer lenguas de la humildad de ésta. La Santa era inteligente y en alguna forma debió exculpar a sus gentes, y hacer verosímil que la tuvieran a ella por torpe o menos avisada.

*gracias que te he concedido pueden resistir toda clase de exámenes y pruebas.*

Después de estas palabras, me sentí de tal manera fortalecida que, a pesar del miedo que me da el que este escrito sea visto, estoy resuelta a continuar, cuéstemelo lo que me cueste, con tal de cumplir la voluntad de mi soberano Maestro.

## **11. Enfermedad de su madre.**

La más dura de mis cruces era la de no poder aliviar las de mi madre, que eran cien veces más difíciles de soportar que las mías. Aunque yo no le proporcionaba el consuelo de desahogarse conmigo, por temor de que ofendiéramos a Dios alegrándonos de contar nuestras penas, era en sus enfermedades donde mi sufrimiento era extremo, pues no contaba sino conmigo para los pequeños servicios y cuidados que requería. Tanto más cuanto que todo se hallaba cerrado con llave, y era necesario ir a mendigar hasta los huevos y otras cosas necesarias a los enfermos.

Y esto no era pequeño tormento para mi naturaleza tímida, aunque a quienes recurría era a campesinos, pero que me decían a menudo más de lo que yo hubiera deseado. En una mortal erisipela que tuvo en la cabeza (la costra se veía gruesa, rojiza y de una dureza terrible) no se le prestó otro auxilio que una sangría practicada por un sangradorcillo de pueblo, que por ahí pasaba, el cual me dijo que, sin un milagro, mi madre estaba perdida. Nadie se afligió ni trató de hacer algo por ella, sino yo, que acudía a mi recurso habitual, la Santísima Virgen y mi soberano Maestro, a quien sólo podía descubrir las angustias en que estaba continuamente sumida, y que no recibía en medio de ellas, sino burlas, injurias y acusaciones, y no atinaba a encontrar mi refugio.

Estando, pues, en misa, el día de la Circuncisión de Nuestro Señor, para suplicarle que fuera él mismo, médico y medicina para mi pobre madre, y para que me enseñara lo que debía hacer, él lo hizo con tanta misericordia, que, al regresar de la iglesia, encontré su mejilla roída con una llaga como la palma de mi mano y con un hedor tan insoportable, que nadie quería acercársele. ¡Y yo que no sabía curar llagas, y ni siquiera verlas o tocarlas! No tenía más unguento que la divina Providencia. Y cortaba todos los días con unas tijeras mucha carne podrida, y sin embargo me sentía llena de valor y de confianza en la bondad de mi Soberano, que

parecía todos los días estar presente, pues quedó curada en pocos días, contra toda esperanza humana.

Y durante todo el tiempo de sus enfermedades, no me acostaba, ni dormía casi, ni casi comía, pues a menudo pasaba días sin comer. Pero mi divino Maestro me consolaba y me daba una perfecta conformidad con su divina voluntad, y yo acudía a él en todo lo que me sucedía y le decía:

“¡Oh soberano Maestro mío! Esto no sucedería si no fuera voluntad vuestra; pero os doy gracias porque lo permitís para hacerme más semejante a vos”.

## **12. Atractivo por la oración.**

En medio de todo esto, me sentía fuertemente atraída a la oración, y esto me hacía sufrir mucho, porque no sabía cómo hacerla ni podía aprender, pues no tenía ningún trato con personas espirituales. No sabía otra cosa que la palabra oración, que arrebatava mi corazón, y habiéndome dirigido a mi soberano Maestro, él me enseñó cómo quería que la hiciera, y fue un aprender para toda la vida.

Primero me hacía prosternar humildemente delante de él, y pedirle perdón de lo que le hubiera ofendido, y después de haberle adorado, ofrecerle mi oración, aunque no sabía cómo iba a hacerla.

En seguida, se presentaba él mismo en el misterio en que quería ser considerado, y él mismo aplicaba tan fuertemente mi espíritu, reteniendo mi alma y todas mis potencias sumergidas en él, que yo no podía absolutamente distraerme. Y mi corazón se sentía consumido por el deseo de amarlo, y esto me daba un afán insaciable de comulgar y de sufrir: pero no hallaba cómo hacerlo. Porque no tenía más tiempo que la noche, de la cual tomaba lo que podía. Y aunque no podía explicar cuán deliciosa era esta ocupación (de pensar en Dios), yo no la tomaba como oración, y me sentía continuamente atraída para hacerla, y le prometía, que, al punto que me la hubiera enseñado, emplearía en ella todo el tiempo que pudiera.

## **13. Amor al Santísimo Sacramento y a la comunión.**

No obstante, su bondad me aplicaba tan fuerte a la ocupación que acabo de describir, que perdí el gusto por las oraciones vocales, y no podía hacerlas delante del Santísimo Sacramento, ante el cual de tal manera me hallaba absorta, que jamás sentía cansancio, y habría pasado los días y las

noches sin comer ni beber y sin saber lo que hacía, sino consumirme en su presencia, como un cirio ardiente, para devolverle amor por amor. No podía quedarme cerca de la entrada de la iglesia, y, aunque me daba vergüenza, me aproximaba lo más que podía al Tabernáculo.

Sólo me parecían felices y envidiaba a las personas que comulgaban con frecuencia, y que tenían la libertad de permanecer mucho tiempo delante del Santísimo Sacramento. Aunque es cierto que yo empleaba muy mal mi tiempo (delante de él), y creo que no cometía sino desacatos.

Trataba de ganar la benevolencia de las personas de que hablaba hace poco, a fin de obtener que me dejaran algunos momentos para ir ante el sagrario.

#### **14. Su mayor falta.**

Sucedía que, en castigo de mis pecados, yo no podía dormir en la vigilia de Navidad. Y el cura de la parroquia avisaba desde lo alto del púlpito que quienes no habían dormido (antes de la misa de media noche) no debían comulgar, y yo, que no había podido pegar los ojos, no osaba comulgar (<sup>8</sup>).

Así, ese día de regocijo, para mí era de lágrimas, las cuales me servían de alimento y placer. Pero yo había cometido grandes delitos. Porque una vez, en tiempo de carnaval, estando con otras niñas, me disfracé por vana complacencia, lo cual ha sido motivo de arrepentimiento y de lágrimas durante toda mi vida. También por la falta que cometía usando algunos objetos de vanidad, por el mismo motivo de vana condescendencia con las personas de que hablé hace poco, a las cuales Dios hizo instrumentos de su divina justicia, para vengar las injurias que le hice con mis pecados, aunque ellas fueran personas virtuosas, que no pensaban hacer mal en lo que cometían con nosotras. Y creía también que ellas no faltaban, y era Dios quien quiso así las cosas, y por eso no me sentía ofendida por ellas.

#### **15. Confusión experimentada por causa de este relato.**

Mas, ¡ay, Señor, tened piedad de mi debilidad, en el extremo dolor y confusión que vos imprimís tan vivamente en mí —al escribir todo esto—

---

<sup>8</sup>Esta creencia popular bastante extraña, de que fuera necesario haber dormido antes de la misa de gallo, para poderse acercar a comulgar en ella, por lo visto la compartía el párroco de Versosvres, Antonio Alacoque.

por haberme resistido tanto tiempo a escribirlo! Sostenedme, Dios mío, a fin de que no sucumba bajo el rigor de esos justos reproches.

No, yo protesto, con la ayuda de vuestra gracia, de no resistiros, aun cuando me costara la vida y el menosprecio de las creaturas. Y que todos los furores del infierno venguen mis resistencias, de las cuales os pido perdón, y la fortaleza de concluir lo que deseáis de mí por más repugnancias que mi amor propio me haga sentir.

## **16. Proyectos de casamiento.**

Prosigo pues. A medida que crecía mis cruces aumentaban, porque el diablo me ofrecía buenos partidos para el mundo y para que faltara al voto que había hecho. Y esto atraía muchos otros jóvenes a los que me era preciso ver, y esto me era un suplicio. Porque, por un lado mis parientes, y sobre todo mi madre, me hacía presión, llorando sin cesar, dictándome que no tenía otra esperanza que yo, para salir de su miseria, por el consuelo que ella tendría al retirarse conmigo, una vez que estuviera instalada en el mundo.

Por otra parte. Dios asediaba con tanta fuerza mi corazón, que no me concedía tregua. Pues tenía siempre mi voto delante de los ojos, al cual si faltara, sería castigada con atroces tormentos. El demonio explotaba la ternura y el cariño que tenía a mi madre, y me hacía recordar las lágrimas que ella vertía, y que, si entraba al convento, sería causa de que ella muriera de pena, y tendría que dar cuenta a Dios porque ella esperaba cuidados y servicios solamente de mí.

Esto me causaba un tormento insoportable pues la amaba tan tiernamente, y ella a mí, que no podríamos vivir sin vernos. Por otra parte, el deseo de ser religiosa me perseguía sin cesar, y tenía horror a toda impureza. Todo me hacía sufrir un martirio del que no se me concedía ningún descanso. Y todo era llorar, y no tenía a nadie a quien abrirme para saber qué camino tomar.

En fin la ternura por mi madre empezó a doblegarme, y buscaba la excusa de que no era sino una niña al hacer el voto, y que podría obtener fácilmente dispensa, pues no sabía lo que prometía cuando lo hice. Además, comprometería mi libertad, y no podría ni hacer los ayunos, ni las limosnas ni tomar las disciplinas que hubiera querido, y la vida religiosa pedía tal santidad de aquellos que la abrazan, que a mí me sería imposible alcanzarla jamás, y me condenaría.

## 17. Lucha contra los halagos del mundo.

Comencé pues a ver el mundo y a prepararme para agradecerle, y traté de divertirme tanto como pude. Pero vos, oh Dios mío, testigo único de la duración y magnitud de tan espantoso combate que yo traía dentro de mí misma, y en el cual hubiera sucumbido mil y mil veces sin un socorro extraordinario de vuestra misericordiosa bondad, cuyos designios sobre mí eran tan distintos a los que yo tramaba en mi corazón, le hicisteis conocer muy bien, entonces y otras veces, que le sería muy duro y difícil dar coces contra el potente aguijón de vuestro amor. Y fue inútil que mi malicia y mi infidelidad emplearan todas sus fuerzas e industrias para resistirle y ahogar en mí todos sus movimientos.

Era en vano. Porque en medio de diversiones y compañías, vuestro amor me lanzaba flechas tan ardientes, que atravesaban y consumían mi corazón por todas partes. El dolor que sentía me tenía aturdida. Y no bastaba a un corazón tan ingrato como el mío, para hacerle desistir de lo que ya creía tener asido. Y me sentía como amarrada y tironeada por varias cuerdas tan fuertemente que me sentía obligada a seguir a Aquel que me llamaba a algún lugar secreto (<sup>9</sup>), donde él me reprendía severamente. Pues estaba celoso del miserable corazón mío, que ya no podía con atracciones tan opuestas.

Y después de haberle pedido perdón, el rostro contra la tierra, me hacía tomar una ruda y larga disciplina. ¡Y luego, volvía yo como antes a mis resistencias y vanidades! Mas, después, en la noche, cuando me despojaba de aquellas malditas libreas de Satanás —quiero decir los vanos modos de atraer, que eran instrumentos de su malicia— mi soberano Maestro se presentaba a mí como después de su flagelación, todo desfigurado, y me reprochaba que eran mis vanidades las que lo habían reducido a aquel estado, y que perdía un tiempo precioso del que me pediría cuenta a la hora de la muerte. Que lo traicionaba y perseguía después de haberme dado tantas pruebas de su amor y el deseo que tenía que me volviera semejante a él.

Todo esto se imprimía tan fuertemente en mí y causaba tan dolorosas llagas en mi corazón, que lloraba amargamente. Y me sería bien difícil expresar lo que sufría y se operaba en mí, ignorante de lo que era la vida espiritual por no haber sido instruida en ella, ni siquiera oído mencionarla.

---

<sup>9</sup>Entre otros, uno, al pie de la roca tradicional, aun hoy día oculto entre los árboles, a la extremidad del cercado.

No sabía de ella sino lo que mi divino Maestro me enseñaba y me hacía practicar, con su amorosa violencia.

## **18. Penitencias corporales.**

Para vengar en alguna forma, en mí misma, las injurias que le hacía y para recobrar la semejanza y conformidad con él y aliviar el dolor que pesaba sobre mí, ataba este miserable cuerpo criminal con cuerdas en que hacía nudos, y las apretaba tan fuerte, que apenas podía respirar y comer. Me las dejaba tan largo tiempo, que parecían hundirse en la carne y ésta venía a cubrir las al crecer, y no podía arrancármelas sino con mucho esfuerzo y crueles dolores. Lo mismo pasaba con las cadenillas que apretaba mis brazos, las cuales se llevaban la carne consigo al desprendérmelas.

Me acostaba sobre tablas o sobre palos de nudos puntiagudos, de los que hacía mi lecho de reposo, y tomaba disciplina, tratando de encontrar algún alivio a los combates y dolores que traía dentro de mí misma, en comparación de los cuales, todo lo que podía sufrir por fuera, y las humillaciones y contradicciones de que ya hablé fueran continuas y aumentaran en vez de disminuir. Todo esto, digo, era para mí un alivio en comparación de mis penas interiores. Estas, yo me esforzaba por mantenerlas ocultas y en silencio, como mi buen Maestro me enseñaba, y no se traducían al exterior, sino porque se me veía pálida y enflaquecida.

El temor de estar ofendiendo a mi Dios era peor que todo el resto. Porque me parecía que mis pecados eran continuos, y tan grandes me los imaginaba, que no veía por qué el infierno no se abría bajo mis pies, para tragarse a tan miserable pecadora.

Yo hubiera querido confesarme todos los días, y no podía hacerlo sino rara vez. Me parecían santas las personas que duraban mucho en el confesonario, y pensaba que no eran como yo, que no sabía acusarme de mis faltas. Y esto me hacía derramar muchas lágrimas.

## **19. Deseos de vida religiosa.**

Habiendo pasado muchos años en estas penas y combates, y en muchos otros sufrimientos, sin ser consolada sino de mi Señor Jesucristo, que se había constituido en mi maestro y guía, el deseo de la vida religiosa se encendió tan ardientemente en mi corazón, que me resolví a entrar en ella al precio que fuera. Mas ¡ay! esto no pudo realizarse sino cuatro o cinco

años después (<sup>10</sup>), y durante ese tiempo, mis penas y combates crecieron todavía. Y trataba también de aumentar mis penitencias, según mi divino Maestro me lo permitía.

Y él cambió su método de dirigirme, pues me hizo ver la belleza de las virtudes, y sobre todo de los votos de pobreza, castidad y obediencia, y me enseñó que practicándolos, se llega a santo; y me decía esto porque al orar, le pedía me hiciera santa.

Y como no leía otro libro que *Vida de los santos*, al abrirlo decía: Es necesario que yo busque una muy fácil de imitar, a fin de que pueda hacer lo que ella hizo, para llegar a ser santa como ella. Pero me desolaba ver que yo, en cambio, ofendía tanto a mi Dios, y pensaba que ellos no lo habían ofendido como yo o, por lo menos, si alguno lo había hecho, lo había compensado siempre con penitencias, y eso me daba grandes deseos de hacerlas yo. Y mi divino Maestro imprimía en mí tan gran temor de hacer mi propia voluntad, que me parecía que, aun lo pudiera hacer, no le serían gratas a él, si yo no las hacía por amor y por obediencia.

Esto me dio un gran deseo de amar y de hacer todas mis acciones por obediencia, y no hallaba cómo practicar lo uno y lo otro. Me parecía un crimen afirmar que yo amaba, porque veía que mis obras desmentían mis palabras.

## **20. Caridad hacia los pobres y los enfermos.**

Le supliqué me enseñara y que me hiciera practicar lo que él quería que hiciera para agradarle y amarlo, y él así procedió: me dio un amor tan tierno por los pobres, que yo habría deseado no tener conversación sino con ellos, e imprimía una compasión tan tierna por sus miserias, que, si hubiera dependido de mí, nada habría dejado para mí. Y, si tenía unas monedas, las daba a los niños pobres, para aficionarlos a venir a mí que les enseñara el catecismo y a rezar.

Con esto, ellos se me juntaban, y algunas veces tantos, que no sabía dónde meterlos en el invierno. De un cuarto grande a veces se nos expulsaba, y esto me dolía, porque no quería que se viera nada de lo que hacía. Y más cuando pensaban que iba a parar a los pobres todo lo que podía atrapar. Pero eso nunca lo hubiera hecho, pues me hubiera parecido

---

<sup>10</sup> Habiendo entrado Margarita en el convento en 1671 las líneas que preceden pueden referirse a 1666 o 1677, cuando ella tenía diecinueve o veinte años, o incluso muchos años antes.

un robo, y no les daba sino lo que era mío, y aun esto no me atrevía a dar si antes no obtenía licencia. Eso me obligaba a ser todavía más afectuosa con mi madre, para que no me negara dar de lo mío; pero como me quería tanto, con facilidad me otorgaba el permiso. Y si me lo negaba, me quedaba quieta por poco tiempo y luego volvía a insistirle.

Porque sin permiso no podía hacer nada, y no solamente de mi madre, sino también de las otras personas con las cuales vivía, y eso me era un suplicio continuo. Pero creía que debía especialmente someterme a aquellas personas a quienes obedecía con más repugnancia, para ensayar y ver si podría ser religiosa. Y todos estos permisos que continuamente tenía que pedir, me atraían repulsas y dependencia, porque esto dio una tan grande autoridad sobre mí, que no se hubiera podido encontrar religiosa que estuviera más sometida a voluntades ajenas. Pero el ardiente deseo que sentía de amar a Dios, me hacía superar todas las dificultades, y me ponía muy atenta a hacer precisamente lo que más contrariaba mis inclinaciones y aquello para lo que sentía más repugnancia. Y de tal modo me sentía obligada a esta conducta, que creía deber acusar en confesión el no haber seguido alguno de estos impulsos.

Sentía extrema repugnancia de ver llagas; y me hice un deber de curarlas y besarlas, para vencerme, y al principio no sabía cómo iba a hacerlo. Pero mi divino Maestro sabía tan bien prevenir todas mis ignorancias, que las llagas se encontraban curadas en poco tiempo, sin otros ungüentos que los de la Providencia. Y aunque las úlceras fueran muy peligrosas, pero yo tenía más confianza en su bondad que en los remedios exteriores.

## **21. Reproches de Aquel que la escogió.**

Yo era naturalmente inclinada a gozar y a divertirme. Y estos placeres no sólo los gustaba si venían, sino que hacía todo lo posible por buscarlos. Pero se me venían representaciones dolorosas a la mente, como la de mi Salvador flagelado, y hacían que me retrajera en andar a caza de deleites, pues él me hacía este reproche que me calaba hasta lo más hondo:

*“¿Quemas este placer? ¡Y yo, que nunca quise tenerlos y que me entregué a toda clase de amarguras por tu amor y para ganar tu corazón! ¡Y tú todavía tratas de disputármelo!”*

Todo esto hacía gran impresión en mi alma, pero confieso que no comprendía nada, y era todavía mi entendimiento tan torpe y poco es-

piritual, que no hacía ningún bien sino porque él me apremiaba tan fuertemente, que me era imposible resistir. Esto me es causa de gran confusión en todo lo que escribo aquí, y querría se conociera cuán digna soy de riguroso y eterno castigo, por mis continuas resistencias a Dios y oposición a sus gracias, y hacer ver también la grandeza de sus misericordias. Porque no parece sino que se había empeñado en perseguirme y oponer continuamente su bondad a mi malicia, y su amor a mis ingratitudes, lo cual ha sido toda mi vida el motivo del más vivo dolor. Pues no supe nunca reconocer a mi soberano Libertador que tomó un cuidado amorosísimo de mí, desde la cuna, y lo ha continuado sin cansarse.

Tanto, que una vez que me sentía como sumergida en un abismo de asombro, ante tantas infidelidades y defectos como veía en mí, y cómo no bastaban a hacerlo desistir de su empeño, escuché esta respuesta:

*“Es que yo deseo hacerte como una combinación de mi amor y de mis misericordias”.*

## **22. Cristo da el encargo de ella a su misma Madre Santísima.**

Otra vez me dijo:

*“Yo te he escogido por esposa, y nos hemos prometido mutua fidelidad. Cuando tú me hiciste voto de castidad, era yo quien te obligaba a hacerlo, antes que el mundo pudiera tener ninguna parte en tu corazón, porque lo quería enteramente puro, sin contaminación de afectos de la tierra Y para conservarlo para mí así, quité toda malicia de tu voluntad, a fin de que ésta no pudiera corromperlo. Y te puse en depósito, al cuidado de mi santísima Madre, a fin de que ella te modelara según mis designios”.*

De este modo siempre ella me ha servido como una buena madre y jamás me ha rehusado su socorro. A ella he acudido en todas mis penas y necesidades, con tanta confianza que me parecía no tener nada que temer bajo su protección maternal. También le hice el voto; por ese mismo tiempo, de ayunar todos los sábados y, de recitar el oficio de su Inmaculada Concepción, cuando aprendiera a leer, y hacer siete genuflexiones todos los días de mi vida, con siete avemarías, en honor de sus siete dolores. Y me entregué por su esclava perpetuamente, con tal de que ella no me rehusara esta calidad, y hablaba sin temor, pero como a una

niña, como a mi buena Madre, y sentí hacia ella desde entonces un amor verdaderamente tierno.

### **23. Combate interior: los suyos y el demonio.**

Así, cuando ella me vio ya para sucumbir en el terrible combate que se libraba dentro de mí, me reprendió severamente, porque, no pudiendo resistir a las persecuciones de que era objeto por parte de mis parientes y a las lágrimas de una madre, tan tiernamente amada. Empezaba a ceder a su consejo de que una joven debe decidirse a tomar partido, a los 20 años. Y Satanás, por otro lado, me objetaba: “Pobre miserable, ¿qué te imaginas lograr haciéndote monja? Serás el hazmerreír de todo el mundo, porque jamás serás capaz de perseverar en eso. ¡E imagínate la vergüenza de colgar el hábito y salir del convento! ¿Dónde podrías esconderte después de esto?”.

Yo me deshacía en lágrimas con todo esto, pues sentía horror por los hombres <sup>(11)</sup>, y no sabía absolutamente decidirme por algo, pero mi divino Maestro, que mantenía siempre mi voto delante de mis ojos, tuvo al fin compasión de mí.

### **24. Nuestro Señor le vuelve la paz.**

Y una vez, después de la comunión, si no me engaño, me hizo ver que él era el más bello, el más rico, el más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes y que, estándole prometida desde hacía tantos años, ¿de dónde venía que quisiera ahora romper con él para irme con otro?

*“¡Oh! comprende, que si tú me haces este desprecio, yo te abandonaré para siempre; pero si me eres fiel, yo no te dejaré nunca, y te daré la victoria contra todos tus enemigos. Disculpo tu ignorancia, porque no me conoces todavía; mas si me eres fiel y me sigues, te enseñaré a conocerme, y me manifestaré a ti”.*

Al decir esto, imprimió una calma tan grande en mi interior, y mi alma se halló en una paz tan profunda, que determiné, desde entonces, antes morir que cambiar...

---

<sup>11</sup> Margarita no era un ser desnaturalizado: amaba mucho a sus hermanos los hombres y era capaz de amar a un varón. Pero lo que ella afirma es su voluntad inmovible de no querer pertenecer sino solamente a Dios.

Me pareció entonces que mis lazos se rompían y que ya no tenía nada que temer, y que aunque la vida religiosa fuera una especie de purgatorio <sup>(12)</sup> me sería más dulce purificarme ahí el resto de mi vida, que verme precipitada en el infierno, tantas veces merecido por mis grandes pegados y resistencias.

## **25. A pesar de todo, religiosa.**

Habiéndome decidido, por la vida religiosa, este divino Esposo de mi alma, por temor quizá de que me le escapase de nuevo, me pidió que consintiera en que él se apoderara y se convirtiera en el Maestro de mi libertad, porque yo era tan débil. No opuse ya ninguna dificultad y, desde entonces, él se adueñó tan fuertemente de mi libertad, que ya no he vuelto a gozar de ella en toda mi vida. Y se insinuó tan dentro en mi corazón, desde ese momento, que yo renové mi voto y empecé a comprenderlo. Le dije que, así me costara mil vidas, no sería otra cosa que religiosa, y esto lo dije también en público, y supliqué que despidieran todos aquellos partidos, por ventajosos que fueran.

Mi madre, al ver esto, no volvió a llorar en presencia mía, pero lo hacía continuamente con cuantas personas le tocaban el tema, y éstas luego venían a decirme que sería la causa de su muerte, si yo la abandonaba. Yo tendría que dar cuenta a Dios de dejarla así, sin apoyo, pues era la única que se lo prestaba. ¿Por qué no me esperaba, pues tan religiosa podía ser en vida de ella como después de su muerte?

Y también un hermano que mucho me quería <sup>(13)</sup>, hizo todo lo que pudo para apartarme de mi determinación, y hasta me ofreció parte de su herencia para mejorar mi dote, con vistas a un matrimonio de más altura. Pero ya a todo eso mi corazón era tan insensible como una roca, aunque todavía debí permanecer en el mundo otros tres años, en medio de estas luchas.

## **26. Las Ursulinas de Macon quisieron conquistarla.**

Me llevaron a casa de uno de mis tíos <sup>(14)</sup>, que tenía una hija religiosa <sup>(15)</sup>, la cual, sabiendo que quería serlo, hizo todo lo que pudo por tenerme a

---

<sup>12</sup> Frase ausente en el autógrafo, pero que corresponde al pensamiento de la Santa.

<sup>13</sup> Crisóstomo Alacoque.

<sup>14</sup> Filiberto Lamyn, hermano de la Sra. Alacoque.

<sup>15</sup> Sor Santa Colomba, Ursulina de Macon.

su lado. Yo no sentía ninguna inclinación a la vida de las Ursulinas y le objetaba:

“Repara que si entro con vosotras no será sino por amor a ti, y yo quiero ir a donde no tenga ningún pariente ni conocido, a fin de ser religiosa por amor sólo a Dios”.

Pero como no sabía en realidad a dónde quería entrar, ni qué congregación prefería, pues no conocía ninguna otra, casi cedía a sus insistencias. Tanto más cuanto que de veras quería a esta prima, y ella se servía de la autoridad de mi tío, y no me atrevía a oponérmele, pues era además mi tutor, y él afirmaba amarme como a una de sus hijas y que por eso quería tenerme cerca de él. Además, no permitía que mi hermano me regresara a mi casa, pues afirmaba que él era quien tenía autoridad sobre mí.

Y mi hermano, que ni siquiera había consentido en que yo fuera religiosa, se disgustó mucho contra mí, pensando que en todo aquello estaba yo de acuerdo para meterme en Santa Ursula a pesar de que a él no le gustara y sin el consentimiento de mis parientes. Pero yo estaba bien ajena de ser autora de todo ese lío, tanto menos, cuanto que sentía que estaban empeñados en hacerme Ursulina, y por eso me sentía mal. Y, además, una secreta voz me decía:

*“Yo no te quiero ahí, sino en Santa María”.*

## **27. Quieren desviarla de la Visitación.**

Pero no me permitían nunca ir a visitarlas (<sup>16</sup>), aunque entre ellas tenía muchos parientes, y me contaban de la Visitación cosas capaces de desviar a las que ya estuvieran listas para irse allá, cuanto más me las ponían en mal, más les cobraba cariño y más crecía en mí el deseo de estar con ellas. Su nombre tan amable de Santa María, me hacía comprender que eran lo que andaba buscando. Una vez, al mirar un cuadro del gran San Francisco de Sales, me pareció me dirigía una mirada tan paternal y cariñosa y me llamaba su hija, que yo lo miré en adelante como mi buen padre.

Yo no osaba, sin embargo decir nada de todo esto, y no sabía cómo zafarme de mi prima y de toda su comunidad. Esta me mostraba tanto cariño, que yo estaba indefensa.

---

<sup>16</sup> *Las Santa-María* era el nombre que a menudo se daba, en el siglo XVII, a las religiosas de la Visitación de Santa-María.

## **28. Brusca llamada de su familia.**

Ya estaba cierta de que me admitían cuando me llega la noticia de que mi hermano estaba muy malo, y mi madre en las últimas. Lo que me obligó a partir al momento para estar cerca de ella, sin que nadie pudiera impedírmelo. Aunque yo estaba enferma —más de pena que de otra cosa— de verme forzada a entrar a un convento en el cual yo creía que Dios no me llamaba.

Caminé toda la noche, aunque mi casa distaba 10 leguas. Y así fue como me libré, pero para volver a tomar la antigua cruz, que ya no tornaré a describir, habiendo dicho ya bastante de ella. Baste decir que todas mis penas se aumentaron.

Me hacían ver que mi madre no podría vivir sin mí, pues el poco tiempo que yo la había dejado era la causa de aquellos males, y que yo tendría que responder ante Dios de su muerte. Y como eran eclesiásticos quienes así me argüían, más rudas penas me causaban, y el diablo se servía también de la ternura que por ella sentía, para hacerme creer que aquello sería causa de mi condenación eterna.

## **29. Imagen sufriente.**

Por otra parte, mi divino Maestro me apremiaba a dejarlo todo por él, y yo no hallaba reposo. Me comunicaba un deseo tan ardiente de parecerme a él en su vida dolorosa, que todo lo que yo soportaba me parecía insignificante, y redoblaba por ello mis penitencias. Algunas veces, arrojándome a los pies de mi Crucifijo, le decía: “¡Oh Salvador mío amadísimo, que dichosa sería si imprimieseis en mí vuestra imagen sufriente!” Y él me respondió:

*“Es lo que yo pretendo, con tal que no resistas, y contribuyas, en lo que está de tu parte”.*

Y para darle algunas gotas de mi sangre, me ligaba los dedos y después me encajaba unas agujas. Y tomaba disciplina todos los días, tanto como podía en Cuaresma en honor de los azotes que él recibió en la flagelación. Pero por mucho que durara, jamás podía darle tanta sangre como él había vertido por mi amor. Y como me la aplicaba a la espalda, me llevaba mucho tiempo.

Los tres días de carnaval hubiera yo querido ser despedazada por todos los ultrajes que los pecadores hacían contra la Majestad divina. Ayu-

naba, en cuanto podía, a pan y agua, y daba a los pobres lo que me daban de alimento.

### **30. Ansias de comulgar.**

Mi más grande alegría de dejar el mundo, era pensar que podría comulgar a menudo, ya que, no se me permitía sino de vez en cuando. Yo me habría considerado la más dichosa del mundo si lo hubiera podido hacer frecuentemente, y poder pasar muchas noches sola delante del santo Sacramento. Me sentía ante él absolutamente segura, que aun siendo muy miedosa, ni me acordaba del miedo, estando en el lugar de mis mayores delicias.

Las vísperas de comulgar, me sentía abismada en un profundo silencio, y no podía hablar sino haciéndome violencia, pensando en la grandeza de lo que habría de acontecer al siguiente día. Y cuando ya había comulgado, no hubiera querido, ni beber, ni comer, ni hablar, ni ver de tanta paz y consuelo como sentía. Me ocultaba lo más posible, para aprender a amar a mi Bien soberano, que tan fuertemente me obligaba a devolverle amor por amor.

Pero no creía poder llegar nunca a amarlo por más que hiciese, si no aprendía a hacer oración, pues no sabía más que lo que él me había enseñado, que consistía en abandonarme a sus santos impulsos, cuando conseguía un pequeño rincón para estar a solas con él. Pero como tenía que trabajar mucho, a lo largo del día, con criados y criadas, podía disponer de poco tiempo y a pesar de ello, al terminar el día, nada había hecho que hubiera contentado a las personas con las cuales vivía.

Me gritaban de tal modo que ya no tenía valor de comer y me retiraba donde podía, para unos momentos de paz, que tanto necesitaba.

Y como me quejara a mi divino Maestro, de lo que me temía de no poderle agradar en todo lo que hacía, pues aun en materia de mortificación había mucho de voluntad mía, pues hacía lo que yo quería, y como me parecía sólo tener valor lo que se hace por obediencia, le decía muchas veces:

“¡Oh Señor, dadme alguien que me conduzca a Vos!”

*“¿No te basto yo? —me contestó— ¿Qué temes, un hijo tan amado como yo te amo, puede perecer en los brazos de un Padre todopoderoso”?*

### 31. Confesión de Jubileo a un franciscano.

Sí, yo no sabía qué era dirección; mas tenía un gran deseo de obedecer, y su Bondad permitió que, en el tiempo del Jubileo, fuera a hospedarse a casa un religioso de San Francisco, y con nosotros se quedó para facilitarnos nuestras confesiones generales (<sup>17</sup>).

Hacía como quince días que estaba escribiendo la mía. Pues aunque me confesaba generalmente en toda ocasión que se presentaba, me parecía que no era bastante todavía, a causa de mis grandes pecados, por los cuales sentía tanto dolor, que no solamente vertía muchas lágrimas, sino que hubiera querido, en el exceso de mi dolor, publicarlos delante de todo el mundo.

Y mis más grandes gemidos provenían de que era tan ciega que no los podía conocer ni expresar, de tan enormes como eran. Y esto era causa de que escribiera todo lo que podía encontrar en libros que tratan de la confesión, y que mencionara cosas de las que tenía horror aun de pronunciarlas. Pero me decía a mí misma:

“Esto quizá lo he hecho y no lo conozco, ni me acuerdo de ello; pero es muy justo que me confunda y avergüence diciéndolo, para satisfacer a la divina justicia”.

Es verdad, que si hubiera creído haber hecho la mayor parte de las cosas de que me acusaba, hubiera estado inconsolable, y después también de confesiones fabricadas así, si mi soberano Maestro no me hubiera asegurado que perdonaba todo a una voluntad sin malicia. E hice ésta; pero el buen padre me hacía pasar muchos pliegos sin permitirme que los leyera, (aunque) le suplicaba que me dejara satisfacer mi conciencia, pues era mucha más gran pecadora de lo que él pensaba.

Esta confesión me dejó muy en paz. Le dije algo al padre acerca de la manera como vivía, acerca de lo cual él me dio varios avisos. Pero no osaba decirle todo, pues creí que había peligro de vanidad, a la cual tenía mucho miedo. Mi temperamento me llevaba con tanta fuerza por este vicio que creí que todas mis obras eran hechas por este motivo, pues no distinguía el sentimiento del consentimiento. Esto me hacía sufrir mucho, pues tenía grande horror al pecado, porque con él se alejaba Dios de mi alma.

---

<sup>17</sup> Fue el Jubileo concedido por Clemente X, cuando su elevación al Pontificado, en 1670. Fue concedido a la diócesis de Autun en 1671, y empezó el 22 de febrero. cuatro meses antes de la entrada de Margarita a la Visitación de Paray.

Este buen padre me prometió instrumentos de penitencia, y yo le conté cómo mi hermano, a fuerza me retenía en el mundo, siendo así que ya hacía cuatro o cinco años que anhelaba ser religiosa. De lo que le dio tan grande escrúpulo, que después me preguntó si de veras perseveraba con esos deseos. Y habiéndole respondido que primero moriría que cambiarlos, él me prometió que trataría de ayudarme.

### **32. ¡Si entrara al convento de las Ursulinas!**

Y se fue mi hermano a arreglar la cuestión de mi dote, de acuerdo, al parecer con la buena prima, que no cesaba de hacerme la lucha por que entrara a su convento de Ursulinas. Y mi madre y mis otros parientes que querían (si había de ser religiosa) lo fuera en ese convento. Ya no sabía cómo defenderme. Pero en tanto que él (mi hermano) se movía, invocaba a la Santísima Virgen, mi buena señora, por intercesión de San Jacinto, al cual supliqué me ayudara, e hice ofrecer muchas misas en honor de mi santa Madre, la cual me dijo amorosamente y me consoló al decirme:

*“No temas nada. Tú serás mi verdadera hija, y yo seré siempre bondadosa madre para ti”.*

Estas palabras me sosegaron tanto que ya no me quedó ninguna duda de que se cumplirían, a pesar de todas las oposiciones.

Mi hermano, ya de regreso, me dijo: “Quieren cuatro mil libras. Y a ti te toca hacer lo que quieras de tu dinero porque la cosa no la deciden todavía”.

En seguida le dije resueltamente:

“Jamás concluirán las cosas de ese modo. Quiero a las de Santa-María (a la Visitación) a un convento que esté bien lejos, donde no tenga ninguna pariente, ni conocida; porque no quiero ser religiosa sino por amor de Dios. Quiero dejar completamente el mundo, y ocultarme en algún rinconcito, para olvidarlo y ser de él olvidada, y no volverlo a ver”

### **33. Elige la Visitación de Paray.**

Me propusieron varios monasterios, y no podía resolverme por ninguno; pero al punto que me nombraron a Paray, mi corazón se dilató de gozo y me decidí al momento por él.

Pero todavía me quedaba el ir a ver a aquellas religiosas con las que había estado a los 8 años (Clarisas de Charolles), lo que significó otro rudo

combate para mí. Porque me hicieron entrar al convento y me dijeron que era para ellas una hija y que por qué quería abandonarlas, puesto que allí era amada tan tiernamente. Que no se resignaban a verme entrar a Santa-María, sabiendo ellas bien que no perseveraría. Les respondí que iba a ensayar, pero ellas me hicieron prometer que volvería a ellas cuando tuviera que salir de Paray. Porque estaban seguras decían que no podría jamás acostumbrarme. Pero, a pesar de todo lo que pudieron agregar, mi corazón permaneció insensible y se confirmó más en su resolución y repetía: “¡Es preciso morir o vencer!”.

### **34. Paray: “Aquí es donde te quiero”.**

Dejo todos los combates que todavía tuve que sostener, para llegar pronto al lugar de mi dicha: el querido Paray en donde en el locutorio a donde entré primero, me fueron dichas interiormente estas palabras:

*“Aquí es donde te quiero.” (18)*

Inmediatamente dije a mi hermano que era preciso hablar sobre mi admisión, pues jamás quería ser admitida en otro sitio. Esto le sorprendió tanto más cuanto que él no me había llevado sino a visitar a las religiosas de Santa-María, sin que pareciera que pretendía quedarme. Porque eso le había prometido; pero no quise ya de ningún modo retroceder sino que a todo mi negocio se pusiera allí punto final.

“Después me pareció que empezaba una vida nueva. Tanta alegría y tanta paz sentía en mí. Me causaba ello tal gozo que los que no sabían lo que en mi interior pasaba decían: “Mírenla si tiene el aspecto de una religiosa”. Y es que me arreglaba y me divertía tanto como nunca lo había hecho antes. La causa era el gozo tan grande que experimentaba de parecerle bien a mi Soberano Dueño. Al escribir esto, él me hace amorosamente este reproche con estas palabras...”

*“Mira, hija mía, si puedes encontrar un padre tan herido de amor por su hijo único que se haya desvelado tanto por cuidarlo, que le haya dado testimonios de cariño tan tierno, como son aquellos que te he dado y te quiero dar que he tenido tanta paciencia y trabajo para cultivarte y hacerte a mi modo desde la más*

---

<sup>18</sup> Esta primera visita de Margarita, en el locutorio, se remonta al 25 de mayo de 1671.

*tierna infancia: esperándote pacientemente sin cansarme por todas tus resistencias.*

*Acuérdate pues, que si alguna vez te olvidaras del agradecimiento que me debes, y no refieras a mí la gloria de todo, sería el medio de secar para ti la fuente inagotable de todo bien”.*

### **35. Margarita entra en el monasterio: 20 de junio 1671.**

En fin, habiendo llegado ese día tan deseado para decir adiós al mundo, jamás sentí tanta alegría y seguridad en mi corazón, que estaba como insensible a la amistad y al dolor que por mí mostraban otros, sobre todo mi madre. Y no vertí al dejarlos ni una lágrima, porque me parecía ser como una esclava libre de su prisión y sus cadenas, para entrar en la casa de su Esposo, tomar posesión de ella y gozar con toda libertad de su presencia, de sus bienes y de su amor.

Era lo que él decía a mi corazón, que por ello estaba como completamente fuera de mí. Y no sabía dar otra razón de mi vocación a Santa-María, sino que quería ser hija de la Santísima Virgen.

Pero confieso que, en el momento en que fue preciso entrar, que era un sábado, todas las penas que había tenido —y muchas más— me vinieron a asaltar tan violentamente, que me figuraba que mi espíritu iba a separarse de mi cuerpo al entrar. Pero inmediatamente me fue mostrado que el Señor había roto el sayal de mi cautiverio revistiéndome de su manto de gozo (<sup>19</sup>). Y la alegría me transportó en tal forma que exclamé:

*“Aquí es donde Dios me quiere”.*

Sentí luego grabado en mi espíritu que esta casa de Dios era un lugar santo, y que todas cuantas habitaban en ella debían ser santas; y que este nombre de Santa-María significaba para mí que era preciso ser como ella al precio que fuera, y que para eso era menester abandonarse y sacrificar todo, sin ninguna reserva ni miramiento. Eso me endulzaba todo lo que al principio me parecía durísimo, cuando me despertaban, durante algunos días, con estas palabras, que yo oía claramente, aunque sin comprenderlas: *Dilexisti iustitiam*, y el resto del versículo, y otras veces: *Audi filia et vide*, etc. Y también:

---

<sup>19</sup> *Conscidisti saccum meum et circumdedisti me laetitia.* (Salmo 29, 12)

“Tú has reconocido tu sendero y tu camino, ¡oh Jerusalén mía, casa de Israel! pero el Señor te guiará en todos tus caminos y no te abandonará jamás”.

Yo decía todo esto a mi buena Maestra<sup>20</sup> sin comprenderlo. La miraba a ella, y a mi Superiora<sup>21</sup> también, como a mi Jesús en la tierra. Y, como no sabía que era dirección espiritual, ni la había tenido nunca, estaba feliz de tener quien me mandara, a fin de poder obedecer, y me parecían oráculos todo lo que ella me decía, y que no tenía nada que temer si lo hacía por obediencia.

### **36. La tela preparada.**

Le suplicaba que me enseñara a hacer oración, de la que mi alma estaba tan hambrienta, y ella no acababa de creer que habiendo llegado al convento, de 23 años, yo ignorara del todo cómo hacerla. Pero le dije que, sin embargo, la cosa era así, y ella me dijo, para empezar:

“Id a ponerlos delante de Nuestro Señor como una tela preparada delante de un pintor”.

Hubiera querido me explicara aquella orden, pues nada comprendía; pero no me atreví; más escuché dentro de mí;

*“Ven, yo te lo enseñaré”.*

Y apenas acudí a la oración, mi soberano Maestro me hizo ver que mi alma era esa tela preparada, sobre la cual quería él pintar todos los rasgos de su vida sufriente, pasada toda ella en el amor y en la privación — separación— en el silencio y el sacrificio completo. Y que él haría esta impresión, después de haberla purificado de todas las manchas que le quedaban, tanto en lo que tocaba a la afición a las cosas de la tierra, como al amor propio y a las otras creaturas, hacia las cuales tenía mucha inclinación, por ser de natural complaciente.

Pero él me despojó de todo en ese momento, y, después de haber vaciado mi corazón, y de haberme dejado el alma completamente al descubierto, encendió en mí un deseo tan ardiente de amar y de sufrir, que no me dejaba ni un momento. Me perseguía de tan cerca, que no tenía tiempo

---

<sup>20</sup> Sor Ana Francisca Thouvant, maestra de novicias, originaria de Paray y primera novicia recibida en el monasterio, en su fundación, en 1626. Más tarde sería Superiora.

<sup>21</sup> Madre Margarita Jerónima Hersant, profesora del primer monasterio de París. Gobernó el de Paray de 1666 a 1672.

sino para pensar cómo podría amarlo crucificándome, pero su bondad ha sido tan grande conmigo, que nunca me ha dejado sin proporcionarme los medios

### **37. San Francisco de Sales modera su ardor por la penitencia.**

Aunque nada ocultaba a mi Maestra, formé, sin embargo el propósito de extender sus permisos en materia de penitencia un poquito más allá de su intención. Pero mi Santo Fundador me llamó al orden y me reprendió con energía, sin permitirme pasar más allá de los permisos, y jamás después me he atrevido a ampliar una licencia, porque sus palabras se me quedaron muy grabadas;

“Pero, hija mía, ¿piensas que puedes agradar a Dios traspasando los límites de la obediencia, que es el principal sostén y fundamento de esta Congregación, y no las austeridades?”

### **38. Toma de hábito: 25 de agosto 1671.**

Con un ardiente deseo de ser toda de Dios, en aquel ensayo de llegar a serlo, su misericordia insistente me hizo comprender que a esa felicidad se llegaba por donde él me indicaba. Ya revestida, pues, de nuestro santo hábito, mi divino Maestro me hizo ver que era el tiempo de nuestros desposorios, los cuales le conferían un nuevo título de dominio sobre mí, que también empezaba a tener un doble compromiso de amarlo a él con un amor de preferencia.

Luego me hizo comprender que, a la manera de los más apasionados amantes, me haría gustar en este tiempo todo cuanto hay de más dulce en la suavidad de las caricias de su amor. Y, en efecto, fueron tan excesivas, que me sacaban del todo fuera de mí misma, y me inhabilitaban para toda acción. Esto me arrojaba en tal abismo de confusión, que no osaba aparecer en público. Se me reprendió, haciéndome ver que esto no era el espíritu de las hijas de Santa-María, que no admitía nada extraordinario, y que si yo no me apartaba de todo eso, no podrían recibirme.

### **39. Vanos esfuerzos para retenerla en la vía común.**

Eso me trajo una enorme desolación, pues yo hice todo lo que pude, sin perdonar ningún esfuerzo para apartarme de esta vía. Pero todos esos

esfuerzos resultaron inútiles. Y los de nuestra buena Maestra también, en este sentido, y yo no le entendía, sin embargo.

Pues, como ella me veía con tal hambre de hacer oración y de aprender a hacerla —como yo no podía, a pesar de poner gran empeño seguir los métodos que se me proponían, era siempre necesario volver a lo que mi divino Maestro me enseñaba, aunque yo hiciera todo lo posible por olvidarlo y apartarme de él— me dieron para que me ayudara una oficiala y me hacía trabajar en el tiempo de oración, y cuando yo acudía después a la Maestra para reponer aquel tiempo, ella me corregía con dureza, y me ordenaba hacer oración al mismo tiempo que trabajaba en los quehaceres exteriores del noviciado. Esto lo hacía sin que por eso pudiera distraerme de la dulce alegría y consolación de mi alma, que iba en aumento. Me ordenaron ir a oír la lectura de los puntos de oración de la mañana. Después debía salir para barrer el sitio que me indicaran, hasta la hora de Prima. En seguida, debía dar cuenta de cómo me había ido en la oración, o más bien, de la que mi soberano Maestro hacía en mí y por mí, pues no había otro fin en todo esto que obedecer. Y ello experimentaba un placer extremo, aunque sufriera mi cuerpo al hacerlo. Después cantaba:

Si contradicen al Amor,  
más arderá con viva llama,  
Y si por él me dan dolor,  
crece el afecto y más se inflama.  
Amor, dolor, van a un compás:  
los corazones se aman más<sup>22</sup>

#### **40. Hambre de humillaciones y mortificaciones.**

Sentía en mí hambre insaciable de mortificaciones y humillaciones, aunque mi temperamento tan sensible, las resintiera vivamente.

Mi divino Maestro me hacía sin cesar solicitarlas, y me caían otras enormes; porque, aunque me rehusaban las que yo pedía, como indigna de hacerlas, me daban otras que yo no esperaba, tan opuesta a mis

---

<sup>22</sup>Nota del traductor. Así dice el cantar de la Santa:

Plus l'on contredit mon amour,  
plus cet unique bien m'inflamme.  
Que l'on m'afflige nuit et jour,  
on ne peut l'ôter à mon âme.  
Plus je souffrirai de douleur,  
plus il m'unirá à son Coeur.

inclinaciones, que me veía obligada a decir a mi buen Maestro, por el esfuerzo tan violento que me era preciso hacer:

“¡Ay, Señor, venid en mi auxilio, puesto que vos sois la causa de esta prueba!”.

Lo que él hacía diciéndome:

*“Reconoce, pues, que nada puedes sin mí, que no te dejaré sin amparo, con tal de que mantengas siempre tu nada y tu debilidad abismadas en mi fuerza”.*

#### **41. Una repugnancia natural combatida.**

No contaré sino una de esas mortificaciones no procuradas, que estaban por encima de mis fuerzas, en que me hizo sentir verdaderamente el efecto de su promesa.

Se trata de una cosa por la cual toda mi familia tenía tan grande aversión natural<sup>23</sup> que mi hermano pidió, al firmar el contrato de mi admisión en el convento, que no se me obligaría nunca a aquello, y no se tuvo ninguna dificultad en concederlo, siendo la cosa tan insignificante en sí misma.

Y en eso precisamente tenía ahora que ceder, pues el ataque era fuerte, por todos lados. Tanto que no sabía qué hacer. Porque me parecía más fácil morir, y si no hubiera amado más mi vocación que mi vida, hubiera antes abandonado el convento que hacer lo que me pedían. Pero era inútil resistir, puesto que mi soberano era quien pedía este sacrificio, del cual tantos otros dependían.

Resistí tres días esta lucha tan violenta, que causaba compasión, sobre todo a mi Maestra, delante de la cual yo me disponía en hacer lo que ella me pedía. Y en seguida me faltaba valor y confesaba que no podía, y me sentía morir de pena de no poder vencer mi natural y le decía:

“¡Ay! ¿Por qué no me quitáis mejor la vida que dejar que falte a la obediencia?”

A esto la Maestra me dijo: “¡Idos! No sois digna de practicarla y os lo prohíbo en adelante ya hacer lo que os mandaba”.

---

<sup>23</sup> Se trataba del queso. ¿Había por él una alergia familiar? En todo caso tanta repugnancia por algo tan ordinario en Francia como el queso, pudo parecer, a quienes no sufrían esa repugnancia, algo ridículo. Para ellos era una insignificancia; para la Santa no. (Nota del traductor).

Esto colmó mi copa, y dije al punto: “Es preciso morir o vencer”. Me fui delante del Santísimo Sacramento, mi refugio ordinario, y permanecí como tres o cuatro horas llorando y gimiendo, para obtener la fuerza de vencerme: “Dios mío, ¿me habéis abandonado? ¿Es preciso que en el sacrificio que os hago de mí, tenga que hacer una reserva, y que no sea capaz de ofrecerme totalmente?”.

Pero el Señor, queriendo poner a prueba hasta el extremo, la fidelidad de mi amor por él —como después me lo hizo saber— parecía alegrarse en ver cómo luchaban en su indigna esclava, el amor divino y las repugnancias de la naturaleza. Mas al fin, él venció, porque, sin otra consolación ni armas que estas palabras:

*“El amor se lo merece todo”*, me precipité a los pies de mi Maestra, y le pedí, por misericordia que me permitiera hacer lo que me había mandado. Y en fin, lo hice. Jamás había sentido tanta repugnancia para tomar algo, y la volví a sentir cada vez que tuve que volver a hacerlo. Y dura ya ocho años esto.

#### **42. Sobreabundancia de gracias después del vencimiento.**

Después de este primer sacrificio las gracias y favores de mi Soberano de tal manera se redoblaron e inundaron mi alma, que me veía constreñida a menudo a suplicarle:

“¡Detened el torrente de gracias que me anega, Dios mío, o aumentad mi capacidad para recibirlo!”.

No diré más aquí de esas predilecciones y profusiones del puro amor, que eran tan grandes, que yo no sabría jamás describirlas.

#### **43. Temores por su vocación. Jesús responde de ella.**

Sobre estas cosas precisamente recayeron los ataques entonces. Ya cercano el tiempo en que debía profesar, me decían que estaba claro que yo no tendría nunca el espíritu de la Visitación, la cual temía a toda esta suerte de caminos tan sujetos a la ilusión y al engaño.

Esto le representaba yo a mi Soberano, quejándome a él: “¡Ay, Señor! ¿Vais a ser vos la causa de que me despidan?”

A esto él me respondió:

*“Di a tu superiora<sup>24</sup> que no hay por qué temer nada en recibirte, que yo respondo de ti, y que si ella me encuentra solvente, yo seré tu fiador”.*

Yo transmití el recado, y ella me ordenó que pidiera al Señor, como prenda de seguridad, que me volviera útil a la Orden por la práctica exacta de todas sus observancias. A esto, su amorosa bondad me respondió:

*“Está bien, hija mía, te concedo todo esto, y te volveré más útil a la religión de lo que ella piensa. Pero de una manera que no es todavía conocida sino por Mí, y, en lo sucesivo, ajustaré mis gracias al espíritu de tu regla, a la voluntad de tus superioras y a tu debilidad. De modo que tendrás por sospechoso todo lo que te aparte de la exacta práctica de tu regla, la cual quiero que prefieras a todo lo demás.*

*Además, estoy de acuerdo en que tú prefieras la voluntad de tus superiores a la mía, cuando te prohíban algo que yo te había ordenado. Déjalos hacer todo lo que quieran de ti: yo sabré encontrar el medio de hacer triunfar mis designios, aun por medios que parezcan opuestos o contrarios. Y yo no me reservo sino la dirección de tu interior, y particularmente de tu corazón, en el cual, habiendo establecido el imperio de mi amor, yo no lo cederé jamás a otros”.*

Nuestra Madre y la Maestra quedaron contentas con todo esto, y sus efectos aparecieron tan sensiblemente, que ya no pudieron dudar que estas palabras provenían de la verdad: porque no sentía ninguna turbación en mi interior, y no me dedicaba entera sino a lo que determinaba la obediencia, aunque me resultara alguna pena por ello.

Pero la estima y el que estuvieran contentas conmigo, era para mí un martirio insoportable, y lo miraba como un justo castigo de mis pecados, los cuales me parecían tan grandes, que todos los tormentos imaginables me hubieran sido dulces de soportar, con tal de expirar y satisfacer a la divina justicia.

---

<sup>24</sup> La Madre María Francisca de Saumaise, profesa del monasterio de Dijon, elegida en Paray el día de la Ascensión de 1672.

#### **44. Profesión religiosa: 6 de noviembre 1672.**

Habiendo llegado por fin al bien tan deseado de la santa profesión, en ese día mi divino Maestro quiso recibirme como su esposa, pero de una manera que me siento impotente de expresar. Solamente diré que él me adornaba y trataba como una esposa del Tabor, lo que me era más duro que la muerte, no descubriendo en mí conformidad con mi Esposo, al que yo contemplaba todo desfigurado y desgarrado en el Calvario.

Pero él me explicó:

*“Déjame hacer cada cosa a su tiempo. Porque ahora quiero que seas el juguete de mi amor, que quiere tratarte ahora a su beneplácito, como los niños hacen con sus muñecos<sup>25</sup> y así, permitirás que te abandones, sin que parezcas darte cuenta, ni resistas, dejando que yo goce a expensas tuyas: pero en todo eso tú no perderás nada”.*

Me prometió, además nunca apartarse de mí:

*“Has de estar siempre dispuesta para recibirme, porque yo quiero hacer de ti mi morada, para siempre, para tratar y conversar contigo”.*

#### **45. Misteriosa presencia del divino Maestro.**

Y desde entonces él me hizo gracia de su divina presencia, pero en una forma que no había yo experimentado; porque jamás había recibido una gracia tan grande, por los efectos que ella ha operado desde entonces en mí.

Yo lo veía, lo sentía próximo a mí y lo escuchaba mucho mejor que si hubiera sido por medio de los sentidos corporales —para estos yo habría podido distraerme para no percibir su mensaje— pero era imposible para mí poner impedimento a lo otro, no habiendo en mí ninguna participación. Esto imprimió en mí tan profundo anonadamiento, que me sentí al principio como caída y aniquilada en el abismo de mi nada de donde no he podido salir después, por respeto y homenaje a esta grandeza infinita, delante de la cual yo habría siempre querido estar prosternada en la tierra o de rodillas.

---

<sup>25</sup> El muñeco, para Margarita-María; la escoba, para Bernardita; la pelota; para Teresa de Lisieux, son otras tantas imágenes de la actitud de un alma enteramente entregada al seguro amor de su Dios.

Eso he hecho después, tanto como el trabajo y mi debilidad me lo han permitido, porque no dejaba un momento estar en una postura menos respetuosa y yo no osaba ni sentarme sino cuando estaba en presencia de otra persona humana; porque sentía mi indignidad, que él me ha hecho palpar tan grande, que ya no osaba presentarme sino con una confusión extraña, que me hacía desear no se tuviese recuerdo de mí, sino para ser menospreciada, humillada e injuriada. Pues que nada merezco sino esto, y porque ese único Amor de mi alma gozaba tanto en verme tratar de ese modo que, a pesar de la sensibilidad de mi natural orgulloso, él procuraba no faltar alguien entre las creaturas que me procurara lo que él quería que fuera para mí, delicioso sustento: contradicción, humillación, abyección. Y él nunca decía: ya basta; sino, al contrario, él mismo hacía lo que había faltado de parte de las creaturas o de mí misma. Pero, Dios mío, mucho más doloroso era aquello en que vos os mezclabais, y no acabaría nunca si lo dijera.

#### **46. Las dos santidades de amor y de justicia.**

Me hacía el honor de conversar conmigo. Algunas veces como un amigo o como un esposo, el más amoroso y apasionado; o como un padre amantísimo de un hijo único, y en otras formas, de las cuales suprimo los efectos que esto producía en mí.

Solamente diré que me hizo ver en él dos santidades: una de amor, la otra de justicia. Las dos muy rigurosas, a su modo, y se ejercitarían continuamente sobre mí. La primera me haría sufrir una especie de purgatorio muy doloroso, para alivio de las almas tenidas en ese lugar, a las cuales él permitiría —según su beneplácito— dirigirse a mí. En cuanto a su santidad de justicia, tan terrible y espantosa para los pecadores, ella me haría sentir el peso de su justo rigor y me haría sufrir por los pecadores:

*“Particularmente por las almas que me están consagradas, por las cuales yo te haré ver y sentir luego, lo que convenga sufrir por mi amor”.*

Pero, Dios mío, que conocéis mi ignorancia y la torpeza que tengo para expresarme y decir todo lo que ha pasado después entre vuestra soberana Majestad y vuestra mezquina esclava, dadme vos, por los efectos operantes de vuestro amor y de vuestra gracia, el que pueda decir siquiera un poco de lo que es ininteligible y no perceptible por los sentidos, y que

pueda hacer ver hasta qué exceso de liberalidad os ha llevado el amor hacia un objeto tan miserable y tan indigno.

#### **47. Resistencias a dejarse conducir por Dios.**

Pero como no ocultaba nada a mi superiora ni a la Maestra, bien que con frecuencia no comprendía yo misma lo que les decía, y ellas me dieron a entender que lo mío eran caminos extraordinarios que no iban de acuerdo con las hijas de Santa-María, esto me afligió mucho y fue causa de que no hubo diligencia que no intentara para alejarme de esos caminos. Mas era en vano, porque este espíritu ejercía ya tal imperio sobre el mío, que no podía disponer de mí ni de mis otras potencias interiores, que sentía completamente absorbidas en él.

Me esforzaba para seguir el método de oración que me enseñaban, y las demás prácticas; pero no se me quedaba nada. En vano leía mis puntos de oración. Todo se me borraba y no podía aprender ni retener sino lo que mi divino Maestro me enseñaba; y esto me hacía sufrir mucho. Porque destruían cuanto podían todas las operaciones divinas en mí y me ordenaban que yo también lo hiciera. Y combatía contra él tanto como podía, siguiendo exactamente todo lo que la obediencia me ordenaba, para sustraerme a su potencia, que reducía a nada la mía. Y yo me quejaba a él:

“¿Pero por qué, soberano Maestro mío, no me dejáis en la vía común de las hijas de Santa María? ¿Me habéis traído a vuestra santa casa para perderme? Dad vuestras gracias extraordinarias a aquellas almas escogidas que os corresponderán mejor y os glorificarán más que yo, que no os presento sino resistencia. No quiero nada sino vuestro amor y vuestra cruz, y ello me basta para ser una buena religiosa, que es todo lo que deseo”.

Me fue respondido.

*“Combatamos, hija mía, estoy contento, y ya veremos quién es el vencedor: el Creador, o la creatura. La fuerza o la debilidad, la omnipotencia o la impotencia. Pero quien resulte vencedor lo será para siempre”.*

Esto me arrojó en mayor confusión, y él me dijo:

*“Advierte que a mí no me ofenden todas tus oposiciones que haces por obediencia, por la cual yo entregué mi vida; pero yo te quiero enseñar que soy el señor absoluto de mis dones y de mis creaturas, y que no hay nada que pueda oponerse al cumplimiento de mis designios. Por eso, no solamente quiero que hagas lo que tus*

*superiores te digan, más aun que dejes de hacer lo que yo te ordene, si no cuentas con el permiso de ellos. Pues yo amo la obediencia, y sin ella nada hay que pueda serme grato”.*

Esto agradó mucho a mi superiora, y me ordenó abandonarme a su omnipotencia. Lo hice con grande alegría y paz, que luego inundó mi alma, que antes sufría al recibir órdenes imposibles de cumplir.

#### **48. Nuevo abandono querido por el Señor.**

Me pidió él, después de la sagrada comunión, le reiterara el sacrificio que ya le había hecho de mi libertad y de todo mi ser, lo que hice de todo corazón:

“Con tal de que, ¡oh soberano Maestro mío! —le dije—no hagáis aparecer en mí nada extraordinario, sino aquello que pueda causarme humillación y abyección, delante de las creaturas, y destruirme en su estima. Porque ¡ay Dios mío! siento mi debilidad y temo traicionaros, y que vuestros dones en mí no estén seguros.

—*No temas nada, hija mía —me dijo él—, porque yo mismo me volveré guardián de ellos y te volveré incapaz de resistirme. La pura cruz. Tres deseos imperiosos.*

—Bueno, Dios mío, ¿me dejaréis siempre vivir sin sufrir?

#### **49. La pura cruz. Tres deseos imperiosos**

Me fue mostrada en seguida una enorme cruz de la que yo no podía ver el extremo, toda ella cubierta de flores:

*“He aquí el lecho de mis castas esposas, donde yo te haré consumir las delicias de mi puro amor. Poco a poco caerán sus flores, y no te quedarán sino las espinas, que ellas ocultan, en atención a tu debilidad; mas te harán sentir tan vivamente sus picaduras, que tendrás necesidad de toda la fuerza de mi amor para resistirlas”.*

Estas palabras me regocijaron en grande, pensando que no bastarían todas esas penas, humillaciones, menosprecios, para calmar la sed que sentía de todo eso, y que no podría encontrar más grande pena que la que me producía el no sufrir; porque su amor no me dejaba en reposo ni de noche ni de día.

Pero esas dulzuras me afligían; quería la pura cruz, y hubiera querido para esto, ver mi cuerpo abrumado de austeridades o trabajo, del que tomaba cuanto mis fuerzas podían soportar. Pues no podía vivir ni un momento sin sufrir; y entre más sufría más contentaba a esa santidad de amor que había encendido tres deseos en mi corazón, que me atormentaban constantemente: uno, de sufrir; el otro de amar y comulgar; el tercero, de morir para unirme a él.

## **50. Retiro para la Profesión. Amor a la cruz.**

No me importaban ya ni el tiempo ni el lugar, desde que mi Soberano me acompañaba a todas partes. Me hallaba indiferente a todas las disposiciones acerca de mí. Porque estaba cierta de que, habiéndose él dado a mí, sin ningún mérito de mi parte, sino por su pura bondad, ya nadie podría quitármelo; y esto me hacía estar contenta en todas partes.

Lo experimenté cuando se me concedió el retiro para mi profesión, teniendo que cuidar una burra y su burrito en el jardín, que no daban poca guerra. Y no me permitieron atarlos, ni que la mantuviera quieta en el rinconcito que me habían señalado, para que no hiciera destrozos en otro lado. Y ellos no hacían sino correr, y no me dejaban descansar a mí hasta el *ángelus* de la tarde, en que iba a cenar. Después, había de volver durante una parte de Maitines, a su establo, para darles de comer.

Me hallaba tan contenta en esta ocupación, que no me hubiera importado durara toda mi vida. Y mi Soberano se mantenía tan a mi lado, que todas las carreras que me era preciso hacer, no me impedían el que yo recibiera grandes gracias, como jamás había antes experimentado; sobre todo lo que me hizo conocer sobre el misterio de su muerte y Pasión. Pero sería describir un abismo, y la longitud del relato me hace omitirlo todo, pero diré solamente qué es lo que me ha dado tanto amor por la cruz, que no puedo vivir un momento sin sufrir. Pero sufrir en silencio, sin consuelo, alivio ni compasión, y morir con este Soberano de mi alma, abrumada bajo la cruz de toda clase de oprobios, dolores, humillaciones, olvidos y menosprecios. Y esto me ha durado toda la vida, la cual, por su misericordia, ha transcurrido en estos ejercicios, de puro amor. El ha tenido cuidado que tales manjares no me falten y son tan deliciosos a su paladar, que jamás dice: Ya basta.

## 51. Exigencias de la santidad de Dios.

Una vez mi Maestro me dio esta lección, después de una falta mía:

*“Sábetete que soy yo un Maestro santo y que enseñe santidad. Soy puro y no puedo sufrir la menor mancha. Por eso es necesario que tú procedas con sencillez de corazón, con intención recta y pura en mi presencia. Porque no puedo sufrir el menor desvío, y te haré conocer que, si el exceso de mi amor me ha hecho tu Maestro, para enseñarte y modelarte a mi gusto y según mis planes, yo no puedo soportar a almas tibias y cobardes, y que si con dulzura soporto tus flaquezas, no seré menos severo y exacto en corregir y castigar tus infidelidades”.*

Es esto lo que me ha hecho experimentar toda mi vida. Ciertamente que puedo decir que no me dejaba pasar la menor falta en que hubiera caído, aunque fuera un poquito de voluntad o de negligencia, sin que después viniera la reprensión y el castigo, aunque siempre templado por su misericordia y piedad infinita.

Pero confieso que nada me era más doloroso y terrible que sentir que él estaba disgustado contra mí, aunque no fuera tanto. Todos los otros dolores, correcciones o mortificaciones no eran nada en su comparación. Eso me obligaba a ir en seguida a pedir penitencia por mis faltas, pues él se contentaba de aquella que la obediencia me daba.

## 52. No quiere las obras hechas por voluntad propia.

Lo que reprendía más severamente era la falta de respeto y de atención delante del Santísimo Sacramento, sobre todo en el tiempo del oficio y de la oración. Las faltas de rectitud y de pureza de intención; la vana curiosidad. Y aunque sus ojos puros y clarividentes descubren hasta las menores faltas de caridad y de humildad y las reprende severamente, sin embargo nada es comparable a las faltas de obediencia, sea a los superiores, sea a las reglas; y la menor réplica con testimonio de repugnancia a los superiores le es insoportable en un alma religiosa.

*“Te engañas —me decía él— si piensas agradarme con obras y mortificaciones en que la propia voluntad, habiendo hecho elección, busca más bien plegar la voluntad de los superiores. Sábetete que rechazo todo eso como frutos podridos por la propia voluntad. Me causa horror en un alma religiosa, y preferiría que gozara de pequeñas comodidades por obediencia a que se cargara de austeridades y de ayunos por su propia elección”.*

Y cuando me ha sucedido hacer, porque yo quiero y sin su orden —o de mi superiora— algunas mortificaciones y penitencias, no me permite ni siquiera que se las ofrezca, y me corrige y me impone una pena. Lo mismo que por mis otras faltas, cada una de las cuales encuentra su pequeña sanción con que él me purifica para hacerme menos indigna de su presencia, comunicación y operación. Porque él hacía todo en mí. Y como una vez, habiendo terminado un *Ave maris stella* de disciplina que me habían permitido, él me dijo:

*“Esta es mi parte”, como yo continuara: “Ahora le das su parte al demonio —añadió.*

Y ello me hizo terminar al momento. Otra vez, cuando era por las almas del purgatorio, en el momento en que comencé a rebasar el tiempo para el que tenía permiso, me rodearon y se quejaron de que las estaba azotando. Esto me hizo proponer que antes moriría que sobrepasar los límites de la obediencia, para otra vez. Y después de estas faltas, él me señalaba una penitencia.

No encontraba nada difícil, porque aun en ese tiempo hacía que todas mis penas y sufrimientos estuvieran anegados en la dulzura de su amor, que yo le suplicaba a veces me retirara, para poder gustar con placer las amarguras de sus angustias, agonías, abandono de los hombres, oprobios y otros tormentos. Pero él me respondía que a mí me tocaba someterme indiferentemente a todas sus diferentes disposiciones y no a dictarle disposiciones:

*“Y yo te haré comprender después que soy un sabio y prudente director, que sabe conducir a las almas, sin que corran ningún peligro, cuando se abandonan a mí y se olvidan de sí mismas”.*

### **53. Primera manifestación dei Corazón de Cristo: 27 de diciembre de 1673.**

Una vez, estando delante del Santísimo Sacramento —encontrando un poco de tiempo entre las muchas ocupaciones que me daban— hallándome penetrada de esta divina presencia, tanto que me olvidé de mí misma y del sitio donde estaba, me abandoné a este Espíritu divino, y le entregué mi corazón a la fuerza de su amor.

El me hizo reposar por largo tiempo sobre su divino pecho, donde me descubrió las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su

Sagrado Corazón, que antes me tenía ocultos, hasta ese día que me los descubrió por vez primera. Pero de una manera tan efectiva y sensible, que no me dejó ningún lugar a dudar, por los efectos que esta gracia produjo en mí, que ando siempre temerosa de engañarme en todo lo que digo que pasa en mí. Y he aquí cómo me parece que aquello pasó. El me dijo:

*“Mi divino Corazón ama tan apasionadamente a los hombres, y a ti en particular, que no pudiendo contener en sí mismo las llamas de su ardiente caridad, necesita que se comuniquen a otros por tu medio, y que él se manifieste a ellos para enriquecerlos con los preciosos tesoros que a ti te descubro, y que contienen las gracias de santificación y salvación que pueden salvarlos de perderse. Y yo te he escogido como un abismo de indignidad y de ignorancia, para la realización de este gran designio, a fin de que todo esto sea hecho por mí”.*

#### **54. La discípula bien-amada del sagrado Corazón.**

Después, él me pidió mi corazón, y yo le supliqué lo tomara, y él lo tomó, y lo puso en el suyo adorable, en el cual hizo que lo viera como un pequeño átomo que se consumía en aquella ardiente hoguera; de dónde, retirándolo como una llama en forma de corazón, lo volvió al lugar de donde lo había tomado, y me dijo:

*“He aquí mi bien amada, una preciosa prenda de mi amor, que encierre en tu costado una pequeña chispa de sus más vivas llamas, para que te sirva de corazón y te consuma hasta tu último instante, y cuyo ardor no se extinguirá ni podrá tener refrigerio, a no ser un poco, en la sangría por la cual yo marcaré de tal manera la sangre de mi cruz, que te traerá más de humillación y sufrimiento que de alivio. Por eso quiero que la pidas simplemente, tanto para hacer lo que te he ordenado<sup>26</sup>, cuanto para proporcionarte a ti misma el consuelo de derramar tu sangre sobre la cruz de las humillaciones. Y como señal de que la grande gracia que acabo de hacerte no es una imaginación, y de que es el fundamento de aquellas que tengo reservadas para ti, aunque he vuelto a cerrar la herida de tu costado, el dolor te quedará toda la*

---

<sup>26</sup> Se recomienda en sus Constituciones a las religiosas de la Visitación, pedir con confianza a la superiora aquello que piensan les es necesario. (En el caso ¿sería pedir licencia de hacerse la herida y de derramar un poco de sangre? Duda del traductor, en este paréntesis).

*vida. Y si hasta el presente no has llevado sino el nombre de mi esclava, te doy ahora el de la discípula bien-amada de mi sagrado Corazón”.*

Después de un favor tan grande y que duró largo espacio de tiempo, durante el cual yo no sabía si estaba en el cielo o en la tierra, quede por muchos días, como febricitante y embriagada, de tal manera fuera de mí, que no podía volver a mí, ni pronunciar una sola palabra sino haciéndome violencia, y era menester hacérmela tan grande para ir a recreo o para comer, que me hallaba en el límite de mis fuerzas para dominar mi pena, lo cual me era una gran humillación. Ni podía dormir, porque esta llaga cuyo dolor me es tan precioso, me causa tan vivos ardores, que me consume y me hace arder estando viva.

Y sentía una tan gran plenitud de Dios, que no podía comunicarme con mi superiora como lo hubiera querido, por penosa que fuera la confesión, como lo son estas gracias y el decir las por mi grande indignidad. Preferiría decir mis pecados a todo el mundo, y me hubiera sido una gran consolación, si me lo hubieran permitido, leer mi confesión general en el refectorio, para que todas vieran el gran fondo de corrupción que hay en mí, a fin de que no me atribuyeran nada de las gracias que recibía.

## **55. Visiones de los primeros viernes de mes.**

La gracia de que acabo de hablar a propósito de mi dolor de costado, se me renovaba los primeros viernes de mes, de esta manera-.

Este sagrado Corazón se me presentaba como un sol fúlgido de deslumbrante luz, cuyos rayos ardentísimos caían a plomo sobre mi corazón, que se sentía luego abrasado de fuego tan ardiente, que me parecía iba a reducirme a cenizas. Y era particularmente en este tiempo cuando el divino Maestro me enseñaba lo que quería de mí, al descubirme los secretos de este amable Corazón.

Una vez, entre otras, que el Santísimo Sacramento estaba expuesto, después de sentirme retirada toda dentro de mí, por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, Jesucristo, mi dulce Maestro, se me presentó todo luminoso de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles. Y de esta sagrada Humanidad salían llamas por todos lados, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecía una hoguera, que, abriéndose, me descubrió su amante y amable Corazón, que era la viva fuente de esas llamas. Entonces fue cuando me descubrió las

maravillas inexplicables de su puro amor, y hasta qué exceso él lo había llevado a amar a los hombres, de los que no recibía sino ingratitud y olvido<sup>27</sup>

## **56. Ella debe suplir la ingratitud de los hombres.**

*“Lo que más me hiere —añadió él— es que todo lo que sufrí en mi Pasión, si ellos me dieran en retorno algún amor, estima ría en poco todo lo que he hecho por ellos y querría, de ser posible, hacer aún más. Pero ellos no tienen sino frialdad y rechazo para todos los deseos míos de hacerles bien. Pero al menos tú dame ese placer; de suplir sus ingratitudes cuanto puedas y seas capaz”.*

Y al mostrarle mi impotencia, él repuso:

*“Toma, he aquí con qué suplir lo que te falta”.*

Al mismo tiempo, abriéndome ese divino Corazón, salió de él una llama tan ardiente, que yo pensé iba a ser consumida por ella, pues me penetró hasta lo más hondo de mí, y no podía yo resistirla, y le pedí tener piedad de mi debilidad.

## **57. Peticiones de Jesús: Comunión frecuente. Hora Santa.**

*“Yo seré tu fuerza —me dijo él—. No temas nada, sino atiende a mi voz y a lo que voy a pedirte para disponerte al cumplimiento de mis designios. Primeramente, me recibirás en el santo Sacramento tanto cuanto la obediencia quiera permitirte, aunque por ello te vengan mortificaciones y humillaciones, las cuales recibirás como prendas de mi amor.*

*“Comulgarás además todos los primeros viernes de cada mes<sup>28</sup>. Y todas las noches del jueves al viernes, te haré participar de la mortal tristeza que yo quise sentir en el Jardín de los Olivos, la cual tristeza te reducirá, sin que puedas comprenderlo, a una especie de agonía más ruda de soportar que la muerte. Y para acompañarme en aquella humilde oración que yo elevé entonces a mi Padre entre todas mis angustias, te levantarás entre las 11 y las*

---

<sup>27</sup> Meconnaissance, que dice la Santa, es en realidad: desconocimiento, el hecho de no conocer. Nota del traductor.

<sup>28</sup> “La gran Promesa! de la comunión de los primeros 9 meses de mes está en la carta 87, a la M. Saumaise y en el Acta de Canonización. Nota del traductor.

*12 de la noche, para prosternarte una hora conmigo, el rostro contra el suelo, para aplacar la cólera divina y pedir misericordia por los pecadores, para endulzar en alguna forma la amargura que yo sentía por el abandono de mis apóstoles, que me obligó a reprocharles que no habían podido velar una hora conmigo; y durante una hora tú harás lo que yo te enseñe.*

*Pero escucha, hija mía, y no creas ni te fíes ligeramente de cualquier espíritu, porque Satanás rabia por engañarte. Por esto no hagas nada sin la aprobación de quienes te conducen, a fin de que, teniendo la autoridad de la obediencia, no te pueda engañar, porque no tiene ningún poder sobre los que obedecen.”*

## **58. Pruebas, humillaciones, enfermedad.**

Durante este tiempo no me sentía, ni sabía dónde estaba, y cuando me vinieron a retirar de ahí, viendo que yo no podía responder y ni siquiera sostenerme en pie sino con mucha pena, me llevaron a donde estaba nuestra Madre<sup>29</sup>, la cual me encontró fuera de mí, encendida y temblorosa. Me arrojé de rodillas, y ella me mortificó y humilló a todo lo que pudo, y eso me causaba un placer y me daba un gozo increíble, pues me sentía de tal manera criminal y confundida en extremo, que, por riguroso que fuera el trato que me dieran, me habría parecido dulcísimo. Y después de que le referí, con extrema confusión lo que había pasado, ella se puso a humillarme aún más. Y no me concedió nada entonces, de cuanto yo creía que Nuestro Señor me pedía hacer, y no trató sino con menosprecio cuanto acababa de decirle. Eso me consoló mucho y me retiré con una inmensa paz.

El fuego que me devoraba me arrojó luego en una fiebre continua. Mas yo era demasiado feliz con sufrir, para quejarme y no dije nada de ella hasta que las fuerzas me faltaron; pero el médico conoció que ya hacía mucho tiempo que yo la padecía, y sufrí todavía más de sesenta accesos. Pero también jamás he sentido tanta consolación; pues aunque todo el cuerpo sufría extremos dolores, eso aliviaba un poco la sed que yo tenía de padecer. Porque este fuego devorante no se nutría ni contentaba sino con leña de la cruz, de toda especie de dolores, menosprecios, humillaciones y penas. Y jamás sentía dolor tan grande que pudiera igualar al que tenía de no sufrir todavía más. Ya creían que me moría.

---

<sup>29</sup> La Madre Saumaise.

## 59. Visión de la Santísima Trinidad.

Pero Nuestro Señor, continuándome siempre sus gracias, me concedió una incomparable, pues me pareció, durante un éxtasis que tuve, que las tres Personas de la adorable Trinidad se presentaron a mí, y llenaron de indecibles consolaciones a mi alma. No pude explicar lo que me pasó entonces, sino que yo veía que el Padre Eterno, presentándome una fuerte cruz, toda ella erizada de espinas, acompañada de todos los instrumentos de la Pasión, me dijo:

*“Toma, hija mía, te hago el mismo presente que a mi amado hijo. “Y yo —me dijo el Señor Jesucristo— te fijaré en ella como lo estuve yo y te haré ahí fiel compañía”.*

Y la tercera de estas adorables Personas añadió:

*“Que él, que no era más que amor, me consumiría ahí al purificarme”.*

Mi alma permaneció en una paz y gozo inconcebibles, pues la impresión que en ella hicieron estas divinas Personas no se ha borrado jamás. Se me presentaron en forma de tres jóvenes vestidos de blanco, muy resplandecientes de luz, de la misma edad, estatura y belleza.

No comprendí entonces, como lo he comprendido después, los grandes sufrimientos que aquello significaría para mí.

## 60. Se le pide una prueba de sus revelaciones.

Me ordenaron que pidiera al Señor la salud. Lo hice, con temor de ser escuchada. Pero añadieron que se conocería bien si venía del Espíritu de Dios todo lo que a mí me pasaba por el restablecimiento de mi salud. Después de eso, me permitirían hacer lo que él me había mandado, tanto a propósito de la comunión de los primeros viernes, como de velar la noche del jueves al viernes, como él pedía.

Habiendo representado todas estas cosas a Nuestro Señor, por obediencia, al punto recobré la salud. Porque la Santísima Virgen, mi buena Madre, habiéndome hecho gracia de su presencia, me acarició tiernamente, y me aseguró después de larga plática:

*“¡Valor, mi querida hija! Con la salud que te devuelvo, de parte de mi divino Hijo, te resta hacer un largo y penoso camino, siempre bajo la cruz, y te atravesarán clavos y espinas y serás*

*desgarrada por azotes. Pero no temas nada. Yo no te abandonaré y te prometo mi protección.”*

Esta promesa la ha cumplido cuando he tenido necesidad de ella.

## **61. La santidad de Dios no tolera ninguna mancha.**

Mi soberano Señor continuaba siempre haciéndome gracia de su divina presencia actual y sensible, como lo he contado antes. Y me prometió que así continuaría siempre y, en efecto, nunca me privaba de ella por ninguna falta que cometiera.

Pero como su santidad no puede sufrir la menor mancha, él me hace ver hasta la más pequeña imperfección. Y no pudiéndolas soportar si interviene en ellas aunque sea poco, la voluntad o hay negligencia, siendo yo tan imperfecta y miserable y cometiendo tantas, aunque involuntariamente, confieso que me es un tormento insoportable comparecer delante de esta santidad, cuando reconozco que he caído en alguna infidelidad. Y no hay ninguna clase de suplicios a los que no me ofreciese antes que soportar la presencia de este Dios santo, cuando mi alma está manchada por alguna falta. Me sería mil veces más dulce arrojarme a un horno encendido.

## **62. Horrible representación de lo que es ella.**

Una vez, habiéndome dejado llevar de cierto movimiento de vanidad, al hablar de mí misma, Dios mío, ¡cuántas lágrimas y sollozos me costó esta falta! Porque cuando estuvimos él solo conmigo sola, me reprendió de esta manera, con un rostro severo:

*“¿Qué tienes tú, polvo y ceniza de qué poder glorificarte, pues que no tienes tuyo sino nada y miseria, que nunca debes perder de vista, ni salir del abismo de tu nada?”*

*Y a fin de que la grandeza de mis dones no te haga desconocer y olvidar lo que tú eres, quiero que tengas un cuadro de ello delante de tus ojos”.*

Y me mostró en seguida un horroroso cuadro, que era compendio de lo que soy, y me espantó tanto —por horror de mí misma— que si no me hubiera sostenido, hubiera caído desmayada de dolor. No podía comprender el exceso de tan gran bondad y misericordia por no haberme

sumido en el infierno y haberme soportado, pues no podía yo soportarme a mí misma. Y como era el tormento con que él castigaba en mí los menores movimientos de vana complacencia, me veía obligada a veces a decirle:

“Oh Dios mío, hacedme morir u ocultad ese cuadro, pues no puedo vivir si lo estoy viendo”.

Pues él imprimía en mí penas insoportables de odio y de venganza contra mí misma; pero la obediencia no me permitía ejecutar los rigores que esto me sugería, y no puedo expresar lo que sufría. Mas como sabía que este Soberano de mi alma se contentaba con lo que la obediencia me ordenaba y que él mucho se complacía en verme humillada, esto me hacía muy fiel en acusarme de mis faltas, para recibir penitencias. Pues aunque fuera muy ruda, no me parecía sino dulce refrigerio, al lado de la que él mismo me imponía, él, que ve faltas en lo que parecería puro y perfecto.

Es lo que me dio a conocer un día de Todos Santos, en que oí inteligentemente:

*¡Ninguna mancha en la inocencia!  
Nada se pierde en la Potencia  
y aquí en el cielo, que es mi Casa.  
Reina el Amor, y nada pasa<sup>30</sup>.*

Las explicaciones que me dio de estas palabras, me han servido largo tiempo de meditación.

— Ninguna mancha en la inocencia; es decir, que no había que soportar ninguna mancha en mi alma ni en mi corazón.

— Nada se pierde en la Potencia; es decir, que yo le debía todo dar y abandonar, y que él era la omnipotencia misma, y que nada había que perder si se le daba todo a él.

— Las otras dos cosas, se entienden del cielo, donde nada pasa, nada termina, porque todo es eterno y se consume en el Amor.

Y como me mostró al mismo tiempo una muestra pequeña de esta gloria, exclamé: “Oh Dios, ¡en qué transporte de gozo y de deseo esto me pone!”. Estaba yo en retiro, y pasé todo el día en estos placeres indecibles, de los cuales me parecía que no había otra cosa que hacer, sino irse pronto

---

<sup>30</sup> He aquí los versos franceses, pues ellos son los de Autor divino:

Rien de souillé dans l’innocence;  
Rien ne se perd dans la puissance;  
Rien ne passe en ce beau séjour:  
Tout s’y consommé dans l’amour.

a gozar de ellos. Pero estas otras palabras que escuché me hicieron conocer cuán descaminada iba. Helas aquí:

*¿Tan fácilmente ir a Jesús?  
¡Sólo se llega por la cruz!<sup>31</sup>*

Y en seguida, cuando puso bajo mis ojos todo lo que me esperaba por sufrir en mi vida, todo mi cuerpo se estremeció. Aunque no la vi tan claro en esa pintura como lo vi después, por los efectos que de ella vinieron.

### **63. Lo que pide la confesión.**

Me preparaba para hacer mi confesión anual, con gran ansiedad por encontrar mis pecados, mi divino Maestro me dijo:

*¿Para qué te atormentas? Haz lo que está en tu poder; yo supliré lo que te falte. Porque yo no pido en este sacramento sino un corazón contrito y humillado que, con voluntad sincera de no volver a hacer cosa que me desagrade, se acuse sin tratar de aparecer otro. Y a éste lo perdono al momento, y de ahí se sigue una perfecta enmienda.”*

### **64. Sus temores acerca del espíritu que la guía.**

Pero este espíritu soberano —que operaba y actuaba en mí independientemente de mi misma— ejercía en mí un imperio tan absoluto sobre todo mi ser espiritual y corporal, que ya no era dueña yo de excitar en mi corazón ningún movimiento de gozo o de tristeza sino como a él le placía. Ni podía dar ocupación a mi espíritu que la que él le asignaba.

Todo esto me ha mantenido con el extraño temor de vivir engañada, a pesar de todas las seguridades que he podido obtener de lo contrario. Estas seguridades me han venido de parte de personas que me dirigían —que eran mis superiores-, Y estos directores no me han sido dados sino para examinar esa dirección total de él sobre mí. Y les ha dado toda libertad para aprobar o desaprobar. Y mi dolor está en que, tanto mis confesores como las otras personas encargadas de dirigirme, en lugar de sacarme de

---

<sup>31</sup> Los versos originales:

C'est en vain que ton coeur soupire  
pour y enter comme tu crois;  
il ne faut pas qu'on y aspire,  
que par le chemin de la croix.

los engaños en que yo creía estar enredada, me hundían cada vez más en lo mismo. Y me decían que me abandonara a la voluntad de ese espíritu y que, sin reserva, me dejara conducir por él; y que, aunque él dejara que el demonio se divirtiera conmigo, como a mí me parecía, era necesario no hacer otra cosa que seguir al espíritu que me guiaba<sup>32</sup>.

## 65. La vestidura de inocencia.

Hice, pues, mi confesión anual. Después, me sentí despojada y revestida al mismo tiempo, de una vestidura blanca, y oí estas palabras:

*“Esta es la vestidura de inocencia con que yo atavío a tu alma, a fin de que ya no vivas de la vida de un Hombre-Dios; es decir para que vivas como si no vivieras ya tú, sino para que me dejes vivir en ti. Porque yo soy tu vida, y ya no vivirás sino en mí y por mí, y quiero que actúes como si tú nada hicieras, para que me dejes actuar y obrar en ti y por ti, remitiendo a mí el cuidado de todo. Tú ya no debes tener voluntad sino, como si de ella carecieras me dejarás querer por ti en todo y dondequiera.*

## 66. Vida feliz y crucificada.

Una vez, este único amor de mi alma, traía en una mano, el cuadro de la vida más feliz que se puede imaginar para un alma religiosa: paz, consuelos interiores y exteriores, perfecta salud, aplauso y estima de las creaturas, más otras cosas agradables a la naturaleza; en la otra mano, el cuadro de una vida pobre y abyecta; crucificada siempre con toda clase de humillaciones, desprecios y contradicciones, llena de dolores en el cuerpo y en el espíritu. Y al presentarme estos dos cuadros, me dijo:

*“Escoge, hija mía, el que te agrade más. Yo te concederé las mismas gracias, si escoges el uno o el otro.”*

Yo me prosterné a sus pies para adorarlo, y le respondí: “¡Oh Señor mío! Yo no quiero otra cosa que a vos y lo que vos elijáis para mí” Y como me insistiera mucho en que escogiera, volví a responder:

---

<sup>32</sup> Del traductor. El pasaje es oscuro, Parece que los confesores consultados están seguros de que es el espíritu de Dios el que guía a la Santa, por lo menos en los casos consultados. Y que entonces, cuando es claro que es el espíritu de Dios, aunque le parezca a la Santa que ese espíritu permite al demonio que se burle de ella, como esto es absurdo, siga aun en ese caso, lo que el espíritu le inspira. Usan de una hipérbole.

“Vos me bastáis, ¡oh Dios mío! Dadme lo que sea más glorioso para vos, sin tener en cuenta para nada mi interés y satisfacción. Quedad vos contento y eso me basta”.

Entonces él me dijo que, con María yo había escogido la mejor parte, que no me sería arrebatada, pues constituía mi herencia para siempre.

Y presentándome el cuadro de la crucifixión:

*“He aquí —me dijo— lo que yo te he escogido y que es más de mi agrado, tanto para el cumplimiento de mis planes, como para hacerte semejante a mí. La otra es una vida de gozo y no de mérito: eso será en la eternidad.”*

Yo acepté pues este cuadro de muerte y de crucifixión, y besé la mano que me lo presentaba y, aunque la naturaleza gimió, lo abracé con todo el afecto que mi corazón era capaz. Lo estreché contra mi pecho, y lo sentí tan fuertemente impreso en mí, que me parecía no ser ya sino un todo con lo que había visto representado.

## **67. Dios la guía por su superiora.**

Encontré de tal modo cambiada mi disposición, que ya no me conocía. Pero dejé el juicio de todo a mi superiora, a la cual no podía yo nada ocultar ni nada omitir de lo que ella me ordenaba, con tal de que esto viniera inmediatamente de ella.

Pero el espíritu que me poseía me hacía sentir repugnancias espantosas cuando me ordenaba algunas cosas —o me quería conducir— por el consejo de algunas otras, porque él me había prometido darles siempre las luces necesarias para que me condujeran conforme a los designios de él.

## **68. Dios permite a Satanás que la ponga a prueba.**

Y como las mayores gracias que yo recibía de su bondad eran en tiempo de la sagrada comunión y durante la noche —sobre todo la del jueves al viernes, en la cual recibía inefables favores— me advirtió una vez que Satanás había pedido probarme en el crisol de las contradicciones, tentaciones, humillaciones, sequedades, como el oro en la fragua, y que él le había permitido todo, exceptuando la pureza<sup>33</sup>. Pues él no quería que me tocara en esta materia, porque la detestaba tanto, que no había permitido

---

<sup>33</sup>En el número 89 se lee la tentación excepcional que un día tuvo que sostener en esta materia.

nunca que en eso fuera atacada, en la menor cosa. En lo que toca a las otras tentaciones, sí había de estar yo muy prevenida, sobre todo en cuestión de orgullo, desesperación y glotonería, la cual aborrecía más que la muerte.

Pero me aseguró él que nada debería temer, porque él sería como un fuerte inexpugnable dentro de mí; él combatiría por mí, y a él había que atribuir las victorias; que me rodearía de su fuerza para que no sucumbiera. Mas era preciso velar continuamente, sobre todo en lo de fuera, pues él se reservaba el cuidado del interior.

No tardaron nada las amenazas de mi perseguidor. Se me presentó en figura de un moro terrible, los ojos chispeantes como dos carbones y rechinando los dientes: “Maldita, ya verás cómo te atrapo, y una vez que pueda tenerte en mis manos, te haré sentir lo que soy capaz de hacer. En todo he de dañarte”.

Y aunque me amenazó en muchas otras formas, me sentía segura dentro de mí. Me parecía que no había por qué temiera todos los furores del infierno, por la gran fuerza que sentía en mí, por un pequeño crucifijo al cual había dado mi soberano Libertador poder de alejar todos los furores del infierno. Lo llevaba sobre mi corazón de día y de noche, y recibía de él toda clase de auxilio.

## **69. Satanás la ataca; su ángel la defiende.**

Se me llevó a la enfermería, y sólo Dios sabe lo que en ella tuve que sufrir, tanto de parte de mi natural vivaz y sensible como de las creaturas y del demonio, el cual me hacía caer y romper todo lo que tenía en las manos y después se burlaba de mí y se reía en mi cara: “¡Ah estúpida, tú no servirás nunca para nada!” Y esto me producía tal abatimiento y tristeza, que ya no sabía qué hacer. A menudo trataba de impedirme decirlo a nuestra Madre, porque la obediencia quebrantaba todas sus astucias.

Una vez, me empujó desde arriba de una escalera, mientras tenía en la mano un cacharrillo lleno de brasas, y no se esparcieron, y yo me hallé abajo sin haber recibido ningún mal, mientras los que me vieron caer pensaron que me habría roto las piernas. Sentí que mi fiel ángel me sostuvo. Porque tenía la felicidad de gozar a menudo de su presencia y de ser reprendida y corregida por él.

Una ocasión, habiendo querido mezclarme a hablar del matrimonio de una pariente, con severidad me hizo ver él que esto era indigno de una

religiosa, y me amenazó con ocultarme su rostro si otra vez me metía en esas maniobras.

No podía tolerar él la menor inmodestia o falta de respeto a la presencia de mi soberano Maestro, ante el cual yo lo veía prosternarse y quería que yo hiciera lo mismo. Y lo hacía cuantas veces podía, y no encontraba postura más agradable, para mis continuos males del alma y del cuerpo, porque es la que conviene más a mi nada, que no perdía yo nunca de vista, y estaba sumergida en ella, sea en el dolor, sea en el gozo, y sin este humillarme, yo no podía sentir ningún placer.

## **70. El pan saludable de las penas.**

Porque aquella santidad de amor, me estrechaba tan fuerte para que yo le pagara con igual moneda, que no encontraba yo más dulce reposo que sentir mi cuerpo abrumado de dolores, mi alma en toda suerte de olvidos, y todo mi ser en las humillaciones, menosprecios y contradicciones. Y no me faltaban. El amor de mi Dios no me podía dejar un momento sin algo de esto, o dentro de mí o fuera. Y cuando escaseaba este pan saludable, me era indispensable buscar otro por la mortificación. Y mi natural sensible y orgulloso me proporcionaba abundante materia.

No quería él que desperdiciara ninguna ocasión, y cuando acontecía que la dejara —por la gran violencia que tenía que hacer para superar mis repugnancias— me lo hacía pagar al doble. Porque cuando quería alguna cosa de mí, me insistía con tal fuerza, que era imposible resistir. A menudo lo quise hacer, y tuve que sufrir las consecuencias. Se trataba de cosas muy opuestas a mi natural y a mis inclinaciones, al contrario de las cuales él quería que caminara sin cesar.

## **71. Dos actos de excesiva mortificación.**

Era yo tan melindrosa, que la más insignificante cosa sucia me provocaba náuseas. El me afeó tan fuertemente este defecto, que una vez... (Cuenta la Santa cómo, atendiendo a una enferma, limpió con la lengua lo que suele limpiarse con un trapo), y mientras decía al Señor:

“Si tuviera mil cuerpos, mil amores, mil vidas, las inmolaría con tal de estaros completamente sujeta”. Y encontró tan deleitosa esta acción, que hubiera querido encontrar todos los días ocasiones así, para aprender a vencerme y no tener por testigo sino a Dios.

Pero su bondad, a la que únicamente yo era deudora de haber encontrado fuerza para vencerme, no dejó de mostrarme la satisfacción que le había causado. Porque la noche siguiente, si no me engaño, me tuvo como dos horas con la boca aplicada sobre la llaga de su sagrado Corazón, y no sabría decir lo que entonces sentía, ni los efectos que esta gracia produjo en mi alma y en mi corazón. Pero esto baste para hacer conocer las grandes bondades y misericordias de mi Dios, para con un ser tan miserable.

Pero él no quería que mi sensibilidad disminuyera, ni mis grandes repugnancias, tanto para honrar las que él había querido experimentar en el Jardín de los Olivos, como para proporcionarme materia de victoria y de humillación.

¡Mas, ay! No soy fiel y caigo a menudo. Y esto también parecía que le gustaba algunas veces, tanto para confundir mi orgullo como para que aprendiera a desconfiar de mí, al ver que sin él yo no podría hacer sino el mal, y tener continuas caídas de las que no podría levantarme. Y entonces el soberano Bien de mi alma venía a socorrerme, y como un padre bueno, me tendía los brazos amorosos y me decía:

*“Conoce al fin que nada puedes sin mí”.*

Esto me hacía derretirme de gratitud hacia su amorosa bondad y derramar muchas lágrimas, al ver que él se vengaba de mis pecados y continuas infidelidades, con excesos de amor. Así combatía mis ingratitudes. A veces ponía éstas delante de mis ojos, con la multitud de sus gracias, y yo no podía hablar, sino llorar, pues sufría con esto más de lo que puedo decir. Así este divino Amor se solazaba de su indigna esclava.

Otra vez volví a tener nauseas atendiendo a otra enferma<sup>34</sup>.

---

<sup>34</sup> Cuenta la Santa otro vencimiento heroico, semejante al anterior. Lejos de experimentar con estos actos un placer sensible morboso, era perfectamente consciente de su asco al parecer invencible: de lo que trata es de vencer aquellas repugnancias que la inhabilitarían para cumplir a veces la voluntad de Dios. Como los demás ascetas cristianos en parecidas circunstancias, lo que quieren es corregir lo desviado de una tendencia y ofrecer a Dios un acto de encendido amor. Y el Señor acepta esos actos, pero no los exige, de Margarita María (o de S. Francisco Javier, o de San Pedro Claver, el esclavo de los esclavos negros; o del P. Damián, vuelto leproso entre sus leprosos de Molokay) (Nota del traductor).

## 72. Penoso sacrificio exigido por el Señor.

Después de esto, me dijo él: “*¡Eres bien loca en hacer esto!*”— ¡Oh Señor mío! —le respondí yo—, lo hago para agradaros y para ganar vuestro divino Corazón. Y espero que no me lo rehusaréis. Pero vos, Señor mío, ¿qué no habéis hecho para ganar el de los hombres? Y sin embargo, os lo rehúsan y os arrojan de él muy a menudo.

*“Es verdad, hija mía, que mi amor me ha hecho sacrificarlo todo por ellos, sin que ellos me den nada en retomo; pero yo quiero que tú suplas su ingratitud por los méritos de mi sagrado Corazón. Yo te quiero dar a ti mi Corazón. Pero primero es menester que te vuelvas su víctima de inmolación, para que, por mediación tuya, tú apartes los castigos que la justicia divina de mi Padre, armada de cólera, quiere ejercer sobre una comunidad religiosa, para castigarla y corregirla en su justa ira”.*

Y haciéndomela ver entonces, con los defectos particulares que lo habían irritado, me mostró también todo lo que debía sufrir yo para apaciguar su justa ira. Yo me estremecí y no tuve valor para sacrificarme; pero pensé que, no dependiendo de mí misma, no podía hacerlo yo sin el consentimiento de la obediencia. Mas el temor de que no me dieran permiso, hizo que tampoco le dijera nada al Señor.

El me perseguía sin cesar y no me daba tregua. Yo me deshacía en lágrimas, y al fin me vi constreñida a decirlo a mi superiora<sup>35</sup>, la cual, viendo mi pena, me ordenó que cediera a todo lo que él deseaba de mí, sin reserva.

Entonces, Dios mío, mi pena se redobló todavía más porque no tenía valor para decir sí, y seguía resistiendo.

## 73. Porque resistió se le pedirá más.

La víspera de la Presentación<sup>36</sup>, la divina justicia me pareció armada de una manera tan terrible, que yo estaba fuera de mí, indefensa, y oí que se me decía como a San Pablo:

*“¡Dura cosa te es recalcitrar contra los dardos de mi justicia! Pero, puesto que me has hecho tanta resistencia para evitar las humillaciones que habrías de sufrir sacrificándote, yo voy a*

---

<sup>35</sup> La Madre Saumaise.

<sup>36</sup> El 20 de noviembre de 1677.

*duplicártelas. Pues no te pedía sino un sacrificio secreto, y ahora te lo pido público: de una manera y en un tiempo fuera de todo razonamiento humano, y acompañado de circunstancias tan deprimentes, que te humillarán por todo el resto de tu vida Ante ti misma y ante las creaturas: para hacerte comprender lo que es resistir a Dios”.*

¡Ay!, en efecto, lo comprendí bien. Porque jamás me había visto en tal estado. Voy a decir algo; no todo.

Después de la oración de la tarde, no pude salir con las otras, y permanecí en el coro hasta la última campanada para cenar, sollozando y gimiendo todo el tiempo. Me fui a hacer la colación, pues era la víspera de la Presentación, y arrastrándome con gran esfuerzo hacia la Comunidad, me sentía tan fuertemente apremiada a hacer este sacrificio en voz alta, en la manera que Dios me hacía conocer que lo quería de mí, que me vi precisada a salir para ir a encontrar a mi superiora, entonces enferma.

Confieso que yo estaba entonces tan fuera de mí, que me sentía como si estuviera atada de pies y manos y sin que tampoco en mi interior tuviera nada libre. En el exterior, no me quedaban sino las lágrimas, que vertía en abundancia, pensando que eran la única expresión para decir lo que sufría. Pues me veía como la mujer más criminal del mundo, arrastrada con cuerdas al lugar del suplicio. Veía yo a la santidad de Dios armada de los rayos de su justa cólera, presta a descargarla para hundirme en esas fauces abiertas del infierno, que yo veía abierto, a punto de tragarme.

Me sentía ardiendo en un fuego devorador que me penetraba hasta la médula de los huesos, y todo mi cuerpo temblaba con temblor extraño, y nada podía yo decir sino:

“Dios mío, ¡ten piedad de mí según vuestra gran misericordia!”

Y todo el resto del tiempo, gemía bajo el peso de mi dolor, y no podía encontrar el medio de dirigirme a mi superiora, sino hasta las ocho horas, en que, habiéndome encontrado una hermana, me condujo hasta ella, la cual se sorprendió de hallarme en esta disposición, y sin que pudiera decir nada; pero yo creía, para más pena mía, que lo podía conocer con sólo verme. Pero no era así.

La superiora, que sí sabía que sólo la obediencia tenía poder sobre este espíritu que me tenía en tal estado, me ordenó que le confiara mi pena. Y luego le dije el sacrificio que Dios quería que le hiciera, de todo mi ser, en presencia de la Comunidad, y el motivo por qué me lo pedía. No particularizo cuál, para no herir la caridad del Corazón de Jesús, en el cual

esta preciosa virtud tiene nacimiento y por eso no quiere que se le hiera, por poco que sea, bajo ningún pretexto.

#### **74. La noche de agonía.**

En fin, habiendo hecho y dicho lo que mi Salvador deseaba de mí, los pareceres y juicios se dividían. Pero dejo todas estas circunstancias a la misericordia de Dios, y puedo asegurar que no había sufrido tanto como lo que sufrí en esta noche. Me parece que aunque juntara todas las penas que sufrí antes y las que sufrí después hasta ahora, y aunque todas me atormentaran juntas y hasta el momento de mi muerte, no igualarían a las de aquella noche, con la cual quiso Nuestro Señor agraciarse a su mezquina esclava para honrar la noche dolorosa de su Pasión. Lo mío no fue sino una pequeña muestra. Se me arrastraba (en esa noche) de lugar en lugar, y la confusión era espantosa<sup>37</sup>.

Transcurrió, pues, esta noche con los tormentos que Dios conoce, y sin reposo alguno, hasta la hora de la misa, me parece, en que oí esta palabra:

*“En fin, la paz se hizo. Y mi santidad de justicia está ya satisfecha por el sacrificio que has hecho por mí, para homenaje de la que yo hice, en el momento de mi Encarnación en el seno de mi Madre. Mérito que yo he querido unir al que tú has hecho, y renovarlo en él, a fin de aplicarlo en favor de la caridad, como te lo expliqué.*

*Por esto, no debes pretender en todo lo que hagas o sufras, ni crecimiento de mérito, ni satisfacción de penitencia u otra cosa, ya que todo ha de ser ofrecido para que yo disponga de todo, en favor de la caridad.*

*A imitación mía, pues, actuarás y sufrirás en silencio, sin otro interés que la gloria de Dios, en el establecimiento del reino de mi sagrado Corazón en el de los hombres, a los cuales yo quiero manifestar por tu medio.”*

---

<sup>37</sup>Nota del traductor:

La sospecha de la comunidad, que no podía dejar de caer sobre Margarita María, a la que veían tan rara (por la angustia e invitación entre decir y no decir la queja del Señor), estalló cuando la joven profesa reveló por fin lo que tenía Cristo contra las culpables, y eso estando enferma la superiora. Pero éstas confesaron su falta y la virtud de la víctima terminó por ganarle la estima de todas.

## **75. Aceptación pacífica de su estado sufriente.**

Mi Soberano me ha enseñado estas cosas después de haberlo recibido. Pero no me sacó de mi postración, en la cual sentía una paz inalterable: en la aceptación de todo lo que sufría y que me era mostrado debía sufrir hasta el día del juicio. Si esta era la voluntad de mi Dios, que no me hiciese aparecer sino como un objeto de contradicción, una alcantarilla de desechos, desprecios y humillaciones: las cuales veía venir de todas partes, sobre mí, con placer, sin recibir ningún consuelo ni del cielo ni de la tierra.

Parecía que todo conspiraba en mi contra. Era continuamente interrogada, y lo poco de respuesta que se sacaba de mí, como a la fuerza, no dejaba de servir de instrumento para aumentar mi suplicio. No podía ni comer, ni hablar, ni dormir. Y todo mi reposo y ocupación no era sino permanecer postrada delante de mi Dios, cuya soberana grandeza me tenía tan aniquilada en el profundo abismo de mi nada, gimiendo y llorando para obtener misericordia, y para desviar los rayos de su justa cólera.

El empleo en que estaba entonces, abastecía de continuas ocupaciones a mi cuerpo y a mi espíritu, y me causaba un tormento insoportable. Porque no obstante todas mis penas, mi soberano Maestro no me permitía omitir la menor obra, ni pedir dispensa. Y así de todos los otros deberes y observancia de mis reglas, en las cuales sentía que la fuerza de su omnipotencia me arrastraba como a una criminal al lugar de un nuevo suplicio; porque los hallaba en todas partes. Y me encontraba de tal modo sumida y absorbida por el dolor, que no sentía tener alma ni vida sino para ver y percibir lo que de doloroso tenía que ver conmigo.

Pero todo esto no me causaba el menor movimiento de inquietud ni tristeza, aunque en medio de todas mis penas, se me llevara siempre por lo que era más opuesto a la naturaleza inmortificada y contrario a mis inclinaciones.

## **76. El refectorio le es un lugar de tormento.**

Se dieron cuenta de que no comía, y por ello me vinieron fuertes reprensiones. Y mi superiora y mi confesor, me ordenaron comer de todo lo que se pusiere en la mesa; pero era una obediencia que estaba por encima de mis fuerzas. Pero Aquel que no me fallaba en la necesidad, me dio la gracia de someterme, sin excusa ni réplica, aunque me viera obligada a devolver después lo que había ingerido en el comer. Y como esto duró mucho tiempo, me causó tales males de estómago, que, con grandes

dolores, no podía yo retener nada de lo poco que comía. Después me cambiaron la obediencia a no comer sino aquello que pudiera apetecer.

Desde entonces, lo confieso, el nutrirme ha sido causa de dolores, e ir al refectorio era para mí como ir a un lugar de tormento, al que el pecado me había condenado. Y por más esfuerzos que hice para tomar indiferentemente lo que se me presentaba, no podía evitar el tomar sino lo que creía indispensable: como lo más conforme a mi pobreza y a mi nada.

## **77. La tienen por poseída del demonio.**

Volviendo a esta situación de penas que no se interrumpía nunca, se vinieron añadiduras muy dolorosas y humillantes; porque se creyó que yo era víctima de obsesiones y posesión diabólica. Por eso arrojaban sobre mí mucha agua bendita, con signos de la cruz y con otras oraciones para arrojar el espíritu del mal. Pero aquel del que yo me sentía poseída, bien lejos de huir, me estrechaba más fuertemente a sí, y me decía:

*“Amo el agua bendita y me encanta la cruz, y por eso no puedo dejar de unirme estrechamente a aquellos que la llevan como Yo y por amor mío*

Estas palabras volvieron a encender en mi alma el deseo de sufrir, y todo lo que padecía me parecía como una gotita de agua, que más bien excitaba la sed que yo sentía que la quitaba. Y puedo afirmar que no había parte de mi ser que no tuviese su sufrimiento particular tanto el cuerpo como el espíritu. Y esto sin compasión ni consuelo. Porque el diablo me daba feroces asaltos, y mil veces hubiera sucumbido, si no hubiera sido por el auxilio extraordinario que me sostenía y combatía por mí, en todos los lances que acabo de contar.

En fin, mi superiora, no sabiendo ya qué hacer conmigo, me hizo comulgar para que le pidiera a Nuestro Señor, que me mandara volver a mi primera disposición. Me presenté pues a él como su hostia de inmolación, y él me dijo:

*“Si, hija mía, vengo a ti como soberano Sacrificador, para comunicarte nueva fuerza, a fin de inmolarte en nuevos sacrificios”.*

Y lo hizo así; y yo encontré todo de tal modo cambiado, que me sentía como un esclavo al que se acaba de devolver su libertad. Pero esto no duró mucho, pues comenzaron a decirme que el autor era el diablo de

todo lo que pasaba en mí, y que acabaría por perderme con sus astucias e ilusiones, si yo no estaba muy atenta.

## **78. Intenta sustraerse al espíritu de Dios.**

Aquello fue para mí un terrible golpe, que toda mi vida había temido estar engañada y engañar a los demás, aunque sin quererlo. Y esto era llorar y más llorar, porque no me podía sustraer en modo alguno del poder de este espíritu soberano que actuaba en mí. Y por muchos esfuerzos que pudiera hacer, yo no podía alejarme ni impedir sus operaciones. Porque de tal manera se había apoderado de todas las potencias de mi alma, que me parecía estar en un abismo de donde, por más fuerza que hiciera por salir, más sentía sumergirme en él. Ya podía servirme de cuanto medio me sugirieran; todo era en vano, y el combate era a veces tan fuerte, que quedaba totalmente agotada.

Pero mi Dueño se divertía con todo esto, y me daba seguridad completa, de tal modo que todos mis temores se disipaban, apenas me decía:

*“¿Qué tienes que temer entre los brazos del Todopoderoso? ¿Podría dejarte y abandonarte a tus enemigos, después de haber sido para ti tu padre, tu maestro y tu guía desde que eras niña? ¿No te he dado pruebas continuas de la amorosa ternura de mi divino Corazón, y dentro del mismo no he establecido tu morada actual y perpetua?”*

*Para que tengas más seguridad, dime qué prenda más fuerte deseas de mi amor, y te la daré. ¿Y por qué combates contra mí, que soy tu solo amigo, verdadero y único?”*

Estos reproches a mi desconfianza me dejaron tal pena y confusión, que me propuse desde entonces no contrariar al espíritu que me conducía y contentarme humildemente, con un corazón agradecido con todo cuanto de él me viniera.

## **79. Nueva repugnancia de escribir su vida.**

¡Oh Señor mío y Dios mío!, que eres el único en conocer la pena que sufro al cumplir esta obediencia, y de la violencia que tengo que hacerme para vencer la repugnancia y confusión que siento cuando escribo todo esto. Concededme mejor la gracia de morir, antes que escribir una cosa que

no proceda de la verdad de vuestro espíritu, y que os dará gloria y a mí confusión.

Y por piedad, ¡oh soberano Bien mío, que nadie lo lea, sino aquel que queréis que lo examine, a fin de que este escrito no me impida el quedar sepultada en eterno menosprecio y olvido de las creaturas! Dad este consuelo a vuestra pobre y mezquina esclava. Al mismo tiempo recibí esta respuesta:

*“Abandónate a mi voluntad y déjame cumplirla, sin mezclarte tú en nada, porque yo tendré cuidado de todo”.*

Quiero, pues, proseguir por obediencia, mi Dios, sin otra pretensión que contentaros con esta especie de martirio que sufro, al redactar este escrito, del que cada palabra me parece un sacrificio ¡que por él seáis glorificado eternamente!

De este modo me manifestó su voluntad en este escrito.

Es que —como yo me he sentido llevada a amar a mi soberano Señor por él mismo, no queriendo ni deseando otra cosa que a él— jamás me apegaba a sus dones por grandes que fueran los que me ha hecho, ni los acogía sino porque venían de él. Reflexionaba sobre ellos lo menos que podía, tratando de olvidar todo y de no acordarme sino de él, fuera del cual todo el resto no me interesaba.

Y cuando ha sido necesario cumplir esta obediencia, creía que era cosa imposible poder hablar de cosas pasadas hace tanto tiempo; pero él me ha hecho ver lo contrario. Porque, para darme facilidad, me hace él sentir, en cada artículo, la misma disposición de que hablo. Y esto me convence de que él lo quiere.

## **80. Jesús le envía al P. La Colombière.**

Entre las penas y temores que sufría, sentía siempre mi corazón en una paz inalterable. Se me hizo hablar con algunas personas doctas, las cuales, lejos de darme seguridad en mi camino, aumentaron todavía más mis penas, hasta que Nuestro Señor volvió a mandar acá al R.P. La Colombière<sup>38</sup> al cual yo ya había hablado a los comienzos<sup>39</sup>, cuando mi soberano Maestro me prometió, algún tiempo después que me consagré a él, que me enviaría a un servidor suyo al cual quería que manifestara, según la inteligencia que él me daría, todos los tesoros y secretos de su

---

<sup>38</sup> En 1679.

<sup>39</sup> En 1675.

sagrado Corazón, que él me había confiado. Porque él me lo enviaba para darme seguridad en sus caminos, y para conferirle a él grandes gracias de su sagrado Corazón, que derramaría abundantemente en nuestras pláticas.

Y cuando este santo varón vino aquí, y hablaba a la Comunidad, escuché interiormente estas palabras:

*“Este es el que te envió”*

Esto lo conocí al punto, en la primera confesión de las Cuatro Tém-poras<sup>40</sup>. Porque, sin que jamás nos hubiéramos visto ni hablado me detuvo mucho tiempo y me hablaba como si ya hubiera comprendido las cosas que pasaban en mí. Pero no quise por entonces abrirle mi corazón; y como él viera que me quería retirar, temerosa de incomodar a la Comunidad<sup>41</sup>, me preguntó si me parecía que viniera a verme otra vez, para hablarme, en este mismo lugar. Pero mi natural tímido, que temía todas estas comunicaciones, hizo que le respondiera que, no dependiendo de mí misma, haría todo lo que la obediencia me ordenara. Y me retiré, después de haber estado ahí como hora y media<sup>42</sup>.

## **81. El P. le hace estimar los dones de Dios.**

Poco tiempo después, regresó y, aunque conocía que era voluntad de Dios que hablara con él, no dejé de sentir espantosas repugnancias cuando tuve que ir al locutorio, y se lo dije enseguida. Pero él me respondió que estaba feliz de haberme dado ocasión de hacer un sacrificio por Dios. Y entonces, sin pena y sin ningún rebuscamiento, le abrí mi corazón y le descubrí el fondo de mi alma, tanto lo malo como lo bueno. A propósito de lo cual me dio él grandísimos consuelos, asegurándome que no había nada que temer en la dirección del espíritu que me guiaba, lo que se confirmaba en que no me apartaba nunca de la obediencia: que yo debía seguir sus impulsos y abandonarle todo mi ser, para sacrificarme e inmolarme según a El le placiera.

---

<sup>40</sup> En la Cuaresma de 1675.

<sup>41</sup> Las palabras del paréntesis, la borde de la página, en el manuscrito, ya no existen.

<sup>42</sup> Después de una conferencia a la Comunidad, el P. La Colombière había ya preguntado a la superiora quién era la joven religiosa en que él se había fijado. Al oír el nombre de Sor Margarita-María, él aseguró que era “un alma de gracia”. ¿Quería decir esta frase enigmática, pero manifiestamente elogiosa: “un alma en que la gracia de Dios se transparenta”? — Paréntesis del Traductor.).

Admirando la gran bondad de nuestro Dios, por no haberse alejado en vista de tanta resistencia, me enseñó él a apreciar los dones de Dios, y a recibir con respeto y humildad las frecuentes comunicaciones y familiares pláticas con que él me favorecía, por las cuales yo debía vivir en continua acción de gracias hacia tan gran bondad.

Y como yo le confié que este Soberano de mi alma me perseguía tan de cerca —sin excepción de tiempo ni lugar— y que ya no podía con la oración vocal, por más violencia que me hacía, y que a veces permanecía con la boca abierta, sin poder pronunciar una sola palabra, sobre todo al recitar el rosario, me dijo él que no lo hiciera más, y que me contentara con lo que era de obligación, y rezara el rosario cuando pudiera hacerlo. Y habiéndole contado algo de las especiales caricias y unión de amor, que yo recibía de este Bien-Amado de mi alma —y que no describo aquí—, él me dijo que tenía gran materia en todo esto para humillarme, y él de admirar las grandes misericordias de Dios para conmigo.

Pero esta bondad infinita, que no quería que yo recibiera consuelo alguno sin que me costara muchas humillaciones, esta entrevista me trajo un gran número, y el mismo Padre tuvo que sufrir mucho a causa de mí. Decían que quería engañarlo con mis ilusiones y confundirlo como a los otros. Pero eso no le hizo mella a él en lo más mínimo, y no dejó de prestarme su ayuda el poco tiempo que duró en esta ciudad y siempre. A mí me causa admiración grandísima cómo no se apartaba de mí, como los otros. Porque mi manera de tratar con él hubiera hecho a otros alejarse. Aunque también es cierto que no perdía él ocasión para humillarme y mortificarme, y en eso me daba un gran placer.

## **82. El “puro amor une estos tres corazones para siempre”.**

Una vez que vino a celebrar la misa en nuestra iglesia, Nuestro Señor le hizo tres favores y a mí también. Porque, cuando me acerqué a recibirlo en la sagrada comunión, él me mostró su sagrado Corazón, como una ardiente hoguera, y otros dos que iban a abismarse en él, y oí esto:

*“Así es como mi puro amor une estos tres corazones para siempre”.*

Después me hizo comprender que esta unión era para la gloria de su sagrado Corazón, del cual quería que yo descubriese los tesoros al Padre La Colombière a fin de que él los hiciera conocer y publicara su valor y utilidad. Y para esto quería que fuéramos como hermano y hermana,

igualmente ricos de bienes espirituales. Y como le objetara mi pobreza, y la desigualdad entre un hombre de tan gran virtud y una pecadora tan mezquina como yo, él me respondió:

*“Las riquezas infinitas de mi Corazón suplirán e igualarán todo. Díselo sencillamente, sin temer”.*

Lo que hice en nuestra primera conversación<sup>43</sup>. Y la manera de humildad y de acción de gracias con que recibió este mensaje y otras cosas que le dije de parte de mi soberano Maestro que tenían relación con él, me conmovió hondamente y me hizo más provecho que todos los sermones que hubiera podido oír.

Y como agregué que Nuestro Señor no me confiaba sus gracias sino a fin de que fuera glorificado en las almas a las cuales yo les distribuiría, y que yo transmitiría estos mensajes, según me lo hiciera conocer, —sea de palabra, sea por escrito, sin atender mucho a lo que diría o escribiría, porque él daría la unción de su gracia, para producir el efecto que pretendía en aquellos que la recibieran bien— y que sufría mucho por resistirme a escribir ciertos recados a personas de las que me vendrían grandes humillaciones, que me ordenó él (el P. La Colombière) que, fuera, o la humillación que debiera sufrir, convenía seguir siempre las inspiraciones de este espíritu. Que dijera simplemente lo que él me inspiraba. Si lo daba por escrito, era menester llevar primero el recado a mi superiora, y después hacer lo que ella me ordenara. Yo lo hacía así. Pero eso me ha traído muchos desprecios de parte de muchos.

### **83. El Padre le ordena escribir.**

Me mandó pues él también escribir lo que pasaba en mí. A lo que sentía una repugnancia mortal, porque escribía para obedecer, pero luego quemaba todo, y creía que con eso ya satisfacía la obediencia. Sufría por esto; me hicieron sentir escrúpulo de seguir haciéndolo y me lo prohibieron.

### **84. Testamento redactado el 31 de diciembre de 1678.**

Una vez, mi soberano Santificador me pidió que hiciera por escrito un testamento en su favor, de todo lo que yo podría hacer o sufrir y de

---

<sup>43</sup> Cree el traductor que así hay que traducir aquí: “à notre premier entretien”: es decir: a la primera entrevista que tuvieron después de esa revelación.

todas las oraciones y bienes espirituales que se hicieran por mí, durante mi vida y después de mi muerte. Esta donación entera y sin reserva ya la había hecho yo antes de palabra.

Me mandó preguntar a mi superiora si ella quería fungir como notario en este acto, que él se comprometería a pagarle cumplidamente y que si se rehusaba a hacerlo me dirigiera a su siervo el P. de La Colombière. Pero mi superiora consintió en autorizar el documento.

Lo presenté a este único Amor de mi alma y él dio muestras de quedar satisfecho. Me dijo que quería disponer según sus planes y en favor de las personas que quisiera. Y puesto que su Amor me había despojado de todo, él no quería que tuviera otra riqueza que las de su sagrado Corazón. De ellas me hizo redactar una donación en seguida, con mi propia sangre, al tiempo que él la dictaba. Después la firmé sobre mi corazón, con una navaja, y con él escribí su sagrado nombre de Jesús.

Después de eso, él me aseguró que recompensaría al ciento por uno todo el bien que se me hiciera —como si se lo hicieran a él— puesto que yo ya no tenía ningún derecho en este punto y que para recompensar a la que había redactado el testamento en su favor él le daría la misma recompensa que a Santa Clara de Montefalco, que para ello añadiría a sus obras los méritos infinitos de las suyas y por amor de su Sagrado Corazón le haría merecer la misma corona. Esto me causó una gran consolación, porque yo la amaba mucho, a causa de que ella nutría mi alma abundantemente con el pan delicioso de la mortificación y humillación, que era tan agradable al gusto de mi soberano Maestro. Para darle éste placer, yo hubiera querido que todo el mundo me la proporcionara. Mi Dios me hacía la gracia de que jamás me faltara, pues nunca han faltado a mi vida sufrimientos del cuerpo, frecuentes enfermedades y otros.

## **85. Todo se me volvía humillación.**

Mi alma sufría por sentirse a veces desamparada, abandonada, y por las ofensas hechas a Dios, pero él por su bondad me sostenía siempre, sea en las persecuciones, contradicciones o humillaciones de parte de las creaturas, sea de las tentaciones de parte del diablo, que me ha atormentado y perseguido tanto. También de parte de mí misma, el más cruel enemigo que he tenido que combatir y el más difícil de vencer. Porque, entre todo lo que acabo de decir, no dejaban de darme ocupación o trabajo exterior, cuanto de él podía desempeñar. Lo que para mí no era pena pequeña. Entre las que sufría, estaba la de creer que yo daba horror a todas

las creaturas, y que tenían gran pena en soportarme, teniendo mucho que sufrir de mí misma.

Todo esto me creaba una continua dificultad para conversar con el prójimo, y no tenía otro recurso ni remedio que amar mi abyección, en la cual me abismaba. Con este motivo todo se me volvía humillación, aun las menores acciones, pues no me veían sino como una visionaria, obstinada en afirmar sus ilusiones e imaginaciones. Y en medio de todo esto, no me era ni siquiera permitido buscar el menor alivio y ser consolada en mis sufrimientos, porque mi divino Maestro me lo prohibía y quería que sufriera en silencio. Me había hecho tomar por divisa:

*“Ya nunca más me quejaré  
Fiando en mi amor ¿qué temeré?”<sup>44</sup>*

Quería que todo lo esperara de él, y si acontecía que me buscara algún consuelillo, él hacía que no hallara sino desolación y nuevas penas por todo alivio; y eso lo he mirado siempre como una de las mayores gracias que el Señor me ha hecho. Con la de no haberme quitado ese precioso tesoro de la cruz, no obstante el mal uso que he hecho siempre de ella, y hacerme indigna de tan gran bien: Por esas gracias habría querido derretirme de reconocimiento acción de gracias hacia mi Libertador.

## **86. Una perfecta copia de Jesús crucificado.**

Con estos sentimientos y en medio de las delicias de la cruz decía: “¿Qué daré al Señor por los grandes beneficios que me ha hecho? ¡Oh Dios mío, qué grandes son vuestras bondades para conmigo al querer sentarme a la mesa de los santos, con los mismos manjares con los cuales a ellos los habéis sustentado! Me habéis nutrido con abundancia de los manjares deliciosos de vuestros favoritos y más fieles amigos, a mí, que no soy sino una indigna y miserable pecadora.”

Bien sabéis que sin el santísimo Sacramento y la Cruz no podría vivir, ni soportar lo prolongado de mi exilio en este valle de lágrimas, donde no deseaba jamás la disminución de mis sufrimientos. Porque entre más abrumado estaba mi cuerpo con ellos, más mi alma se llenaba de júbilo y tenía libertad para ocuparse y unirse con mi Jesús sufriente, y no tenía más ardiente deseo que volverme una verdadera y perfecta copia y

---

<sup>44</sup> Je veux tout souffrir sans me plaindre,  
Puisque mon pur amour m’empêche de rien craindre.

representación de mi Jesús crucificado. Esto era mi alegría cuando su soberana bondad empleaba multitud de obreros para trabajar, según su agrado en el cumplimiento de esta obra.<sup>45</sup>

Y este Soberano no se alejaba de su indigna víctima, —de la cual conocía bien la debilidad e impotencia para todo bien— y algunas veces me decía:

*“Yo te hago mucho honor, querida hija, sirviéndome de instrumentos tan nobles para crucificarte. Mi eterno Padre me entregó a las manos crueles de despiadados verdugos para crucificarme: y yo me sirvo para este efecto, respeto a ti, de personas que me están consagradas y al poder de las cuales te he entregado, y por la salvación de ellas quiero que tú me ofrezcas todo lo que te harán sufrir”.*

Yo lo hacía de todo corazón, al ofrecerme siempre para cargar con toda la pena y castigo de la ofensa de Dios en que se podía incurrir en mi contra, aunque en verdad no me parecía que podía cometerse ninguna injusticia haciéndome sufrir: ni lo podían hacer tanto como lo merezco.

Mas confieso que tanto me deleita hablar de la felicidad de sufrir, que me parece escribiría volúmenes enteros, sin que pudiera contentar mi deseo; y mi amor propio se complace mucho en esa clase de discursos.

## **87. Cincuenta días sin beber...**

Una vez, mi Soberano me hizo entender que quería retirarme a la soledad, no a la de un desierto como la de él, sino a la de su sagrado Corazón donde quería honrarme con el trato más familiar, como un amigo con su bien-amada. Y que ahí me daría enseñanzas nuevas acerca de sus planes y me haría cobrar nuevas fuerzas para que pudiera realizarlos y combatir valerosamente hasta la muerte. Porque había que sostener todavía ataques de numerosos enemigos. Por eso me pedía que, para honrar su ayuno en el desierto, había de ayunar cincuenta días a pan y agua.

Pero como la obediencia no quiso permitírmelo, pues me singularizaría demasiado, él me hizo entender que le sería igualmente agradable si pasaba cincuenta días sin beber, para honrar la ardiente sed que su sagrado Corazón había tenido por la salvación de los pecadores, y la que había soportado en el árbol de la Cruz. Se me concedió hacer esta penitencia, que me pareció más ruda que la otra, por el malestar de que era

---

<sup>45</sup> La santa dice: l'accomplissement de cet ouvrage (nota del traductor).

continuamente atormentada, por la que sentía necesidad de beber grandes tazas de agua para calmarla.

## **88. Rudas tentaciones por parte del demonio.**

Me venían en este tiempo fuertes combates por parte del demonio, que me atacaba particularmente con desesperación. Me persuadía que creatura tan perversa como yo no debía pretender tener sitio en el cielo, puesto que no lo tenía en el amor de Dios, del cual estaría privada por toda una eternidad. Por esto vertía un torrente de lágrimas.

Otras veces me atacaba de vanagloria, y después con la abominable tentación de la gula, haciéndome sentir hambres atroces. Luego me representaba todo lo que es capaz de contentar el gusto, y esto en tiempo de mis ejercicios (de piedad), y con esto mi pena era mayor. Esta hambre me duraba hasta que entraba al refectorio para tomar mi refección, y entonces sentía por ella un asco tan grande, que era menester hacerme gran violencia para tomar un poco de alimento. En cuanto salía del refectorio, el hambre volvía más violenta que antes.

Mi superiora<sup>46</sup> a la que no ocultaba nada de lo que pasaba en mí, por temor que siempre he tenido de engañarme, me ordenó que fuera a pedirle permiso de comer, cuando el hambre fuera más apremiante. Lo que hacía con mucho trabajo, por la vergüenza que me daba. Pero en lugar de enviarme a comer, me mortificaba y humillaba fuertemente diciéndome que guardara mi hambre para satisfacerla cuando las otras fueran al refectorio. Luego quedaba en paz, a pesar de sufrir.

No me dejaron con esto acabar la penitencia en el beber, sino, ya que hube obedecido, se me hizo recomenzar; y pasé los cincuenta días sin beber, y así también pasé los viernes.

Ya me concedieran, ya me rehusaran lo que pedía, quedaba igualmente contenta. Con tal de obedecer, eso me bastaba.

## **89. Adoración en lugar del rey...**

Mi perseguidor no cesaba de atacarme en cualquier materia, menos en materia de pureza, campo que se lo había vedado mi divino Maestro.

---

<sup>46</sup> La M. Peronne-Rosalie Greyfié, profesora del primer monasterio de Annecy. Fue superiora en Paray de 1678 a 1684.

Sólo una vez me hizo sufrir tormentos espantosos, he aquí con qué ocasión.

Me dijo una vez mi superiora:

“Id a hacer adoración ante el Santísimo, en lugar de nuestro rey”. Ya estando ahí, me sentí tan fuertemente atacada por abominables tentaciones de impureza, que me parecía estar ya en el infierno, y tuve que sostener este suplicio muchas horas seguidas. Me duró hasta que mi superiora me relevó de la obediencia que me había dado: ya nunca tendría que hacer guardia en lugar del rey, delante del santísimo Sacramento: estaría en adoración simplemente como una buena religiosa de la Visitación. Y no más volví a tener esta pena.

## **90. En las amarguras del Calvario.**

Y me encontré luego ahogada en un diluvio de consuelos, en donde mi Soberano me dio instrucciones acerca de lo que deseaba de mí.

Lo primero, él quería que estuviera yo en un acto continuo de sacrificio y que, para esto, aumentaría mis repugnancias y sensibilidades, de suerte que no haría nada sino con pena y violentándome, para darme ocasiones de victoria, aun en cosas baladíes e indiferentes. Y puedo asegurar que así fue.

Además, que no gustaría ninguna dulzura, sino en las amarguras del Calvario, y que me haría hallar un martirio de sufrimiento en todo lo que podían encontrar otros placer, felicidad temporal y gozo. Bien cumplió su oferta, porque todo lo que pueden otros llamar placentero, para mí resultaba mortificante. Aun en los pequeños recreos que a veces se nos conceden, yo estaba tan incómoda como si tuviera alta calentura. Y él quería que yo procediera como las demás, lo que me hacía presentarle esta queja:

“¡Oh mi soberano Bien, qué caros vendéis este placer!”

El refectorio y el lecho me mortificaban tanto que eran un potro al acercármeles iba llorando. Pero los empleos y el locutorio me eran del todo insoportables. Jamás, que yo me acuerde, fui sin repugnancia, que no vencía sino después de violentas luchas. Esto me hacía caer de rodillas a menudo, para pedir la fuerza de vencerme. Escribir no me era menos arduo, no porque lo hacía de rodillas, sino por tener que escribir.

La estima, las alabanzas, los aplausos me hacían sufrir más que las humillaciones, desprecios y abyecciones, a las personas vanas y sedientas de honra. Por eso yo a veces suplicaba:

“¡Oh Dios mío, armad mejor a todas las potencias del infierno contra mí antes que las creaturas vengan con vanas alabanzas, aplausos y adulaciones! ¡ Que mejor todo un río de humillaciones, dolores, contradicciones y confusiones se desencadene sobre mí”. Porque de todo esto me daba él una sed insaciable, por más que yo no pudiera menos de dar muestras de la violencia que me hacía, con las pruebas tan fuertes que me enviaba en ocasiones.

Lo que me era insoportable era verme siempre tan poco humilde y mortificada, pues si sufría, no podía ocultarlo a los demás. Todo mi consuelo era recurrir al amor de mi abyección que me hacía dar gracias a mi Soberano, por aparecer yo tal cual era, para que ellos no pudieran estimarme.

## **91. Recibirlo todo como venido del Señor.**

Además, quería él que todo lo recibiera como venido de su mano: que no tratara de procurarme nada y que todo le abandonara a él sin disponer de nada. Debía darle gracias por las penas y por las alegrías. Y, en las ocasiones más dolorosas y humillantes, pensar que eso lo tenía bien merecido y aún más. Y ofrecer la pena que sufría por las personas que me la causaban; hablar siempre de él con gran respeto y del prójimo con estima y compasión, y jamás de mí misma, o con brevedad y menosprecio, a no ser que para gloria suya él me hiciera proceder de otro modo. Atribuir siempre todo bien a su soberana grandeza, y a mí todo el mal. No buscar ningún consuelo fuera de él, y si acaso él me los proporcionaba, sacrificárselos y renunciar a ellos. No aferrarme a nada, estar vacía y despojada de todo; no amar nada sino a él, en él y por amor de él, no mirando sino a él en toda cosa y los intereses de su gloria con un perfecto olvido de mí misma.

Y aunque debía hacer todas mis acciones por él, quería que en cada una de ellas hubiera siempre algo por su Divino Corazón. Como por ejemplo, cuando estuviera en recreo, era preciso darle el suyo, por los dolores, humillaciones y otras cosas que él tendría buen cuidado no me faltaran. Y las debía aceptar con agrado, por esta intención. Asimismo, en el refectorio, quería que le sacrificara lo que pensara ser mejor. Y así en todas las demás cosas.

Además, me prohibía juzgar, acusar ni condenar a nadie sino a mí misma, y me dio otros muchos avisos y, como su multitud me anonadaba, me dijo no debía temer nada, ya que él era un buen maestro, tan poderoso para hacer que se hiciera lo que enseñaba, como sabio para enseñar y gobernar bien. Así puedo decir que de buen grado o a pesar de las repugnancias naturales, me hacía hacer lo que él quería.

## **92. La gran revelación del culto al sagrado Corazón, en junio de 1675.**

Estando una vez delante del santísimo Sacramento, un día de su octava, recibí de mi Dios gracias extraordinarias de su amor, y me sentí tocada del deseo de algún retorno y de devolverle amor por amor. Y oí que me dijo.

*“No puedes darme otro más grande que haciendo lo que tantas veces te he pedido”.*

Y descubriendo su divino Corazón:

*“He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, y que nada ha escatimado hasta agotarse y consumirse para testimoniarles su amor. Y en recompensa no recibe de la mayoría sino ingraticudes, por sus irreverencias y sacrilegios, por la frialdad y menosprecio que tienen por mí en este Sacramento de amor. Y lo que me es todavía más doloroso es que así proceden corazones que me están consagrados.*

*Por esto yo te pido que el primer viernes después de la octava del santísimo Sacramento, haya una fiesta particular dedicada a honrar mi Corazón, y comulgar ese día, haciéndole reparación de honor con un acto de consagración, para reparar las injurias que ha recibido durante el tiempo en que ha estado expuesto en los altares.*

*Te prometo también que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las gracias de su divino amor, sobre aquellos que le rendirán este honor y que procuren otros se lo rindan.”*

## **93. Se dirige al P. La Colombière.**

Respondiendo que no sabía cómo poder cumplir lo que él deseaba de mí desde hacía ya tanto tiempo, me mandó que me dirigiera a su servidor que él me había enviado, para el cumplimiento de su designio. Lo hice, y

me ordenó que pusiera por escrito lo que le había dicho tocante al sagrado Corazón de Jesucristo, y muchas otras cosas que miran a la gloria de Dios, lo cual me fue ocasión de encontrar mucho consuelo en este santo varón, tanto porque me enseñaba a corresponder a lo que (el sagrado Corazón) quería, como por darme seguridad contra los grandes temores de ser engañada que me hacían continuamente gemir.

Cuando el Señor lo sacó de esta ciudad para emplearlo en la conversión de los infieles<sup>47</sup>, recibí este golpe con entera sumisión a la voluntad de Dios, pues me había sido tan útil en el poco tiempo que estuvo aquí. Y cuando solamente quise reflexionar en esto, me hizo luego (el Señor) este reproche.

*“Y bien: ¿No te basto yo, que soy tu principio y tu fin?”*

No tuve necesidad de más aclaración, para abandonar todo en sus manos, pues estaba segura de que él sabría proveer a todo lo que me fuera necesario.

#### **94. Fiesta de Santa Margarita: 20 de julio 1685.**

No encontraba yo todavía cómo podría abrirse ese botón de la devoción al sagrado Corazón, que era por lo que yo suspiraba.

Y he aquí la primera ocasión que su bondad me proporcionó: Santa Margarita cayó ese año en viernes y supliqué a las novicias, de las cuales tenía el cargo por entonces, que todos los pequeños obsequios que planeaban hacerme, con ocasión de mi santo los hiciesen al sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Ellas lo hicieron de buena gana, arreglando un altarcito, sobre el cual pusieron una pequeña imagen con un dibujo a pluma, al cual tratamos de rendir los homenajes que el divino Corazón nos sugirió.

Esto me atrajo, y a ellas también, mucha humillación, contradicción y mortificación y se me acusaba de querer introducir una nueva devoción.

---

<sup>47</sup> El P. La Colombière dejó Paray en 1676 y fue enviado a Inglaterra, como predicador de S.A.R. la Duquesa de York, María Beatriz d'Este. Los tres paréntesis del traductor, en este número 93 no son palabras de la santa, pero aclaran su pensamiento.

## 95. Pequeña fiesta del noviciado.

Todos estos sufrimientos me traían gran consolación, y nada temía tanto como que se faltara al respeto a este divino Corazón; porque todas las cosas que de él oía eran como espadas que me atravesaban el corazón. Me prohibieron volver a exponer ninguna imagen de ese sagrado Corazón, y que todo lo que podían permitirme era tributarle el honor que quisiera pero en privado<sup>48</sup>.

No sabía a quién dirigirme en mi aflicción sino a él mismo, el cual sostenía siempre mi valor abatido, y me decía sin cesar.

*“No temas nada. Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de cuantos quieran oponerse*

Esto me consolaba mucho, pues no quería otra cosa que verlo reinar.

## 96. El despedir a la Srta. Chamron le atrae nuevas amenazas.

Remití pues a él la defensa de su causa, en tanto que sufría en silencio. Pero se elevaron otra especie de persecuciones, que parecía a todo el infierno desencadenarse contra mí y que todo conspiraba para aniquilarme. Sin embargo, confieso que jamás gocé de una paz más grande dentro de mí, ni he sentido nunca mayor alegría que cuando me amenazaron con ponerme en prisión y cuando se quiso hacerme comparecer delante de un príncipe de la tierra como a mi buen Maestro<sup>49</sup> como un objeto de burla, una visionaria obstinada, por imaginación de sus vanas ilusiones. No lo digo para hacer creer que sufrí mucho, sino más bien para descubrir las grandes misericordias de mi Dios hacía mí, tanto como que no estimaba ni amaba la parte que me daba de su cruz: para mí manjar delicioso que jamás fastidia.

## 97. Una palabra única de Nuestro Señor.

Si hubiera tenido libertad para comulgar con frecuencia habría estado feliz mi corazón. Una vez que lo deseaba ardientemente, mi divino Maestro se presentó a mí, y como me veía cargada de basura, me dijo:

---

<sup>48</sup> La superiora entonces era la M. María Cristina Melin, que gobernó el monasterio de Paray de 1684 a 1690.

<sup>49</sup> El cardenal Príncipe de Bouillon, Abad comandatario de Cluny, que residía entonces en Paray una parte del año. La autobiografía, nota el traductor, no menciona el despido de la Señorita Chamron, explícitamente.

*“Hija mía, he visto tus gemidos, y los deseos de tu corazón me son tan agradables, que si no hubiera instituido mi divino sacramento de amor, lo instituiría por amor a ti, para tener el placer de alojarme en tu alma y tomar mi reposo de amor en tu corazón.*

Me sentí penetrada de tan vivo ardor, que sentía mi alma toda en éxtasis, y no podía proferir sino estas palabras:

“¡Oh amor! ¡Oh excesos del amor de Dios hacia una criatura tan miserable!”.

Y toda mi vida esto me ha servido de potente aguijón para excitarme al agradecimiento hacia este puro amor.

### **98. Alivio de un alma del purgatorio.**

Otra vez, estando delante del santísimo Sacramento, el día de su fiesta, de pronto se presentó delante de mí una persona como hecha de fuego, cuyos ardores me penetraban tan fuerte que parecía que me quemaba con ella. El estado lastimoso en el cual me hizo ver que estaba en el purgatorio me hizo llorar mucho.

Me dijo que era el religioso benedictino que había recibido mi confesión una vez; que él me había ordenado comulgar, y en atención a ello, Dios le había permitido dirigirse a mí, para que procurara aliviarle sus penas, y me pedía todo lo que pudiera hacer y sufrir durante tres meses. Se lo prometí, después de haber pedido permiso a mi superiora. Me dijo que el motivo de sus grandes sufrimientos era que había preferido su propio interés a la gloria de Dios, por demasiado apego a su reputación. Otro motivo era la falta a la caridad hacia sus hermanos, un tercero era la demasiada afición natural que había tenido por las criaturas, y el exceso de testimonios de este afecto que les había dado en las entrevistas espirituales. Lo que desagradaba mucho a Dios.

Me sería muy difícil expresar lo que tuve que sufrir en esos tres meses. Porque no se apartaba de mí, y del lado que él estaba me parecía estar al lado de un fuego encendido, y me causaba tantos dolores, que me forzaban a gemir y llorar casi continuamente. Y mi superiora, movida de compasión, me ordenaba buenas penitencias, sobre todo de disciplinas. Porque las penas y sufrimientos exteriores que me hacían sufrir por caridad aliviaban mucho los otros ya que esta santidad de amor imprimía

en mí como una pequeñita muestra de lo que ella hace sufrir a esas pobres almas.

Al fin de los tres meses, lo vi ya de otra manera porque, todo él lleno de alegría y gloria, partía a gozar de su bienaventuranza eterna, y me daba las gracias y me prometía protegerme delante de Dios. Había caído en cama, y como mi sufrimiento terminó con el suyo, pronto estuve curada.

## **99. Otra alma amenazada de reprobación.**

Mi Soberano me hizo conocer que, cuando él quisiera abandonar a alguna de esas almas por las cuales quería que sufriera, me haría comprender el estado de un alma reprobada, haciéndome sentir la desolación en que se encuentra a la hora de la muerte. Y yo jamás he experimentado algo más terrible, y no hallo términos para explicarlo, porque una vez, trabajando yo sola, se me puso delante una religiosa todavía entonces viva, y se me dijo inteligiblemente:

*“Mira, ve a una religiosa solamente de nombre a la que yo estoy a punto de arrojar de mi Corazón y abandonarla a sí misma”.*

Al mismo tiempo me sentí sobrecogida de espanto tan grande, que me prosterné, la cara contra el suelo, y así permanecí largo tiempo, sin poder volver en mí, y yo me ofrecía entonces a la divina justicia para sufrir lo que fuera, a fin de que no la abandonara a ella. Me pareció entonces que, su justa cólera volviéndose hacia mí, me sumía en una espantosa angustia y desolación, pues sentía un peso abrumador sobre los hombros. Si quería levantar los ojos, veía a un Dios irritado contra mí, por otra parte me parecía ver el infierno abierto para devorarme.

Todo estaba revuelto y confuso en mi interior. Mi enemigo me sitiaba por todos lados con violentas tentaciones, sobre todo de desesperación, y yo huía a uno u otro lado de Aquel que me perseguía, pero a sus ojos no podía esconderme. Y no había ningún tormento al que no me hubiera entregado en vez de éste.

Sufría una vergüenza espantosa porque pensaba que mis penas eran conocidas de todo el mundo. No podía ni orar, ni mostrar mis penas sino por lágrimas, diciendo solamente:

*“¡Qué terrible es caer en manos de un Dios vivo!”*

Otras veces, arrojándome por tierra, la cara contra el suelo, decía: “Golpead, cortad, quemad y consumid todo lo que os repugna, y no

respetéis ni mi cuerpo, ni mi vida, ni mi carne, ni mi sangre, ¡con tal de que salvéis eternamente esta alma!”.

### **100. Ofrenda a la cólera de Dios por los culpables.**

Y confieso que no hubiera podido sostener largo tiempo un estado tan doloroso, si su amorosa misericordia no me hubiera sostenido en los rigores de su justicia. Así y todo, caí en cama y costó trabajo que me aliviara.

Me ha hecho él soportar a menudo situaciones así de dolorosas, como otra vez en que me mostró los castigos que quería infligir a ciertas almas, y yo me eché a sus pies implorando:

“¡Oh Salvador mío, descargad más bien vuestra cólera sobre mí, y borradme del libro de la vida, antes que se pierdan esas almas que os han costado tanto!”.

Y él me respondió:

*“Pero ellas no te aman y no cesarán de afligirte”.*

—No importa, Dios mío, con tal que os amen a vos; no quiero dejar de pedir que les perdonéis.

*—Déjame hacer. Ya no los soporto.*

Y estrechándole aún más fuertemente:

—No, mi Señor, yo no os dejaré hasta que no les hayáis perdonado.

*—Accedo a lo que pides, si tú quieres responder por ellos.*

—Sí, Dios mío; pero yo no os puedo pagar sino con vuestros propios bienes, que son los tesoros de vuestro Corazón sagrado.

Y con esto él se dio por pagado.

### **101. El concierto de los Serafines, “socios divinos”.**

Otra vez, trabajábamos en la obra común del cáñamo, me retiré a un patiecito, próximo al Santísimo Sacramento. Trabajaba de rodillas, recogida Interior y exteriormente, y se me presentó al mismo tiempo el amable Corazón de mi adorable Jesús, más brillante que el sol.

Estaba en medio de las llamas de su puro amor, rodeado de Serafines, que cantaban un concierto admirable:

¡El amor triunfa en su alegría,

Su santo Corazón nos extasía!<sup>50</sup>

Y como estos espíritus bienaventurados me invitaron a unirme a ellos en las alabanzas de este divino Corazón, yo no me atrevía; pero ellos replicaron que habían venido a fin de asociarse conmigo para tributarle un continuo homenaje de amor, de adoración y de alabanza y que, para esto, ocuparían ellos mi lugar ante el santísimo Sacramento, a fin de que yo pudiera amarlo sin cesar por medio de ellos y que, recíprocamente, ellos participarían en mis actos de amor: sufrirían en mi persona, como yo gozaba en la de ellos.

Y ellos grabaron esta correspondencia de oficios en el mismo sagrado Corazón, con letras de oro imborrables por el amor. Después de dos o tres horas que esto duró, más o menos, he sentido sus efectos durante toda mi vida, tanto por las ayudas que de ellos he recibido, como por la suavidad celestial que producían en mí, que quedaba extasiada y confusa. Y en adelante no los llamaba de otro modo que mis divinos socios.

Esta gracia me produjo un deseo ardiente de la pureza de Intención, y me dio tan alta idea de la que debe tenerse para conversar con Dios, que todo medio me parecía Impuro para este fin.

## **102. Gracia de los sacramentos obtenida para una moribunda.**

Otra vez, como una de nuestras hermanas cayera en un sueño letárgico<sup>51</sup>, y no había esperanza de que recibiera los últimos sacramentos lo que afligía a la comunidad, sobre todo a nuestra Madre<sup>52</sup>. Esta me ordenó prometiera a Nuestro Señor todo lo que él quisiera hacerme conocer que deseaba para lograr (lo que queríamos).

Apenas cumplí esta obediencia, el Soberano de mi alma me prometió que la hermana no moriría sin las gracias que con razón le deseábamos, con tal que yo le prometiera tres cosas, las cuales quería absolutamente de mí: la primera, jamás rehusar un oficio en la religión; la segunda, no rehusar acudir al locutorio; ni a seguir escribiendo, la tercera.

---

<sup>50</sup> L'amour triomphe, l'amour jouit,  
L'amour du saint Coeur réjouit!

<sup>51</sup> Se trataba de una hermana “de hábito corto”, creatura privilegiada, Antonieta Rosalía de Sennecé. Había hecho voto de castidad a los 7 años, y contaba 13 cuando murió, el 26 de abril de 1684, después de haber pronunciado anticipadamente los votos de religión, in artículo mortis. (La frase latina y el paréntesis son del traductor).

<sup>52</sup> La M. Greyfié.

A estas peticiones, confieso que todo mi ser se estremeció por la gran repugnancia y aversión que por ellas sentía. Pero respondí:

“Señor mío, me tomáis por mi lado débil; pero pediré permiso”. La superiora en seguida me lo dio, a pesar de la pena que le dije me ocasionaban esas cosas. Y me hizo hacer promesa en forma de voto, para que no pudiera desdecirme. Pero ¡cuántas infidelidades he cometido! Porque él no me quitó la dificultad que sentía, que me ha durado toda la vida. Pero la hermana recibió los sacramentos.

### **103. El santo Nombre de Jesús sobre su corazón.**

Para hacer ver hasta dónde llega mi infidelidad, entre todos estos favores tan grandes, diré que una vez, sintiendo un deseo muy grande de hacer retiro, y prepararme para él con unos días de anticipación, quise por segunda vez, grabar el Nombre de Jesús sobre mi corazón<sup>53</sup>. Pero lo hice en tal forma que se me formaron llagas. Lo dije a mi superiora, la víspera de retirarme a hacer ejercicios, y ella quiso aplicarme algún remedio, temiendo degenerara aquello en un mal peligroso. Por lo que me quejé a Nuestro Señor:

“Oh único Amor mío, ¿permitiréis que otros vean el mal que me he causado por amor vuestro? ¿No sois bastante poderoso para curarme, vos que sois el Sobarano remedio a todos mis males?”

En fin, movido por la pena que yo sentía que aquellos se conociera me prometió que al día siguiente estaría curada como efectivamente sucedió. Pero no habiendo podido decirlo a nuestra Madre, por no haberla encontrado, me mandó ella un recadito, donde decía mostrara mi mal a la hermana que me lo entregaba, la cual me haría la curación<sup>54</sup>.

Y como ya estaba curada, creí que ello me dispensaba de esta obediencia hasta en tanto que hubiera informado a nuestra Madre. Y fui luego a buscarla para decirle que no había hecho lo que me ordenaba en el billete, porque ya estaba curada. ¡Ay Dios, cuán severamente fui tratada por esta tardanza en la obediencia, tanto de su parte como de la de mi divino Maestro! El me hizo caer a sus pies y yo estuve como cinco días llorando mi desobediencia y pidiéndole perdón ofreciendo penitencias.

En cuanto a mi superiora, me trató esa vez sin ninguna lástima, según lo que Nuestro Señor le inspiraba. Me prohibió comulgar, que era el más

---

<sup>53</sup> Era en otoño de 1679.

<sup>54</sup> Era Sor María Magdalena des Escures.

rudo suplicio que pudiera recibir en la vida, pues hubiera deseado mejor ser condenada a muerte. Además, me hizo mostrar mi mal a la hermana. Esta, hallando todo curado, no quiso hacer nada. Pero no por eso sentí menos vergüenza.

Todo me era nada, y cualquier otra pena me hubiera sido leve, en comparación del dolor que sentía de haber desagrado a mi Soberano. El, en fin, después de hacerme ver cuánto le desagradaba la menor falta de obediencia en un alma religiosa, ya que me había hecho sentir la pena, vino él mismo a enjugar mis lágrimas y volver la vida a mi alma, los últimos días de mi retiro.

No terminó con esto mi dolor, aunque hubieran intervenido caricias y dulzura de su parte, el solo recuerdo de haberlo descontentado me hacía llorar. Pues de tal manera me hizo comprender la importancia de la obediencia en un alma religiosa, que confieso que no lo había entendido de ningún modo hasta ese día. Pero sería muy largo el extenderme en esto.

Me dijo que, en castigo de mi falta, no solamente este nombre Sagrado que me había costado tanto grabármelo, en memoria de lo que él había sufrido al tomar ese Nombre de Jesús, no aparecería grabado. Como tampoco los precedentes, los cuales antes sí aparecían marcados de diferentes maneras. Puedo afirmar que mis Ejercicios espirituales lo fueron de dolor.

#### **104. Se da una prueba “del buen espíritu” que la guía.**

Mis enfermedades eran tan seguidas, que no me dejaban ni cuatro días continuos estar sana, y una vez, estando bastante enferma, de manera que casi no podía ni hablar, nuestra Madre me fue a ver por la mañana<sup>55</sup> y me dejó un recado, y me ordenó hacer lo que en él se contenía: Ella tenía necesidad de asegurarse de que todo lo que pasaba en mí provenía del espíritu de Dios. Que si así era, podía él hacerme recobrar perfectamente la salud durante cinco meses, sin necesidad de ningún tratamiento en ese intervalo. Pero que, si al contrario era el espíritu del demonio o de la naturaleza, permanecería en las mismas disposiciones. No sabría decir cuánto me hizo sufrir aquel recado, que, por otra parte me había manifestado antes de haberlo leído.

Se me hizo salir, pues, de la enfermería con tales palabras, que eran inspiradas por Nuestro Señor de modo que me fueran lo más sensibles y

---

<sup>55</sup> El 21 de diciembre 1682.

mortificantes a la naturaleza. Presenté este billete a mi Soberano, quien no ignoraba su contenido. Me respondió:

*“Te prometo, hija mía, que, como prueba del buen espíritu que te conduce, habría yo concedido de grado, a quien pidió cinco meses, cinco años de salud, y todas las otras seguridades que me hubiera querido pedir”.*

Y precisamente a la elevación de la Hostia, sentí —pero muy claramente— que todas mis enfermedades me habían sido quitadas, a la manera de un vestido del que me hubieran despojado, y al cual hubieran colgado (en la pared). Y me hallé con las mismas fuerzas y la misma salud que una persona muy robusta que no hubiera estado enferma en dicho tiempo. Y así pasé el tiempo que se había deseado<sup>56</sup>, transcurrido el cual, volví a las disposiciones de antes.

### **105. En Ejercicios espirituales, a pesar de la fiebre. Curación.**

Ya otra vez, estando con fiebre, la superiora me había hecho salir de la enfermería para que hiciera Ejercicios espirituales, pues me tocaba hacerlos<sup>57</sup>. Me ordenó ella: “Id, os confío a los cuidados de Nuestro Señor Jesucristo, ¡Que él os dirija, gobierne y cure, según su voluntad!”

Y aunque esto me sorprendió un poco, pues estaba temblando de calentura, fui a obedecer, gozosa de cumplir esta obediencia, tanto por verme completamente al cuidado de mi buen Maestro, como por tener ocasión de sufrir por su amor. Me era indiferente la manera en que me hiciera pasar mi retiro, con sufrimiento o gozo.

“Todo es bueno, con tal que él esté contento, y que yo lo ame. Eso me basta”, me decía.

Pero apenas estuve en soledad con él, se presentó a mí, que me había echado en el suelo, transida de dolor y de frío de donde me hizo levantar haciéndome mil caricias, y me dijo:

*“Al fin, hete aquí toda mía y entera a mi cuidado. Por eso quiero devolverte con entera salud a los que te han entregado enferma en mis manos”.*

---

<sup>56</sup> Es decir, hasta el 21 de diciembre 1683. Al cabo de los cinco meses, en efecto, la M. Greyfié había ordenado a Margarita-María pedir a Dios continuación de esta perfecta salud “hasta el año completo de esta primera obediencia”. (El paréntesis es del Traductor).

<sup>57</sup> En el otoño de 1681.

Y me volvió a dar una salud perfecta, de modo que no parecía hubiera estado enferma. Esto asombró mucho, particularmente a mi superiora, bien enterada de lo que había pasado.

### **106. Más gozo que aflicción en estos Ejercicios.**

Y jamás he hecho unos Ejercicios con tanto gozo y tantas delicias. Aquello era un paraíso, por las caricias y continuos favores de mi Señor Jesucristo, su santísima Madre, mi santo Angel y mi bienaventurado Padre San Francisco de Sales. Pero no especificaré las gracias singulares que recibí, por no alargarme. Solamente diré que mi amable Director, para consolarme del dolor que me había hecho sentir, borrando su sagrado y adorable Nombre sobre mi corazón —después de haberlo grabado con tanto dolor— él mismo quiso imprimirlo por dentro y escribirlo por fuera, con el sello y el buril inflamado de su puro amor; de una manera que me dio mil veces más alegría y consolación, que el otro me había causado dolor y aflicción.

Pero como no me faltaba sino la cruz, sin la cual no podía vivir ni gustar placer alguno ni celeste ni divino —porque todas mis delicias no eran sino verme conforme a mi Jesús sufriente— no pensaba sino en ejercitar sobre mi cuerpo todos los rigores que la libertad en que se me había puesto me permitiera. Y en efecto, el cuerpo supo de penitencias en la vida de todos los días y en el lecho, que yo confeccioné con pedazos de cacharro, en que me acostaba con extremo placer, aunque la naturaleza protestara con fuerza, pero en vano, porque no le prestaba oídos.

Mas queriendo hacer cierta penitencia, que me daba gran apetito por su rigor, pensando con ella vengar en mí las injurias que Nuestro Señor recibe en el santísimo Sacramento, tanto por mí, miserable pecadora, como por todos aquellos que no le guardan el debido respeto, mi soberano Maestro, cuando yo quería ejecutar mi plan, me detuvo diciéndome que él quería entregarme sana a mi superiora; pues ella me había confiado a él y remitido a sus cuidados, y que a él le agradaba más el sacrificio del deseo que la ejecución de lo que yo proyectaba, pues siendo espíritu, quería también sacrificios del espíritu. Yo quedé contenta y sumisa.

### **107. Una corona de espinas sobre su cabeza.**

Iba a comulgar, una vez, y la sagrada hostia me pareció resplandeciente como un sol del que no soportaba el brillo, y Nuestro Señor en

medio tenía una corona de espinas, que me puso sobre la cabeza un poco después que lo recibí y me dijo;

*“Recibe, hija mía, esta corona, en señal de la que pronto te será dada, para más asemejarte a mí”.*

No comprendía entonces lo que aquello quería decir; pero lo supe después, por los efectos que se siguieron, de dos tremendos golpes que recibí en la cabeza, tanto que me parecía después tener ceñida la cabeza por espinas punzantes y dolorosas, cuyas picaduras no terminarán sino con mi vida. Por ellas doy gracias infinitas a Dios que hace tales gracias a su mezquina víctima.

Pero ¡ay!, como digo a menudo, las víctimas deben ser inocentes, y yo no soy sino una criminal. Pero confieso que así resulto más deudora a mi Soberano, por esta preciosa corona; más que si me hubiera hecho presente de todas las diademas de los más grandes reyes de la tierra. Tanto más cuanto que nadie puede arrebátarmela, y que me pone a menudo en la feliz necesidad de no dormir y de poder conversar con el único objeto de mi amor, que no podía apoyar su cabeza sobre el madero. Estoy imitando a mi buen Maestro, que no tenía dónde reclinar su cabeza.

Esto me hacía sentir alegrías y consuelos inefables, al verme en algo semejante a él. Él quería que por este dolor pidiera al Padre, por el mérito de su coronación de espinas, que yo unía a la mía, la conversión de los pecadores, y la humildad para todas esas cabezas orgullosas cuya altanería le era tan desagradable e injuriosa.

### **108. Una cruz sobre sus hombros: la enfermedad.**

Otra vez, en tiempo de carnaval, es decir, cinco semanas antes del miércoles de ceniza, se presentó él a mí, después de la sagrada comunión, bajo la figura del Ecce homo con su cruz, todo él cubierto de heridas y cicatrices. Su sangre adorable le corría por todas partes, y me dijo con una voz dolorosamente triste;

*“¿No habrá nadie que tenga lástima de mí, y que quiera padecer conmigo y participar de mi dolor, en el estado miserable en que los pecadores me ponen, sobre todo en estos días?”.*

Yo me presenté ante él y me prosterné a sus pies sagrados, con lágrimas y gemidos y me cargué la pesada cruz sobre los hombros, erizada de clavos como estaba. Al sentirme abrumada bajo su peso, empecé a

comprender mejor la gravedad y la malicia del pecado. Sentía detestarlo tanto en mi corazón, que me parecía preferible precipitarme en el infierno, que cometer una voluntariamente.

“¡Maldito pecado —decía yo—, qué detestable eres, por la injuria que haces a mi soberano Bien!”

Me hizo ver que no bastaba el cargar la cruz, sino que era preciso fijarme en ella, para hacerle a él fiel compañía y acompañarlo en sus dolores, menosprecios, oprobios y otras indignidades que sufría.

Yo me abandoné luego a todo lo que él quisiera hacer de mí y en mí, y me dejé clavar en la forma que él quiso, por una enfermedad que me hizo sentir las puntas aguzadas de los clavos de que esta cruz estaba erizada: dolores punzantes que no obtenían, en lugar de compasión, sino menosprecios, humillaciones y otros sufrimientos muy penosos a la naturaleza. Pero ¿qué podría igualar la grandeza de mis crímenes, que me tienen de continuo en un abismo de confusión desde que el Señor me hizo ver la horrible figura de un alma en pecado mortal y la gravedad del pecado, que, ofendiendo a una bondad infinitamente amable, le es extremadamente injuriosa?

Esta consideración me ha hecho sufrir más que todas las otras penas, y querría ardientemente haber comenzado a sufrir todas las que mis pecados merecen, para que me hubieran servido de antídoto para no cometerlos, y no haber sido tan miserable que los cometiera antes, aunque estaba segura de que Dios, por su infinita misericordia, me los perdonaría, y no me condenaría a estas penas.

### **109. Sus sufrimientos en el tiempo de carnaval.**

Esta ansia de sufrir de la que acabo de hablar, me duraba ordinariamente todo el tiempo de carnaval, hasta el miércoles de ceniza, en que parecía que estaba reducida al extremo, sin que pudiera tampoco encontrar ninguna tregua ni alivio, que aumentara aún más mis sufrimientos. Y después de esto, de repente, me sentía bastante fuerte y vigorosa para los ayunos de cuaresma. Mi Soberano siempre me ha permitido en su misericordia, que los pueda hacer, aun encontrándome algunas veces abrumada por tantos dolores, que me parecía que no me duraría la vida para terminar el ejercicio que entonces comenzaba. Y después de aquel, yo comenzaba otro, con las mismas penas, diciendo:

“¡Oh Dios mío, hacedme la gracia de poder terminarlo!”

Y yo daba gracias a mi Soberano de que midiera así mis momentos por el reloj de sus padecimientos, para hacer sonar todas sus horas con los engranes de sus dolores.

### **110. Jesús la colma de favores cuando ella quería sufrir.**

Y cuando él quería agraciarme con una cruz nueva, me preparaba con una abundancia de caricias y placeres espirituales tan desmedidos, que me habría sido imposible soportarlos si hubieran durado más, y yo decía en este tiempo:

“¡Oh, mi único Amor, os sacrifico todos estos gustos! Guardadlos para almas santas que os glorificarán mejor que yo. Que no quiero sino a vos solo y despojado de todo, sobre la Cruz, en la que quiero amaros por el amor de vos mismo. ¡Tomad, pues, todo el resto a fin de que os ame sin mezcla de ningún interés ni recompensa!”.

Y era entonces cuando se complacía él en contrariar mis deseos, como sabio y experimentado Director, que me hacía gozar cuanto hubiera yo deseado sufrir. Pero confieso que una y otra cosa venían de él, y que todos los bienes que me ha hecho han sido por su pura misericordia, porque jamás ha habido creatura que le resista como yo, tanto por mis infidelidades, como por el miedo continuo de estar engañada, y cien veces me admiraba de que no aniquilara o destruyera por tanta resistencia.

### **111. Terrible presencia de Dios cuando ella ha incurrido en su desagrado.**

Pero por grandes que sean mis faltas, este único Bien de mi alma no me priva jamás de su divina presencia, como me lo prometió. Pero él me la vuelve tan terrible cuando en algo le he desagradado, que cualquier otro tormento me sería dulce y lo preferiría mil veces, antes que soportar esa divina presencia y estar delante de la santidad de Dios, teniendo el alma sucia con alguna falta.

Bien hubiera querido ocultarme en ese tiempo, y alejarme, de haber podido, pero todos mis esfuerzos eran inútiles, y encontraba dondequiera a aquel, de quien huía, y sufría con tormentos increíbles, que me pareciera estar en el purgatorio, porque sufría sin alivio alguno, ni ganas de buscarlo. Decía algunas veces en mi dolorosa amargura:

“¡Oh, qué terrible caer en manos de un Dios vivo!”

He aquí la manera que tenía el para purificarme de mis faltas, cuando yo no era bastante pronta ni fiel para castigarlas yo misma. Y jamás recibía una gracia particular de su bondad, sino precedida por esta especie de tormentos, y después de haberlos recibido, me sentía caída en un abismo y como purgatorio de humillaciones y confusión, donde sufría más de lo que puede decirse, pero siempre en medio de una paz inalterable. Nada me parecía que podía turbar esa paz de mi corazón, aunque la parte inferior de mi ser anduviera agitada, sea por mis pasiones, sea por mi enemigo, que hacía todo lo posible para turbarme. No hay donde él gane tanto ni donde sea más poderoso como en un alma que está en la turbación y la inquietud<sup>58</sup>.

Certificado y verdadero, este 22 de julio de 1715<sup>59</sup>.

Firmado

Sor Anne-Elisabeth de la Garde.

Rubricado por nosotros, el veintidós de julio mil setecientos quince.

Firmado: Dom de Bansière,

Comisario

Chalon

Notario.

Poco después de la Beatificación de la Sierva de Dios, la autenticidad de este manuscrito fue de nuevo atestiguada por la autoridad eclesiástica, en estos términos:

Nos, Protonotario apostólico, Vicario general, arcediano de Autun, hemos reconocido como autógrafo de la Bienaventurada Margarita María Alacoque, Virgen, esta biografía, escrita por ella misma, por orden de sus superiores. Se compone de sesenta y cuatro páginas.

Doy fe:

Paray, 26 de febrero de 1685.

---

<sup>58</sup> Aquí termina el autógrafo. Pero una mano distinta, contemporánea, agregó arriba de la página siguiente: “hace de ella su juguete y la hace incapaz de cualquiera obra buena”. Este fin de frase se halla en la Memoria de los Contemporáneos, en seguida del pasaje precedente.

<sup>59</sup> Fecha del reconocimiento oficial del conjunto de los escritos de la Sierva de Dios, para el proceso informativo.

Firmado: G. Bounange, Proton. apost.  
Vic. gen. archid.

Lugar del sello de  
Mons. de Marguerye,  
entonces obispo de Autun.

## ESTUDIO DE LA ESCRITURA DE MARGARITA MARÍA ALACOQUE

Históricamente ya se ha dicho todo acerca de Margarita María Alacoque. Numerosas biografías han dado la vuelta al mundo. ¿Quién pretendería completar la información? Cualquier cosa que se agregara ¿no se arriesgaría a ser una pura repetición?

Sin embargo, impulsados por descubrimientos modernos a los cuales nuestro mundo actual se interesa más y más, parece que un párrafo nuevo será bien acogido en el “libro de la vida”. La ciencia grafológica tiene algo que decir.

Que el escritor sea muy conocido o desconocido, que sea elevado a los altares o que no sea elevado jamás, con la misma objetividad y la misma imparcialidad, el grafólogo respetuoso de todos, presenta esta página.

Invitados a pronunciarnos como profesionales de la grafología acerca de la escritura de Margarita-María Alacoque, queremos hacer notar que, cualesquiera que sean nuestros sentimientos personales respecto a ella, y a pesar de su celebridad que no podemos ignorar, abordamos la investigación de su psicología con la neutralidad más entera.

¿Quién es, pues, grafológicamente, Margarita-María Alacoque?

Definamos, según las técnicas utilizadas por la grafología actual lo que desde luego se nota:

La escritura es armoniosa, inclinada, muy controlada, poco rápida, ordenada. Las ligaduras son regulares, bien construidas. El apoyo es firme a pesar de algunos signos de desigualdades que muestran cierta fatiga. Las formas son simples, elegantes, sobrias, respetuosas de la caligrafía de la época, pero, igualmente, a veces personales. El conjunto es claro, ordenado.

Definir una escritura como armoniosa, es situarla en seguida, en un nivel general superior. “La armonía de la escritura, dice Crepieux-Jamin, equivale a armonía del carácter”. De hecho, la impresión global de la página examinada nos pone ante un cuadro de serenidad, de falta de rebuscamiento, de sencillez, de distinción. El conjunto respira equilibrio,

paz, dominio de sí. Margarita-María va recta en su camino con una calma voluntaria, y perseverante. Fantasía y versatilidad (ligereza) están fuera de su carácter.

En el plano de los recursos intelectuales: su inteligencia, es de buena calidad y sabe ir a lo esencial (escritura simplificada, sin adornos (dépouillée), formas personales). El pensamiento es claro, las ideas se encadenan bien entre sí y se expresan con lógica (escritura ligada). El juicio es sano, objetivo, preciso, valorizado por un gran espíritu de justicia. La calidad de la inteligencia equilibra y enriquece lo que podría parecer monótono en una vida tan regular como la suya. La voluntad es a toda prueba (líneas ascendentes que se mantienen en una dirección determinada, barras de t constantes y regulares) y el valor de Margarita-María se manifiesta a cada instante. Consume mucha energía en una lucha que se adivina oculta (escritura cóncava, a veces cabalgante al subir (en montant) porque el grafismo muestra, por otra parte, signos de resistencia física limitada.

En cuestión de actividad, Margarita María no recurre en ningún momento a la fantasía, vive el presente y está en contacto con lo que la rodea. Sabe obrar con una eficiencia práctica en el plan concreto. Vive sin ruido tanto los acontecimientos de su vida, como las menudas tareas de la vida cotidiana que le dicta su deber de estado. Su actividad es, como su escritura, bien organizada, disciplinada, sumisa, minuciosa, atenta a hacer bien las cosas. Su prudencia y su reflexión son ciertas (escritura retenida y lenta). En el orden parsimonioso de la página escrita, es preciso ver, probablemente, su sentido de economía, su cuidado en no desperdiciar nada, en una palabra, su deseo de ser fiel a su voto de pobreza.

En cuestión de afectividad, el grafismo homogéneo, firme y bien estructurado, nos revela una personalidad madura que ha sabido unificar bien sus componentes caracterológicos. No existe ningún gesto narcisista (retour sur soi): la escritura es invariablemente orientada a la derecha (inclinada), Margarita-María se ha desprendido de sus preocupaciones personales para ir a los otros, sin hacerles presión, de ninguna manera (presión fina). La zona media desarrollada nos indica igualmente una mujer de corazón que no quiere ser influida por el sentimiento (autocontrol importante). Esta fisonomía afectiva es el de una mujer fuerte cuya vida interior profunda ha intensificado la calidad de los sentimientos. La emotividad, aunque dominada, no por eso es menos real, y su sensibilidad

está despierta. Enfrente de todo lo que puede afectarla, M.M. guarda el dominio de sí.

En eso que los grafólogos llaman palabras afectivas, que son palabras que se han amplificado al escribir por efecto de cierto acaloramiento, es importante notar con qué mesura, en perfecta identidad con el resto del texto, M.M. escribe: “Viva Jesús”, “adorable Corazón”, “el ardiente deseo que Dios tiene de salvar vuestra alma”, etc. El gesto gráfico no implica ningún vestigio de exaltación. Además, la observación de estas palabras nos conduce a verificar la presión gráfica en su conjunto: a pesar del empleo de la pluma de oca, esta presión es a la vez firme y delicada, fina y suelta. Las barras de las t son con frecuencia ligeras. Todo esto nos confirma que M.M. no impone nada a los otros, y que actúa con delicadeza y tacto.

Discreta, reservada, M.M. nos entrega su inclinación profunda a la meditación por su escritura en arcadas (m y n minúsculas en forma de puente). Si no es espontáneamente comunicativa y si no se manifiesta con gusto, es simplemente por un gran pudor de sentimientos. Pero su intuición de las almas suple a su reserva y, en su corazón los secretos de los otros están seguros.

En el documento atribuido al año 1687, debemos señalar que existen signos de desfallecimiento físico bastante frecuentes, cercano a la opresión (escritura inútilmente puntuada, cóncava, cabalgante al subir, fracciones de rasgos a veces “porosos”, “diáfanos”). M.M. lucha en silencio contra la fatiga; su angustia está muy interiorizada. La voluntad compensa constantemente los servicios que el cuerpo comienza a rehusar. Ciertamente sabemos que su juventud fue ruda y que conoció más de un malestar en su vida de adulta, pero los vestigios de esta opresión y de esta lucha tenaz confirman mucho mejor todavía, si fuera necesario, las cualidades de perseverancia y de dominio perfecto que esta alma valerosa conserva hasta el umbral de su eternidad.

En este documento, que dataría de tres años antes de su muerte, sabemos que históricamente hacia esta época, M.M. ve cómo la devoción al Sagrado Corazón, todavía viviendo ella, comienza a ser conocida, gracias a ciertos predicadores que creen en la autenticidad de su mensa je. Nos ha parecido por eso interesante señalar que, en esta carta examinada, no hay ni un átomo de orgullo, ningún pequeño signo de suficiencia o de satisfacción egoísta. Permanece ella aparte. Esta igualdad de ánimo (entonces, cuando no se imaginaba que su escritura pudiera ser estudiada)

proporcionaba a los grafólogos del porvenir, la prueba irrefutable de su profunda humildad...

El examen de otras cartas nos hubiera sido agradable; nos habría gustado conocer la escritura de su infancia, de su adolescencia, a fin de compararlas y de seguir su evolución. Desgraciadamente esos documentos no existen ya, y los que restan, de su vida adulta son pocos los que han logrado atravesar los siglos. Pero sea lo que sea hemos tenido en nuestras manos los originales más importantes, los más decisivos. Estos han dado testimonio de una potente y auténtica madurez altruista, grafológicamente notable, y es innegable que M.M. quería, con todo el ímpetu de su voluntad, servir a los demás.

Es esto lo que nuestra ciencia puede afirmar, además a posteriori comprobado que, en el plan del equilibrio humano, psicológico, afectivo, no había en los escritos de M.M. ninguna contraindicación a una vida claustrada, comunitaria, misionera. No existía ningún conflicto entre lo que fue en el exterior y lo que era verdaderamente en el fondo de ella misma.

Nos ha sido, además muy grato constatar que el examen grafológico de M.M. no ha asombrado, ni sorprendido, ni dicho lo contrario de lo que la Iglesia ha proclamado canonizándola.

Aquí termina el trabajo del grafólogo, y el cristiano, sustituyéndolo, recobra sus derechos. El autor de estas líneas desearía en conclusión que el lector le permitiera una pequeña reflexión personal;

En el estricto plan humano, la escritura de un ser querido: ¿no es una emanación de su presencia? ¿Y no es el recuerdo más vivo que puede conservarse de él?

¿Qué decir de eso en el plano espiritual? ¿Cómo permanecer al contacto de la escritura de un santo durante largas semanas, inclinado sobre ese papel en el que el santo ha posado su mano, sin sentirse expuesto a los rayos de su trascendencia? Este destello santificante que brota de un documento místico excepcional que uno tiene entre sus dedos, no es solamente una experiencia conmovedora; es mucho más que eso: es definitiva, un choque interior ¡y una invitación a aproximarse a los pasos del héroe! Una pregunta puede hacerse entonces el alma creyente:

Margarita-María ¿cómo seguir tus pasos?

A suponer que nuestra santa pudiera responder, nos diría probablemente esto:

“Sigue el camino sencillo que mi maestra de novicias me trazó: Sé una tela preparada delante del Pintor”...

¿Muy sencillo el camino?

En realidad, misterio profundo la dirección de Dios en las almas, delante del cual el grafólogo cristiano se calla y se postra...

Marie-Josette Fouré

Diplomada de la Sociedad de Grafología de París

18, allée de la Chasse

94370 Sucy en Brie.